





POESÍAS



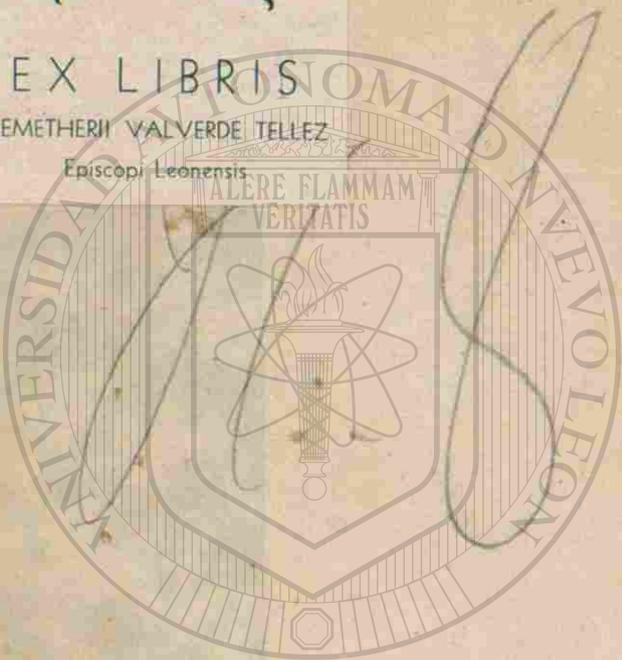
PQ7297
.P375
P6
1849
Ej. 2

003376



1080019287

EX LIBRIS
HEMETHERII VALVERDE TELLEZ
Episcopi Leonensis

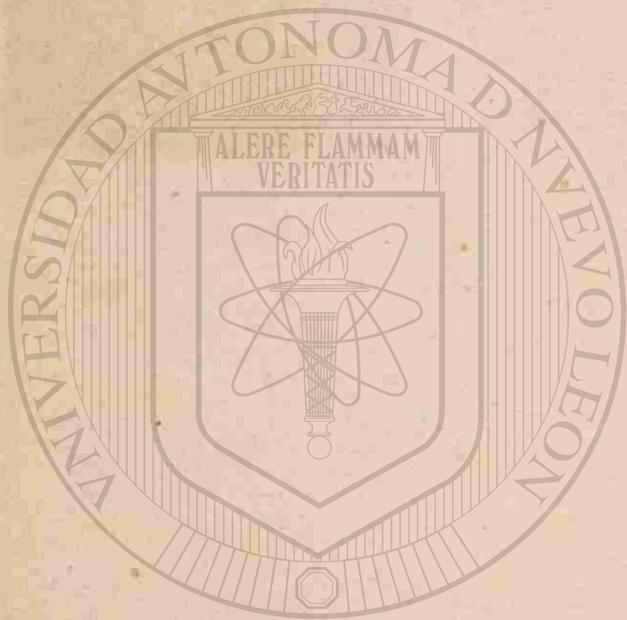


UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





UANL

POESIAS.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

José Joaquín Pesado

Litog. de Cumplido

POESÍAS

ORIGINALES Y TRADUCIDAS

JOSÉ JOAQUÍN PESADO.

U A N L

®



MARCO.

DE I. CUMPLIDO

POESIAS

ORIGINALES Y TRADUCIDAS

DE

D. JOSÉ JOAQUIN PESADO.

SEGUNDA EDICION,

CÓRREGIDA Y NOTABLEMENTE AUMENTADA.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

MEXICO.

EN LA IMPRENTA DE I. CUMPLIDO

EDITOR:

Calle de los Rebeldes núm. 2.

Año de 1849.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
Biblioteca Valverde y Tellez



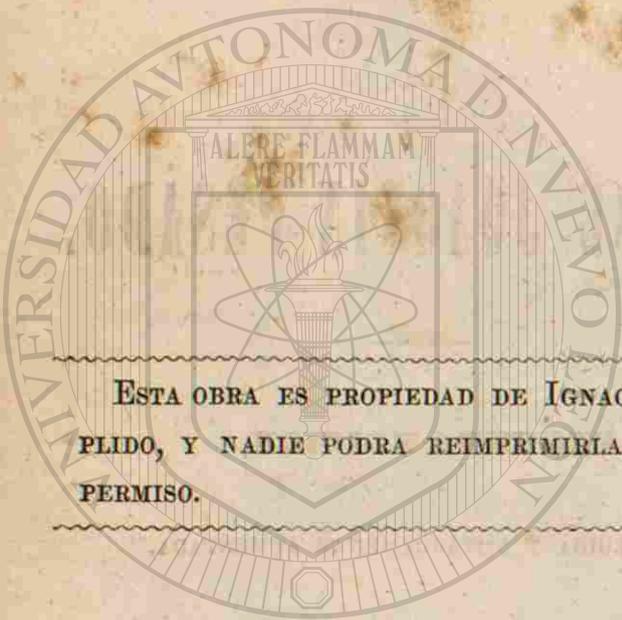
PQ7297

P375

P6

1849

212



ESTA OBRA ES PROPIEDAD DE IGNACIO CUM-
PLIDO, Y NADIE PODRA REIMPRIMIRLA SIN SU
PERMISO.



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

PRÓLOGO.

MUCHAS de las poesías contenidas en este volúmen se han publicado ya en diversos periódicos: el público las ha recibido con indulgencia, y mis amigos con aprecio. ¿Qué juicio debo formar de aquí? A decir verdad, no lo sé. El público suele acoger favorablemente las obras que por primera vez se le presentan, y aun disimula las faltas que hay en ellas, como para animar á sus autores á emprender despues asuntos mas elevados y de mas arduo desempeño. Por esto acontece, que los aplausos concedidos á un escritor cuando aparece su libro, cesan luego que se da lugar á la crítica. La aprobacion de los amigos es no pocas veces hija mas bien del afecto que profesan al que escribe, que del mérito que pueda haber en él. Como quiera que sea, la obra presente sale hoy á luz, sin mas amparo que la benevolencia de los lectores.

En la primera parte están comprendidas las rimas amorosas, en las cuales he espresado sin disfraz mis sentimientos. El amor se ofrece á los hombres bajo formas diversas, y sabe inspirar á sus cantores tonos y modulaciones diferentes. Para unos es un asunto lleno de gracias, pero frívolo y pasajero, como una mariposa que vaga entre las flores sin fijarse en alguna: en este caso

003376

pertenece la poesía al género ameno y cortesano, aun cuando se disfrace con el traje pastoril: halaga, divierte, entretiene, pero no commueve el alma, ni deja en ella profundas impresiones. Para otros es un objeto de mayor importancia: la hermosura arrebatada sus ojos: la gracia los encanta: la virtud, unida á estos hechizos, cautiva sus corazones; y si á esto se unen las miradas recíprocas anunciadoras de los mas recónditos pensamientos; los ademanes turbados y el rubor que brilla en el semblante de una doncella, cuando llega á revelar el misterioso secreto de su amor; por último, las palabras, primero tímidas y balbucientes, despues apasionadas y encendidas con que manifiestan los que aman el estado de sus almas; todo esto unido produce un delirio que enagena al amante. Entonces es el amor una especie de fatalismo á que no es dado resistir. ¡Qué de ideas sublimes se vienen á la mente! ¡Cuántas resoluciones generosas nacen en el ánimo! Un jóven en estos momentos aborrece el vicio por instinto, y ama por simpatía la virtud. Nunca se borran de la memoria los primeros amores. Nacidos tal vez en la inocencia, y educados entre las risas y juegos infantiles, acompañan al hombre en la peregrinacion de su vida: lo llaman constantemente al sendero de la virtud, mitigan sus aflicciones, hacen alegres sus trabajos, enjugan sus lágrimas y riegan de flores su sepulcro. ¡Qué labios podrán persuadirle con mas elocuencia el cumplimiento de sus deberes, que aquellos mismos que llegaron á insinuar la voz de *te quiero!* ¡Quién no se rinde al sentir los latidos de un corazon inflamado con el fuego de un casto amor, y mas todavía al ver llorar aquellos ojos que tantos testimonios han dado de interes y de ternura! Hé aquí lo que espresa la verdadera poesía erótica. Ceñida con las alas del ingenio, envuelta en

las llamas de los mas vivos afectos, y animada de una verdadera inspiracion, no solo recorre la naturaleza visible, sino que la adorna y embellece, levantándose á una esfera encumbrada, en que se disfrutan placeres puros y deleites duraderos, no concedidos á las pasiones comunes.

Considerado el amor bajo este aspecto, ¿quién osará poner en duda la relacion que tiene con la felicidad del hombre, con el bien estar de las familias, y con la perfeccion social á que todos aspiramos? Y es bien sabido que mal podrá haber concierto y bienandanza colectiva, donde todo sea dislocacion y mala inteligencia individual. Pues bien: la poesía que espresa fielmente estos sentimientos, ¿será indiferente, será inútil en el mundo? Ligada con la moral, y divinizada por la religion, ¿no llena uno de los mas sublimes destinos con que plugo á Dios ocupar las inteligencias humanas?

Cuando un amante aspira á merecer el objeto de sus cultos, ¿qué de temores lo asaltan por una parte! ¿qué de esperanzas lo alientan por otra! Puesto en este estado, recorre el inmenso laberinto del amor: todo crece á sus ojos: todo tiene para él vida y movimiento. El recelo de no merecer lo que desea, escitado acaso por la solicitud agena que se interpone, le figuran no solo como dudosa, sino como perdida la esperanza de aposeionarse de lo que ama. Por otra parte, el mas pequeño favor lo restaura, lo premia y engrandece. En uno y otro caso ve realizado lo que solo era posible, y traslada á sus versos las creaciones de su espíritu. Inesacto seria el juicio que se formase del poeta, si se creyese que todos los acontecimientos en que habla de sí, habian pasado por él al pié de la letra.

En la segunda parte están inclusas las poesías mora-

les, las que por su carácter piden ser tratadas de diversa manera. Cuando un mozo entra en la carrera de sus mas floridos años, y abre su seno á las impresiones amorosas, toda la naturaleza rie á sus ojos, todo es bello y encantador á su vista. Pero luego que los reveses de la suerte y la pérdida de algunas personas que ama, dejan un hueco en su familia y una herida en sus entrañas, entónces es cuando las lágrimas de la amargura bañan sus megillas, y el ánimo desfallecido se entrega al desaliento. Verdad es que el amor, libre ya de su primer delirio, pero afianzado mas y mas con los lazos de una recíproca y no desmerecida confianza, viene á mitigar su pena, dándole á gustar el cáliz del consuelo: mas las heridas recibidas, si cicatrizan en parte, nunca llegan á cerrar del todo. De aquí nacen los recuerdos tiernos y los desengaños provechosos: de aquí la necesidad de trazarse un género de vida, que no desdiga de los principios una vez adoptados: de aquí el seguir la virtud por reflexión y por deber, si ántes fué por inclinacion y por afecto: de aquí finalmente el ver como en perspectiva, pero sin ningun género de duda, otras regiones mas allá del sepulcro, y el deseo de adquirir noticias y hacer preparativos para penetrar en ellas sin riesgo. La poesía que ántes fué un intérprete fiel de sentimientos tan nobles como fogosos, toma ahora un carácter severo, y medita con despacio sobre la naturaleza del ser humano, sobre la procedencia y calidades de este espíritu que lo anima, sobre las revoluciones morales del mundo, sobre los designios de la Providencia al colocar en él al hombre, sobre el acabamiento forzoso de éste para renacer á nueva vida, y sobre otras materias de altísimo interes, aun cuando solo se miren con relacion á la filosofía y á las simples luces de la razon.

Estas reflexiones, unidas á la voz del sentimiento, nos conducen como por la mano á la RELIGION, que es la materia de las poesías contenidas en la tercera parte de esta obrita. Los que acusan á la Religion de contraria á lo bello y lo sensible, la hacen un agravio notable. Si no ecsistieran tantos motivos de credibilidad, y tantos testimonios en su favor, bastaria para inclinarnos á ella este sentimiento íntimo y apasionado, que vive dentro de nosotros mismos. Concebir belleza, bondad y verdadero amor sin Religion, es crear figuras sin movimiento ó mas bien cadáveres sin alma. El mundo moral seria un árido desierto, si el soplo divino no lo vivificase de continuo. Sí, la Religion es la única que da dignidad á los mortales, les inspira sólidos consuelos, y dirige á un rumbo seguro sus inciertas esperanzas. De mí digo, que jamas alzo la vista al cielo en una noche serena, sin ver en ella mi morada futura, en donde bajo formas diversas, libres de la prision de los sentidos, se han de renovar mis afectos. El amante, el esposo, el padre de familias que no cree en la vida venidera, ni espera verse rodeado allí de las personas á quienes ama en ésta, si acaso está dotado de un corazon sensible, debe ser infelicísimo. Si los vínculos de familia hubieran de romperse en el sepulcro, entónces seria la esperanza un engaño, el amor una pena, la vida un tormento, y la muerte un verdadero suplicio. Dése lugar á la creencia, y todo cambia de aspecto; las cosas adquieren su verdadero valor, y el hombre encuentra la felicidad.

Pero dejando estas cuestiones, y contrayéndonos únicamente al enlace de la Religion con las bellas letras, ¿dónde se encontrarán los tipos eternos y verdaderos de la poesía, si no es en los dogmas revelados? El hombre caido de su dignidad y desposeido de su herencia; Dios

compadecido y humanado; la tierra en comercio estrecho con el cielo, ¿qué asuntos mas nobles y mas fecundos que éstos? ¿Produjo el ciego paganismo una cosa semejante? Ahora, si volvemos los ojos á los libros sagrados, ¿qué tesoro de poesía se encuentra en ellos, ya se atiende á las materias que contienen, ya á las formas orientales (es decir, poéticas por excelencia) con que están escritos! Allí tienen vida la naturaleza, y cuerpo los espíritus: hablan los ángeles con los hombres: el mismo Dios entra en coloquios con sus siervos: el sol es su trono, la tierra el escabel de sus piés, los relámpagos sus ministros, el trueno su voz. A su presencia se humillan los montes y levanta el abismo sus manos. La eternidad pasada y la futura están delante de su vista: ora vemos en aquellas páginas salir el mundo de la nada, ora establecerse al fin de los siglos el reino sempiterno de la verdad y la justicia.

Oh! ¿Quién pudiera espresar en sus versos todo lo que dan de sí la Religion, la filosofia y el amor, fuentes inagotables de inspiracion, origen perpetuo de concepciones divinas, riquísimos mineros de bellezas y armonía! A otros ingenios felices está permitido espaciarse por esas regiones inmensas; á mí solo seguir con los ojos su vuelo.

Baste de prólogo, harto largo quizá para un libro tan pequeño. Ruego de nuevo á mis lectores, vean con indulgencia los ensayos y disculpen los errores de un mero aficionado á las bellas letras.

PARTE PRIMERA.

RIMAS AMOROSAS.

Si como tengo amor, tambien tuviera
De Petrarca el ingenio, tanto honrara
Tu nombre, que con Laura compitiera,
Y mas, pues mas te amé, te celebrara.
Mientras durare la immortal esfera
¡Oh dulce de mis ojos prenda caral
Yo te prometo, que tu nùmen sea
Luz de mi ingenio, y de mi pluma idea.

LOPE DE VEGA.

Pablo Garcia

compadecido y humanado; la tierra en comercio estrecho con el cielo, ¿qué asuntos mas nobles y mas fecundos que éstos? ¿Produjo el ciego paganismo una cosa semejante? Ahora, si volvemos los ojos á los libros sagrados, ¿qué tesoro de poesía se encuentra en ellos, ya se atiende á las materias que contienen, ya á las formas orientales (es decir, poéticas por excelencia) con que están escritos! Allí tienen vida la naturaleza, y cuerpo los espíritus: hablan los ángeles con los hombres: el mismo Dios entra en coloquios con sus siervos: el sol es su trono, la tierra el escabel de sus piés, los relámpagos sus ministros, el trueno su voz. A su presencia se humillan los montes y levanta el abismo sus manos. La eternidad pasada y la futura están delante de su vista: ora vemos en aquellas páginas salir el mundo de la nada, ora establecerse al fin de los siglos el reino sempiterno de la verdad y la justicia.

Oh! ¿Quién pudiera espresar en sus versos todo lo que dan de sí la Religion, la filosofia y el amor, fuentes inagotables de inspiracion, origen perpetuo de concepciones divinas, riquísimos mineros de bellezas y armonía! A otros ingenios felices está permitido espaciarse por esas regiones inmensas; á mí solo seguir con los ojos su vuelo.

Baste de prólogo, harto largo quizá para un libro tan pequeño. Ruego de nuevo á mis lectores, vean con indulgencia los ensayos y disculpen los errores de un mero aficionado á las bellas letras.

PARTE PRIMERA.

RIMAS AMOROSAS.

Si como tengo amor, tambien tuviera
De Petrarca el ingenio, tanto honrara
Tu nombre, que con Laura compitiera,
Y mas, pues mas te amé, te celebrara.
Mientras durare la immortal esfera
¡Oh dulce de mis ojos prenda caral
Yo te prometo, que tu nùmen sea
Luz de mi ingenio, y de mi pluma idea.

LOPE DE VEGA.

Pablo Garcia

PRIMEROS AFECTOS.

*Pequeña, y con tu madre, y yo por guía,
Veniste al bosque de mi huerto ameno;
El aire de fragancia estaba lleno,
El cielo claro y apacible el día.*

*Por las floridas sendas discurria
Dirigiendo tus huellas. En mi seno
Amor vertió dulcísimo veneno:
Como te ví, te dí ¡ay! el alma mía.*

*Tú, en quien el cielo su beldad traslada,
En tierna edad encanto á mi memoria,
Y de mi lira inspiracion sagrada;*

*No esquives, por humilde, esta victoria
Sobre quien cifra en tu deidad amada
Todas sus dichas y laurel de gloria.*



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ELISA EN LA FUENTE.

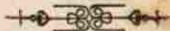
ALERE FLAMMAM
VERITATIS

Me acuerdo de otro tiempo, que salias
Una tarde de Mayo calurosa,
Por gozar en la vega, niña hermosa,
Del fresco ambiente y de las aguas frias.

Los dorados cabellos descogias,
Los ojos inclinabas ruborosa,
Y orillas de la fuente bulliciosa
Ocultos pensamientos divertias.

En su terso raudal el agua pura
Retrataba tus formas espresivas,
Llenas ¡ay! de beldad y compostura:

Pasaron sus corrientes fugitivas,
Y en mi seno ha dejado tu figura
Memorias dulces y esperanzas vivas.

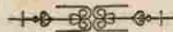


EL SUEÑO.

(TRADUCCION DE VITTORELLI.)

Escucha el sueño, que anoche
Tuve de tí, Elisa mía:
La encantada cueva umbría
Creí de Anfriso mirar:
De Anfriso el sabio, que cuando
Levanta su negra vara,
Empaña la luna clara,
Embravece el hondo mar.

Díjeme, tengo una llaga
En mis entrañas, acerba:
Aplicame alguna yerba
Que mitigue mi dolor:
Sonrióse el viejo, y me dijo—
Huye de Elisa divina,
Para tí otra medicina
No tiene mi ciencia, no.



LA PASION OCULTA.

(Durante una enfermedad.)

El íntimo secreto de mi pecho
 Hondo yace en silencio sepultado,
 Y en amorosas lágrimas deshecho
 Palpita el corazón despedazado.
 Que lo sabes, Elisa, yo sospecho,
 Aunque lo hayan tus labios recatado:
 Tal vez tu corazón con sus latidos
 Responde blandamente á mis gemidos.

¡O qué lentas y amargas son las horas
 Del que no mira más su dueño amado,
 Y entregado á pasiones destructoras
 Cuenta el tiempo lloroso y desvelado!
 Ni tus palabras ¡ay! consoladoras
 Escucho, ni tu rostro sosegado
 Me vuelve con su vista la alegría:
¡Triste paso la noche, triste el día!

De esperanza fugaz favorecido
 Otro tiempo seguí tus luces bellas,
 Ora gimo en ausencia desvalido
 Escalando en las sombras mis querellas.
 Ya no gozo del Sol esclarecido,
 Ni me alumbran de noche las estrellas:
 Mi hermana es la letal melancolía:
¡Triste paso la noche, triste el día!

Este rudo tormento, que quebranta
 Mis fuerzas, ya carece de remedio:
 El cáliz de la vida en pena tanta
 Causa á mi labio ya lánguido tedio:
 Ya para separarnos se levanta
 La eternidad inmensa de por medio:
 Tú quedas á gozar placeres ciertos,
 Yo bajo á la morada de los muertos.

Tú, respirando el aura de la vida,
 ¡Qué de bienes y dichas te propones!
 De beldad y candor enriquecida,
 Disfrutas de contentos é ilusiones.
 Yo cercano á la fúnebre partida,
 Estoy en el umbral de otras regiones
 De silencio y terror, á cuya puerta
 El llanto y el dolor viven alerta.

Tú, requebrada en tanto en los festines,
 Oyes la voz que canta tus loores,
 Coronada de rosas y jazmines,
 En tu belleza imagen de las flores.
 Yo, tocando del mundo los confines,
 Diciendo eterno á Dios á los amores,
 Oigo el canto de muerte, que consueña
 Y en los sepulcros lóbregos resuena.

¡Cuántas veces tu amante, que delira
 Luchando con la muerte y la congoja,
 Piensa, desventurado, que te mira
 Y á tus brazos solícito se arroja:
 En tu seno bellissimo suspira
 Y con ardientes lágrimas lo moja:
 Con mano cariñosa le consuelas
 Y á su lado le asistes y le velas!

Cual celeste vision, que en noche oscura
 Baja, del triste á suavizar las penas,
 Así te miro yo brillante y pura,
 Que de placer insólito me llenas:
 Mitigase despues la calentura,
 Y huyes, y de mis brazos te enagenas,
 Dejándole á estos míseros despojos
Miedo en el corazon, llanto en los ojos.

Esta llama de vida, que me anima
 Y tambien en mi daño se convierte,
 El soplo, que la apaga, la reanima,
 Semejante á la antorcha de la muerte.
 Cuando la dura tierra me comprima
 Privándome del bien ¡ay Dios! de verte,
 En mis yertas cenizas, sin mudanza,
 El fuego vivirá de mi esperanza.

¡O Elisa! nunca olvides á tu amante,
 Y cuando pises mi sepulcro frío,
 Aquí yace, dirás, el que constante
 Esclavizó á mi imperio su albedrío.
 El único dolor, que no es bastante
 A soportar mi pecho, es tu desvío:
 Si olvidado de tí, mi bien, muriera,
 Mas que la muerte tu desden sintiera.

Escucha pues las quejas, que te envia
 Mi voz desfallecida y dolorosa:
 Un suspiro te pido, amada mia,
 Que no me negarás, si eres piadosa.
 Mira á tu triste amante en su agonía,
 Concédele una lágrima preciosa,
 Unica recompensa que ha pedido
 Por premio del amor mas encendido.

LAS ILUSIONES.

CUANDO la noche lóbrega revela
 Sus misterios recónditos al alma,
 En su profunda y pavorosa calma
 Mi corazon adolorido vela.

No merecer en tí, mi bien, recela
 De los triunfos de amor hermosa palma,
 Pero tu imágen aparece, y calma
 La afanosa inquietud que me desvela.

Mi llanto enjugas, templas mis enojos,
 Oigo la dulce voz con que me nombras,
 Y tus caricias á mi queja opones:

Mas ¡ay! que burlas mis turbados ojos:
 El nuevo sol al disipar las sombras,
 Desvanece tambien mis ilusiones.

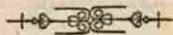
A UN RIO.

Tr, cuyas aguas bajan sonoras
En crecido raudal de la montaña,
Y dilatas tu curso en la campaña
Coronado de selvas espaciosas:

Deja que en tus orillas venturosas
Mi pena esplaye. El llanto que me baña
Mezclado á tus corrientes, te acompaña
Hasta el salado mar donde reposas.

Por entre riscos y asperezas veo
Que llegas á tu término prescrito,
Despues de describir ancho rodeo.

Solo mi padecer es infinito,
Pues vagando sin tino mi deseo
El bien no llevo á ver que solicito.



AL SUEÑO.

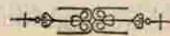
(IMITACION DEL ITALIANO.)

Hijo de la callada, húmida, umbrosa
Noche, remedio dulce de los males,
Alivio en su dolor á los mortales,
Descanso de la vida trabajosa:

Mira mi alma infeliz, que no reposa,
Oprimida de penas desiguales:
Tiende ¡oh sueño! tus alas celestiales,
Vierte en mi corazon calma preciosa.

¿Dónde el silencio está, que huye del dia?
¿Dó el enjambre de ensueños, que en el techo
Revuelan, donde mora la alegría?

Te llamo, vaste, y dejas que mi pecho
Sufra de amor la saña y la porfia.
¡Oh vigilia sin fin! ¡Oh duro lecho!



RENDIMIENTO ENAMORADO.

Levántad, amada Musa,
De mi pluma el bajo vuelo,
Hasta el cielo donde vive
Mi amoroso pensamiento.
QUEVEDO.

Donde el Albano turbio y caudaloso,
Entre montañas ásperas nacido,
Baja por hondo cauce pedregoso;

Y con sonante curso retorcido
Ciñe la hermosa villa y el aldea
Y el bosque umbroso y prado florecido,

Allí reside Elisa: allí campea
Su divina belleza: allí galana
Todo lo vivifica y hermosea.

Con ella vive en opresion tirana
El mismo Amor, en hábito distinto,
Sin arco ni carcax, en forma humana.

Todo espira placer en su recinto;
Las gracias y las risas amorosas
La siguen, en confuso laberinto.

Mas ¡ay! ¡y qué de pruebas dolorosas,
Qué de afectos fervientes y deseos
Burlaron sus entrañas rigurosas!

Su esquivaza la da nuevos arreos,
Y heridos corazones de amadores
A sus plantas la sirven de trofeos.

Brillaba el Sol con nuevos resplandores,
Y à la templada luz de primavera
Despertaban las aves y las flores;

Cuando mis ojos por la vez primera
Miraron la deidad, y el pecho mio
Sintió del crudo amor la llaga fiera;

Desde entónces esclavo el albedrío
Quedó al imperio de su rostro bello,
Y à su honesto desden, y à su desvío.

La espléndida madeja de cabello,
Que en proporcion vistosa se derrama
En ondas de oro por el albo cuello;

La frente de marfil, la dulce llama,
Que en sus serenos ojos arde y brilla,
Todo, mi triste corazón inflama.

¡O tú, que eres hermosa á maravilla!
Si supieras las dudas que me aquejan
¡Cómo estimáras mi pasión sencilla!

Si tus severos padres no te dejan,
Ni tu mismo recato te permite
Oír amores, que de tí me alejan:

Siquiera por piedad, Elisa, admite
Que mis amantes ojos te veneren,
Y que solo á mirarte me limite.

Yo sé, que mis miradas te refieren
Los íntimos secretos que á sus solas
Las entrañas y el alma les confieren.

Al contemplar los dotes que acrisolas,
Se conturba mi triste pensamiento,
Como en profundo mar las turbias olas,

Cuando allá removidas de su asiento
Por la tendida playa van sonando,
Agitadas del austro turbulento.

No hay palabras de amor, no hay verso blando,
Que puedan mitigar el fuego ardiente,
Que mi interior ¡ay Dios! está abrasando.

¡Qué triunfadora siempre, qué presente
Estás á mi memoria noche y día,
Númen de mis afectos y mi mente!

¡Portento de modestia y gallardía!
¡Gloria de la region veracruzana!
¡Lustre y decoro de la patria mia!

¡Quién gozó de tu vista soberana,
Que no quedase con placer rendido
Juzgándote deidad en forma humana?

¡Quién ante tus altares fué admitido,
Que á tus vivos reflejos deslumbrado
El alma no rindiese y el sentido?

¡Quién no se conoció todo abrasado
De inestinguible ardor? ¡Quién pudo verte
Sin sentirse en un punto trasformado?

¡Y quién sin adorarte, conocerte?
¡Criatura celestial! ¡Muger divina!
¡Cuán distante estoy yo de merecerte!

Pero siguiendo el astro que me inclina
Al amor, mi esperanza se levanta
Hasta tocar la luz que me ilumina.

Si soy merecedor de dicha tanta,
Permíteme, señora, que yo imprima
Mi labio humilde en tu adorada planta.

¡Oh, si el fuego sagrado, que sublima
El canto del mortal, y lo derrama
Del polo helado, hasta el opuesto clima,

Vivificase el estro que me inflama!
Tu nombre y tu beldad, Elisa mia,
Vivieran en los ecos de la fama.

Tu cantor solamente me diria,
Y descifando entónces de mi frente
El laurel de la sacra poesía,

A tí lo consagrara reverente;
Perpetuando en tus aras la memoria
De mi abrasado amor, de gente en gente.

Al dejar esta vida transitoria,
Ocupáras de lleno en las alturas
El círculo esplendente de la gloria.

Venciendo del olvido las oscuras
Sombras, gozárás siempre los honores,
Que el mundo rinde á las esencias puras.
Sonáran donde quiera tus loores,
Y hasta los rudos pueblos mas distantes
Te aclamâran deidad de los amores.

A tí se dirigieran los amantes
Elevando sus ruegos á tu trono,
Entre inciensos y antorchas rutilantes.

Pero ya que los cielos en mi abono,
No igualaron su don á mi deseo,
Ni alzaron de mi voz el débil tono,

Lo que puedo te doy: aquesto creo
Que merezca de tí ser admitido,
Dàndome tú el valor que no poseo.

Que á veces la deidad ha preferido
El pobre don del rústico villano,
Con amor en sus templos ofrecido,

Al presente del rico ciudadano.
Yo te ofrezco el afecto mas sincero
Que ha ecsistido jamas en pecho humano.

Cuando recuerdo, Elisa, que te quiero,
Y que habiendo nacido para amarte
Al universo todo te prefiero:

Cuando fija la mente en contemplarte,
Preveo yo, que en el sepulcro frio
Aun habrán mis cenizas de adorarte:

Se ecsalta mi valor, crece mi brío,
Sabiendo que tan alto pensamiento
Nació en mi corazon, y es todo mio.

Si admites los aplausos de mi acento
Y recibes el don de mi alabanza,
El premio logrará mi rendimiento,
Que en la tierra mortal ninguno alcanza.



LA SIESTA.

ROMANCE.

Entre nublados y lluvias
Pasó el helado Diciembre,
Y nuestros campos visitan
Las horas de Abril alegres.

Sobre el firmamento puro
El alto Sol resplandece,
Y de su fuego las sombras
A los ganados protejen.

La primavera galana
Vida y esperanzas vierte:
Todos los seres se gozan;
Ménos yo, de Elisa ausente.

Del tormento que me causa,
Quizá descuidada duermo,
Llena de ilusiones dulces
En sus floridos vergeles.

Gozando la grata sombra,
Que sobre la yerba ofrecen
Los frondosos naranjales,
Y los erguidos cipreses.

Donde yedras y jazmines
Formando frescos doseles,
Entre perfumes y flores
Del Sol la guardan cortes.

Donde corriendo sonora
Por entre lirios la fuente,
Copia su beldad dormida,
Que muda deidad parece.

¡Amor, qué bella á mis ojos
Haces que su faz se muestre!
¡Cómo al mirar su hermosura
Mi seno en fuego se enciende!

¡Dó vas, atrevido amante?
Suspende el paso, detente,
No profanes atrevido
Ese misterioso albergue,

Si en él el amor se anida
Es el amor inocente;
El recato lo custodia,
Y la virtud lo defiende.

Mira dormidos sus ojos;
Mira, por su linda frente
Yagar el dorado rizo,
Que el soplo del aura mueve.

Una posesion tan alta,
¡Quién es el que la merece?
Basta que tu amor conozca
Para que premiado quedes.

Basta que Elisa no ignore
Tus afectos reverentes,
Y que en su memoria illustre
Alguna vez te recuerde.

¡Oh, si sus ojos divinos
Hácia los tuyos volviere!
¡Ojos, que el alma arrebatan
Con mansedumbre celeste!

¡Ojos, que subyugan dulces
Los corazones rebeldes!
¡Ojos, que en llamas de amores
Todo cuanto ven convierten!

Tal vez entónces piadosa
(¡Oh delirio de la mente!)
En su adorador mirara
Lo que su hermosura puede.

Mirara, como arrobado
No hay momento en que no piense
En sus nobles perfecciones,
Y en sus dotes eminentes:

Como las aguas fugaces
Con tristes lágrimas crece,
Y el aire que lo circunda
Con sus suspiros enciende.

Tal vez se sucederia
El cariño á los desdenes,
Y en ella el amor triunfara
De sus entrañas cruéles.

¡Vano imaginar de amante!
¡Corazon, qué infeliz eres!
Mentidas glorias te formas
Y en imposibles te pierdes.

Elisa jamas ha amado,
Ni de sus labios esperes
Palabras, que en tus oidos
Llenas de esperanza suenen.

Si es tu destino el amarla,
A lo ménos te consuele,
Que si por ella suspiras,
Dichosamente padeces.

El Sol en su carro de oro
Hacia el ocaso se vuelve,
Vertiendo púrpura y llamas
En los mares de Occidente.

El antiguo, sacro Río,
Ornado de juncos verdes
Vuelca sus urnas de plata,
Y sus raudales estiende.

Corre de luz inundado
Y al pié del monte eminente,
Por ver la deidad que adoro
Rápido su curso tuerce.

Los álamos de su orilla
El viento sonoro mueve,
Y entre sus ecos de triunfo
Mis tristes ayes se pierden.

LA ENTREVISTA.

Mibi se, non ante oculus tan clara, videndam
Obtulit, et pura per noctem in luce refulsit
Alma, . . . Des.

VIRG. ENRID. LIB. II.

ERA de noche, y la argentada luna
De rayos apacibles coronada,
Limpia y sin mancha en el azul del cielo
Reina de las esferas se mostraba.

En silencio la tierra se envolvía;
Callan los vientos y las selvas callan:
Solo se oye á lo lejos el murmullo
Con que descienden rápidas las aguas.

Cuando salgo dudoso y me encamino
Por medio de una calle solitaria,
Dó las casas simétricas se elevan
Oscuras de una parte, de otra claras.

Tomo la márgen del undoso río,
Que la villa feliz divide y baña,
Mirando sus corrientes cristalinas
De plátanos y fresnos adornadas.

En sus remansos trémulos el cielo
Con vivos resplandores se retrata,
Y los ramos se agitan blandamente
Al amoroso soplo de las auras.

En memorias gratísimas de Elisa
Llena de admiración discurre el alma,
Su hermosura contempla, y se embebece
Siguiendo los destinos que la llaman.

Ora me la figuro entre las sombras
De aquella estensa y fértil enramada,
Ora en la orilla opuesta, ora mas lejos
Parece que me mira y que se para.

Ora como ángel puro tiende el vuelo
Del éter claro á las regiones altas:
Suspenso y triste con la vista sigo
El rastro luminoso que señala.

Vuelvo luego los ojos á la tierra
Arrasados de lágrimas amargas,
Y la miro á mi lado compasiva
Templando con su vista mis desgracias.

Entre sueños su imagen se me ofrece,
En un punto salvando las distancias,
Y con su acento y celestial sonrisa
Mis inquietudes y temores calma.

Así suele en tormenta tenebrosa
La estrella aparecer de la mañana:
Cesa el viento, disípanse las nubes,
Y se aduermen las ondas alteradas.

No hay trance de mi vida, no hay momento,
Que no mire su imagen adorada,
Que no beba sus luces y no siga
Las invisibles huellas de su planta.

Pero ella, aunque risueña, siempre huyendo
Vaga en torno de mí, cual forma vana,
Que gira luminosa en los sepulcros
A la voz del conjuro que la llama.

¿Quién me impide gozar, querida mía,
En dulce posesión tu beldad rara?
¿Qué fuerza, qué poder irresistible
De tus brazos bellísimos me arranca?

Sin embargo, esta tarde cuando via
Lleno de turbación su hermosa cara,
Me pareció que en sus divinos ojos
La compasión benéfica brillaba.

Y aunque de responder á mis querellas
El bello labio tímida recata,
Supe que con aprecio mis papeles
En el nevado seno cubre y guarda.

Al recordar aquesto ya respiro
El hálito vital de la esperanza,
Palpitan las entrañas conmovidas
Y el pecho fervoroso se dilata.

En tales pensamientos sumergido
Silencioso y absorto caminaba,
Cuando me advierte ser la media noche
El pausado tañir de una campana.

Dilátase el sonido y le repiten
Los bronces de otras torres mas lejanas:
Vuelve todo al silencio, y yo me encuentro
En los bellos jardines de mi amada.

Hora del cielo recibes
Dulcísimas impresiones:
Inocentes ilusiones
Acaso gozas feliz.

El sueño sus blandas alas
Sobre tus párpados tiende,
Y á tu lado te defiende
Invisible un serafín.

Paz apetecible gozas
 Concedida á la inocencia,
 Que el clamor de la conciencia
 No te llena de temor.

No conoces las congojas
 Que persiguen al malvado,
 Ni con golpe desusado
 Tu seno late veloz.

Tal vez en bosques sombríos
 Hora te parece que entras,
 Donde de súbito encuentras
 Un encantado jardin;

Y aguas allí cristalinas,
 Dulces aves, frescas rosas,
 Y mil doncellas hermosas
 Coronadas de alhelí:

O que miras en el cielo
 De los ángeles el coro,
 Y escuchas sus harpas de oro
 Sobre la bóveda azul:

Y que caminas errante
 Sobre la luna y estrellas,
 En donde estampas tus huellas
 Toda vestida de luz.

Ah! ¿nunca de mí te acuerdas?
 ¿No vuelves á mí los ojos?
 ¿No recibes por despojos
 El alma y el corazón?

¡Oh si piadosa entre sueños
 Tu humilde amante mirases,
 Y en mi seno contemplases
 Los estragos de tu amor!

¡Oh si dejases el lecho
 Donde descanso recobras,
 Y calmases las zozobras
 Del que solo vive en tí!

A tus umbrales clavado
 El corazón se me yela:
 ¿Será que á solas recela
 Un dudoso porvenir?

Corre la vecina fuente
 Entre las guijas con prisa,
 Sopla la delgada brisa,
 Esta es la hora del amor:
 Levántate, amada mía,
 El blando reposo deja,
 Oye la encendida queja
 De tu constante amador.

La pasión á mis labios inspiraba
 Esta canción de amor ruda y sencilla,
 Y mi sentido canto resonaba
 Bajo la selva de la verde orilla:
 La recóndita luz que me alumbraba
 Ya manifiesta ante mis pasos brilla:
 ¿Quién es el que por señas no adivina
 El premio que su amada le destina?

Si, que el oculto amor ingenuo y puro,
 Al paso que se envuelve en el misterio,
 También erige plácido y seguro
 En el silencio y soledad su imperio:
 Penetra con valor en lo futuro,
 Hace amable su eterno cautiverio,
 Y vertiendo de fuego inspiraciones
 Convierte en realidad nuestras ficciones.

¡Ojos, que habeis enviado al alma mia
Tantos rayos de vida y de esperanza,
Y disipado la tiniebla fria
Del olvido y letal desconfianza,
Salid á derramar el alegría,
Si el poder de mi ruego á tanto alcanza!
¡Encuentren fin mis ansias y mi pena
En vuestra vista cándida y serena!

¡Ah! no ha salido mi esperanza vana,
(Un sentimiento fiel me lo decia)
Abrese de repente una ventana,
Y al trémulo fulgor de una bujía,
En una estancia donde de oro y grana
Varia labor en torno relucia,
Vagar incierta tras las rejas miro
La amorosa beldad por quien suspiro.

Al jardin descendió despues Elisa,
Deidad de aquella noche silenciosa:
Animaba su faz honesta risa,
Que sus dos labios dividia de rosa;
Por el erguido cuello y frente lisa
La rizada madeja de oro ondosa
Bajaba, realzando la nobleza
Del alzado perfil de su cabeza.

Y llevando la vista hácia la altura
Por ver del cielo el luminoso manto,
Manifestó de modo su hermosura,
Que fué del orbe admiracion y encanto:
Si copiarse quisiese su figura,
¿Qué divino pincel bastara á tanto?
¿Qué dibujo, qué luces, qué colores,
A su beldad no fueran inferiores?

Jamas ojos tan lindos contemplaron
Del ancho espacio las moradas bellas,
Y ante mi vista atónita brillaron
Cual brillan en el cielo las estrellas.
A lo íntimo del seno penetraron
Trasasándolo allí con sus centellas;
Do quier volvia su rostro vencedora,
Con nuevas gracias triunfa y enamora.

De un impulso secreto conducido
Y á tantas luces deslumbrado y ciego,
La mente enagenada, y sin sentido,
Muevo la planta, y á las suyas llevo;
En llama inestinguible consumido
A los delirios del amor me entrego;
Y entre la duda y el temor, incierto,
Mi corazon á su presencia vierto.

El rubor candoroso y la sorpresa
Que en su semblante virginal se via,
Cuando mi boca vió en su mano impresa,
Que yo de ardientes ósculos cubria,
Y á mi declaracion de amor espresa
Con sonrisa dudosa respondia;
Bien pudo todo el ánimo sentirlo,
Mas no es dado á la pluma describirlo.

Tú, que perplejo la respuesta oiste,
Que el amor la dictaba y su inocencia,
Y testimonios ciertos recibiste
De una nueva y feliz correspondencia:
¡Sensible corazon! ¿cómo pudiste
Manifestar entónces resistencia?
¿Cómo con tantas dichas oprimido
No quedaste á sus pies desfallecido?

Allá en aquel lugar de las delicias,
 Que por la mano fué de Dios plantado,
 Do brindaba la tierra por primicias
 Cuanto tiene de dulce y regalado,
 Objeto de transportes y caricias,
 De belleza ideal vivo traslado,
 No se mostró á los ojos mas hermosa
 Del primer hombre la inocente esposa,

Que en aquesta ocasion, Elisa amada,
 Se presentó á los míos tu figura,
 Do toda perfeccion está cifrada,
 Alma real, tesoro de ventura.
 ¡Diosa de mi cariño! idolatrada
 Siempre serás, mi labio te lo jura:
 Una gloria mayor que tú, no creo
 Que pueda imaginársela el deseo.

¿Do habrá dicha mayor, mi bien, que verte,
 De tus bellas acciones ser testigo,
 El alma consagrarte y merecerte,
 Estrechándose á tí con lazo amigo;
 De tu acento pender, y hasta la muerte
 Bajo un techo vivir siempre contigo?
 Tu dulce posesion para mí encierra
 Cuanto bien es posible acá en la tierra!

Si lanzado del orbe á los confines
 Viviera entre tinieblas y entre horrores,
 La memoria de tí, de estos jardines,
 Allí disiparía mis terrores.
 Este sitio, esta fuente, estos jazmines
 Forman el bello Eden de mis amores,
 Y tú eres la deidad que en él derrama
 Placer y vida, y en amor lo inflama.

Si en el mundo no hubiesen ecsistido
 Genios claros y tiernos corazones,
 Que hubieran á sus versos transferido
 Del alma las profundas impresiones,
 Tú habrias en los hombres producido
 El arte de pintar sus sensaciones,
 Entre aplausos contigo naceria
 Circundada de gloria la poesia.

Perdona tú, si desvalido, oscuro,
 Me atrevo á celebrarte en toseco verso,
 Y cuando tu beldad cantar procuro,
 Descubro mi pasion al universo:
 Es mi felicidad tu afecto puro:
 Es mi eterno blason tu nombre terso
 Eres tú la graciosa inteligencia
 Que embellece y anima mi ecsistencia.

Ya del Oriente en la region vacía
 Sobre los altos montes se levanta
 La mensagera del luciente dia,
 Coronada de perlas la garganta.
 Respira entre las hojas la aura fria,
 El arroyo en las peñas se quebranta,
 Sus tonos melodiosos y suaves
 Al viento esparcen las canoras aves.

A Dios, Elisa, á Dios, y nunca olvides
 A este amante, feliz pues que te adora;
 Y ya que de sus brazos te divides,
 En su ardiente pasion piensa, señora.
 En la bella morada en que resides
 Queda mi corazon. A Dios.—La aurora
 Disipando del mundo el dulce sueño,
 Me aleja de la vista de mi dueño.

ENCUENTRO FELIZ.

Aprendió gentileza y cortesía,
No soberbio desden, no pompa vana.
LOPE DE VEGA.

En aqueste lugar, Elisa mia,
En una hora feliz te vi delante,
Mi vista te gozó por un instante
Mas llena de beldad, que el sol que ardía.

Con modesto despejo y cortesía
Risueña saludabas á tu amante:
¡Qué graciosa en tu talle, qué elegante!
¡Tu clara voz, cuán llena de armonía!

A tu amorosa gala y apostura
Quedaron mis afectos tan rendidos,
Que sin tí no hallo encanto ni hermosura.
Cautivaste del todo mis sentidos,
Y ni mis ojos ven otra figura,
Ni resuena otra voz en mis oídos.



MI AMADA EN LA MISA DE ALBA.

Et vera incesu patuit Dea.
VIRGILIO.

I.

PURAS estrellas del cielo,
Que en la noche tenebrosa
Vais derramando en el suelo,
Con vuestra luz misteriosa,
La claridad y el consuelo:

¡Qué de veces habeis dado
Motivos al pecho mio,
Para revelar osado
El objeto de un cuidado,
Que al mudo silencio fio!

Sublime objeto de amor,
Que la borrasca en bonanza
Convierte con su esplendor,
Y levanta mi esperanza
A otro mundo superior.

Objeto que en sí contiene
El fuego con que me inflama,
Y en mis entrañas mantiené
Con su vivífica llama
El culto puro que tiene.

Cuando apagada la edad
Toque con débil barquilla
El mar de la eternidad,
Yo saludaré en la orilla
El rayo de su beldad.

Tras una nube ligera
Muestra la noche sus galas:
¡Oh cielos, y quién me diera
Ceñir de fuego unas alas
Para volar á esa esfera!

Yo sé que sobre esta altura
Es el amor mas perfecto,
Es sin ficcion la ternura,
Mas inocente el afecto,
Y eterna la paz y holgura.

Unido á la amada mia
Visitara esas regiones,
Donde siempre mora el dia,
Bañados los corazones
De purísima alegría.

¡O estrellas! si acaso es cierto
Que la mano que os produjo
En el espacio desierto,
Os dió soberano influjo
Sobre este planeta yerto:

Haced que el benigno sino,
Que me tocó el nacimiento,
Me una á este objeto divino,
Y tenga en mí cumplimiento
El decreto del destino.

II.

¡O tú! que de los cielos producida
Destierras de mi seno la amargura,
Y el desabrido cáliz de mi vida
Conviertes en dulzura:

Astro glorioso, que á mi mente envia
La inspiracion de un puro sentimiento:
Imágen cara á la memoria mia,
Alma del pensamiento:

Modesta vírgen, cuyas formas bellas
El cielo admira, el universo adora,
En cuyos ojos brillan las estrellas,
Y en tu frente la aurora:

Bajo el abrigo de la noche umbría
Presente estoy (disculpa mis arrojios)
Para gozar del alba ántes del dia
En tus risueños ojos.

Gratas son las esferas estrelladas,
Grato en la noche el soplo de la brisa,
Pero mas tus dulcísimas miradas,
Y tu hechicera risa.

No dejes á tu amante que suspire
Separado del bien que solo quiere;
Permite, ídolo mio, que te mire,
Y humilde te venere.

Del lecho donde duermes te levanta,
Y á tu ventana sal, linda doncella:
A darte la alborada se adelanta
Mi tímida querella.

III.

El lucero matutino
 Coronaba el horizonte,
 Y de la aurora vecina
 Despuntaban los albores.

Las ponderosas campanas
 En las elevadas torres,
 Anuncian que viene el día
 Con repetidos clamores.

A misa salió mi amada
 De sus umbrales entónces,
 Como la mañana bella,
 Y fresca como las flores.

El recato y la modestia
 La van siguiendo conformes,
 Dos iris lleva en sus cejas,
 Y en sus megillas dos soles.

Do quier que vuelve la vista
 Hace que encendidos broten
 De sus miradas deseos,
 Y de sus labios, olores.

Un vientecillo ligero
 Atrevido descompone
 De sus profusos cabellos
 Los rizos puestos en orden.

Con la mano los sujeta,
 Dando à sus miradas nobles
 Tal espresion de dulzura,
 Que conmoviera los bronces.

Toma el camino del templo,
 Diversas calles traspone,
 Pisa las gradas ligera,
 Y bajo el pórtico entróse.

Como ecsalacion ardiente,
 Que las densas nieblas rompe,
 Y alumbra por un momento
 El aire, el mar y los montes;

Así se mostró en su curso
 Esta aparicion veloce:
 A sus luces repentinas
 Desapareció la noche.

Tras sus pisadas camino
 Y llego á la iglesia, donde
 Arrodillada la miro
 En el pavimento, inmóvil.

Los ojos levanta al cielo,
 Luego en el suelo los pone,
 Y en su semblante reflejan
 Las llamas de los blandones.

IV.

Cuando en el templo postrada
 Estàs ante el Ser inmenso,
 Entre una nube de incienso
 Símbolo de la oracion:

Me parece que eres ángel
 Que al trono de Dios asiste,
 Y que por el hombre triste
 Intercedes con fervor.

La cándida vestidura
 Ciñes tú de la inocencia,
 Y brilla la inteligencia
 En tu frente virginal.

En tu corazon se ocultan
 De amor los puros afectos,
 Y en tu mente los conceptos
 De la ciencia celestial.

¡Oh cuánto respeto imprimes:
 Eres bella, ingenua, pura,
 Y reinas en una altura
 Harto superior á mi!
 Moradora del empíreo,
 (No sé yo como te nombre)
 ¿Quién es el hijo del hombre
 Digno de llegar á ti?

Con esas formas divinas,
 Que acá en la tierra demuestras,
 Das al que te mira muestras
 De la hermosura eternal:
 Ya sé lo que vale el alma
 Que mis sentidos anima,
 Pues que conoce y estima
 El precio de tu beldad.

Si gentil hubiera sido,
 Altares te levantara,
 La rodilla te doblara,
 Y fueras mi diosa tú:
 Incienso y flores rendido
 Tributara á tu belleza,
 Emblemas de tu pureza,
 Y tu fragante virtud.

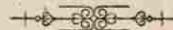
Hoy eres á estos mis ojos
 Imágen por escelencia
 De la suma inteligencia,
 Pues que cristiano nací:
 Espíritu que me guía
 En los caminos del mundo,
 Y en el piélago profundo
 Norte fijo para mí.

¿Qué fuera del globo triste,
 De espanto y de sombras lleno,
 Si no brillara en su seno
 Tu rayo consolador?
 Tú disipas los temores,
 Todo el universo alegras,
 Y haces sus moradas negras
 Pensil donde reina amor.

V.

¿Cuándo verán mis ojos aquel día
 En que dueño feliz de tu hermosura,
 Ni el rigor tema de la suerte impía,
 Ni que vuele cual sombra mi ventura!

De inmarcesibles rosas coronado,
 Bajo las alas del amor propicio,
 Disfrutaré en tu seno reclinado
 De todos los tesoros que codicio.



LA INSCRIPCION.

ARBOLES, que adornais de este mi río
 Con vuestra verde pompa la ribera,
 Y cuando el sol ardiente reverbera,
 Dulce sombra ofreceis al dueño mio:

Vierta el cielo en vosotros su rocío,
 Despiadada segur jamas os hiera,
 No se aleje de vos la primavera,
 Ni os toque el aquilon nevoso y frio.

Mientras en vuestras ramas estendidas,
 Del zéfiro á los soplos delicados
 Brillan las verdes hojas sacudidas,

Permitid, que estos rasgos abreviados
 (Señales de mi bien ya conocidas)
 Deje en vuestras cortezas entallados.

LA SALIDA AL CAMPO.

¿Cómo ocultarte pudieras
 De mi vista enamorada,
 Si lo que cubren tus ropas
 Tu belleza lo declara?

¿Pudiera no conocerte?
 ¿Cuándo un amante se engaña?
 En mí con rasgos de fuego
 Vives, Elisa, grabada.

Dejaste el traje de seda
 Ornado de punto y gasas,
 Y tomaste otro vestido
 Sin la pompa cortesana.

Sabe que en oficios rudos
 También el Amor se agrada,
 Y bajo paños humildes
 Sus tiernas formas difraza.

¿Qué gallarda te presentas,
 Hermosísima aldeana!
 ¿Qué bien cogido el cabello
 Trenzado en torno con gracia!

Las florecillas silvestres,
 Que en él entretejes y atas,
 Se muestran envanecidas
 De verse allí colocadas.

Y el rebozo que á tus hombros
Luce con labores varias,
Contrasta con el vestido
Simple y desnudo de galas.

Vencen en estima y brillo
A las margaritas raras,
Los abalorios que llevas
A la cándida garganta.

Y la cadena que el pecho
Con dobles vueltas te enlaza,
Es muestra de la que liga
A tu voluntad las almas.

Nunca en sus amenas sombras
Miraron las selvas altas
Prodigio, que así pudiese
Ser de adoraciones causa.

Ni aun al paganismo ciego,
La cazadora Diana,
Se representó tan bella
Por los bosques y montañas.

La pobre choza que habitas
Es ya gloriosa morada,
Donde la hermosura reina
Con nuevos triunfos y palmas.

Mudos y en silencio miran
Tu belleza soberana
Los labradores con gozo,
Con turbacion las serranas.

Tú de la ciudad tragiste
El Amor á las cabañas.
¡Cuántos afectos se ocultan
Bajo sus techos de paja!

¡Cuántos tímidos suspiros!
¡Cuántas amorosas ansias
Perturban en estos sitios
La antigua paz que gozaban!

Las quejas de los amores,
Y la voz de la alabanza,
Entre los bosques resuenan,
Y en las cimas escarpadas.

Vamos á la fuente, Elisa,
Oye en las floridas ramas
Las aves, que en sus gorgoros
Deidad del campo te llaman.

Oye como tierna arrulla
La tórtola solitaria,
Que del ausente consorte
Lamenta ya la tardanza.

Aman las frondosas vides
Y á los árboles se abrazan,
Aman las parleras fuentes,
Y hasta los peñascos aman.

¡Qué mucho si cuanto miras
En vivas llamas abrasas!
¡Hechizo de estas riberas!
¡Incendio de estas comarcas!

Disfruta de los placeres
Con que brinda la campaña,
Y mientras dure la siesta
Goza las templadas auras.

El césped te ofrece asiento,
Sombra la verde enramada,
Fragante aroma las flores,
Y su frescura las aguas.

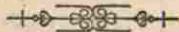
RETIRO CAMPESTRE.

CUANDO tú, compañera de las flores,
Vienes á embellecer mi pobre quinta,
Ella te ofrece en su estension sucinta
Sitio de gustos, y lugares de amores.

Arboles, fuentes, bálsamos, olores,
Prodiga Mayo, que risueño pinta
Para ti el huerto, con labor distinta
De variados matices y colores.

Aquí del césped en la verde alfombra,
Donde corre el arroyo con sosiego,
Y tiende el bosque su apacible sombra,

Víctima de un amor inmenso y ciego,
Sobre aquesta ara, do mi voz te nombra,
Arde mi corazon en vivo fuego.



A ELISA EN LA PRIMAVERA.

*E gli amanti pungea quella stagione,
Che per usanza a lagrimar gli appella*
PETRARCA.

IDILIO.

CESÓ el invierno duro y aterido
De ejercer en los montes su violencia,
Y el sol de nueva claridad vestido
Llena el orbe de luz con su presencia:
Aparece la hermosa primavera,
Y el campo cobra su beldad primera.

Aquesta es la estacion de los amores:
Alégranse las plantas y las fuentes:
Reverdecen los árboles mayores
Alzando al cielo sus antiguas frentes,
Y en las orillas del sonoro rio
Presentan un lugar siempre sombrío.

Todo respira amor, todo consuelo
En esta soledad encantadora:
La selva florecida, el claro cielo,
La turba de los pájaros canora,
Abren las dulces fuentes del contento,
Y mitigan tambien el sentimiento.

Templando aquí la cítara dorada
 Cantar quisiera, á solas, sin testigo,
 Las gracias y belleza de mi amada,
 Y el fuego ardiente que en mi pecho abrigo:
 Cantando, mi pasión aliviaria
 Desde la aurora hasta acabar el día.

Sí, que los blandos versos son alivio
 Del triste amante que apenado llora,
 Y encienden en amor el pecho tibio
 De la suma beldad á quien adora.
 ¡O, si oyese siquiera el canto mio
 La que causa mi ilustre desvarío!

Desde que te ausentaste y mi alegría
 Llevaste, y mi sosiego por despojos,
 No ceso de llamarte, Elisa mia,
 Convertidos en lágrimas mis ojos:
 Lágrimas ¡ay! de amor y de ternura,
 Que pago por tributo á tu hermosura.

¡O si lograrse yo, que tú vinieses
 A pisar con tus plantas estos prados,
 Y gozaras mi bien como otras veces,
 De estas fuentes y bosques encantados,
 En donde pretendió naturaleza
 Formar un digno trono á tu belleza!

Vieras en estos sitios misteriosos,
 Nunca por los delitos profanados,
 Elevarse los árboles frondosos
 De yedras y de pámpanos ornados,
 Tejiendo una enramada verde, oscura,
 Asilo del amor y la fe pura.

Volando en torno el aura fugitiva
 Moviera blandamente tus cabellos,
 La fuente que del monte se deriva
 Copiara en su cristal tus rasgos bellos,
 Y el sol templado con su luz tocara
 Las facciones divinas de tu cara.

Y yo, que soy tu esclavo y tu cautivo,
 Y puse mis destinos en tus manos,
 Yo, que solo camino y solo vivo
 A la luz de tus ojos soberanos:
 ¡Con qué placer tu triunfo seguiria!
 Jurándote deidad del alma mia!

Mas ¡ay! en vano busco enagenado,
 Y de ilusión en ilusión perdido,
 El objeto sublime, idolatrado,
 A cuyas aras me postré rendido:
 Tiéneme en llanto, y en mortal dolencia,
 Elisa, el duro plazo de tu ausencia.

Otra fuente, otra vega, otras florestas,
 Bañas, señora, con tus luces claras,
 Olvidándote acaso, que son éstas
 Las que ya para tí fueron tan caras,
 Aquí naciste, cual entre oro y grana
 Nace en las puras ondas la mañana.

Aquí tus tiernos infantiles años
 Miraba con encanto aquesta orilla,
 Cuando vagando tú, libre de engaños,
 Eras de estas comarcas maravilla.
 ¡Cuántas veces causó tu faz hermosa
 Envidia á la azucena y á la rosa!

¡Qué mucho, si en belleza la primera
Eres, y en gracia no te iguala alguna!
Muchas veces sentado en la ribera
Ví entre las aguas reflejar la luna,
Y nunca ví sus ráfagas lucientes
Brillar, como tus ojos refulgentes.

Muchas veces miré la blanca cumbre
Del elevado monte de Orizaba,
Cuando del nuevo sol la viva lumbre
En sus eternas nieves reflejaba;
Y no me pareció su albor tan bello
Como tu seno cándido y tu cuello.

¡Qué floridos planteles, qué jardines
Pudieran competir con tus colores?
¡Qué fragantes violetas, qué jazmines
Igualar de tu boca los colores?
¡Qué palma, cuando el aire la regala,
Imitará gentil tu talle y gala?

Con tu rara beldad, divina Elisa,
Los corazones prendes y encadenas,
Sus tempestades calmas con tu risa,
Y las almas sorprendes y enagenas.
¡Qué sonoro es tu acento, qué hechicero,
Cuando á tu amante dices:— *Yo te quiero!*

A estos amenos campos ven, señora;
Tu sereno semblante aquí convierte,
Que mal vivirá la alma que te adora
Con la pension terrible de no verte.
Bajan las sombras y declina el día,
¡Y no miro tu rostro, amada mia!

Pues que prestaste aquí benigno oído
A la encendida voz de mis amores,
Y te es aqueste sitio conocido,
Ven á gozar en él las nuevas flores;
Mas si sorda á mi ruego no vinieres,
Te seguirá mi amor á donde fueres.

¡A DIOS!

Pues mi desgracia y tus quejas
Nos separan á los dos,
Pues de mis brazos te alejas,
Si para siempre me dejas,
A Dios para siempre, á Dios.

No me negarás que un día
Ligada con firmes lazos
Quisiste llamarte mía,
Estrechándome en tus brazos
Con amorosa porfia.

¿Podrás echar al olvido
Afectos de tiernos años,
Caricias que te he debido,
Y los favores estraños
De un amor correspondido?

¿Te acuerdas cuando afanoso,
Oprimido de tristeza,
Sobre tu pecho amoroso
Reclinaba mi cabeza,
Solaz buscando y reposo?

Tu corazon palpitaba
En tu seno con presura,
Tu vista me contemplaba,
Y con pasion y ternura
Tu mano me acariciaba.

¡Con qué inocente candor
Ingenua, amable, sencilla,
Dabas muestra de tu amor,
Al rodar por tu megilla
La lágrima del dolor!

Si alguna vez desdeñosa
Me heriste con tus desvios,
¡Qué sensible, qué piadosa
Con esos labios de rosa
Sellaste despues los míos!

Palabras consoladoras
Murmuraba á mi oido,
Palabras que á todas horas
Calmaban con su sonido
Mis penas destrozadoras.

Entre sueños te llamaba,
En la soledad te via,
Contigo á solas hablaba,
De tus memorias vivia,
Solo de tí me ocupaba.

Eras mi único tesoro,
Eras mi amor, mi consuelo,
Mas acendrada que el oro,
Dádiva rica del cielo,
Deidad que en la tierra adoro.

¿Qué bien contigo no fuera
En doble precio estimado?
La desgracia horrenda y fiera
Al verme de tí amparado
Sus rigores depusiera.

Las promesas que me hiciste
 Se alejan cual eco vano:
 Solo queda al alma triste
 El torcedor inhumano
 De una gloria que no ecsiste.

Huyeron ya mis contentos,
 Todas mis dichas pasaron,
 Y se llevaron los vientos
 Los amantes juramentos
 Que tus labios pronunciaron.

Hoy de rigor prevenida
 El pecho que tanto te ama
 Rompes con mano homicida,
 Y de su profunda herida
 Sangre el corazon derrama.

Ay! mis dolorosas quejas,
 De ti caminan en pos,
 ¡En vano, pues que te alejas!
 Si para siempre me dejas,
 ¡A Dios para siempre, à Dios!

LA PÉRDIDA.

¿Así, mi Elisa bella,
 Y bella cuanto esquivas,
 Tu dulce patria y tu familia dejas?
 Ah! ¿qué fatal estrella
 A partir te motiva,
 Desdeñando mis lágrimas y quejas?
 ¡Mis lágrimas, que un día
 Movieron tu piedad, querida mia!

¡Ingrata! ¿has olvidado
 De nuestros tiernos años
 Los inocentes juegos, las delicias?
 Entónces ¡ay! cuitado
 No miré tus engaños
 Revestidos de pérfidas caricias,
 Antes te dí sincera
 Toda mi vida y libertad entera.

Ni mi ardoroso ruego
 Basta para moverte,
 Ni de tu dulce patria el abandono,
 Ni el perdido sosiego
 Son parte á detenerte,
 Antes bien huyes, simplecilla, como
 En la desierta arena
 Huye el viagero de la hambrienta hiena.

Huyes ¡ah! y en los brazos
 Te entregas de ese amante:
 ¡Ay, vírgen digna de mejor fortuna!
 Con débiles abrazos,
 Con planta vacilante,
 Al ara te diriges importuna:
 Suspende, no, no digas
 Ese funesto sí con que te ligas.....

Te ligas..... ¡Cuán vano
 Prorumpo yo en clamores,
 Si ya tu acento resonó en mi oído!
 A Dios empeño insano,
 Infelices amores,
 Tan mal recompensados con olvido:
 Dejais hoy en mi seno
 Profunda herida y matador veneno.

¡Mas, ay! que se me aleja!
 ¡Por siempre la he perdido!
 ¡A Dios, Elisa, á Dios! Una mirada
 Por compasion me deja:
 ¡Ineficaz gemido!

Llevando en su prision á mi adorada,
 La nave se desliza
 Sobre las ondas que serena riza.

¡Ay, Elisa! ¿qué has hecho?
 ¿Y por quién has trocado
 El blando afecto de mi amor primero?
 Hoy el paterno techo
 Y tu suelo has dejado,
 Por otro suelo ingrato y estrangero,
 Entregando perjura
 A los vientos mi gloria y mi ventura.

Yo miserable en tanto,
 Hasta el sepulcro frio
 Este funesto dia en mi memoria
 Tendré con largo llanto.
 Tu rigor, tu desvío,
 Y mi anhelo infeliz harán la historia
 De Elisa y de su amante,
 De su despego y de mi amor constante.

LA NIÑA MAL CASADA.

No así, recién casada, el rostro esquivo
 Presentes desdeñosa:
 No así marchita la color de rosa,
 Turbado el fuego de tus ojos vivo,
 Muestrés aniquilados en un día
 Tres lustros de esperanzas y alegría.

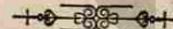
En estas horas que el esposo amado
 Al mirarte se agita,
 Tus caricias amante solicita,
 Sin separarse tierno de tu lado;
 ¡Olvidando sus nuevos alborozos,
 Respondes con lamentos y sollozos!—

“¡Ay, desgraciada! escucho que me dices,
 No fueron los amores
 Los que echaron violentos y traidores
 A mi cuello cadenas infelices:
 Fué la codicia que con nuevo empleo
 La hacha encendió del lúgubre Himeneo.

“Bañando con mis lágrimas mi lecho
 Me encontrará la aurora;
 Y cuando el sol el Occidente dora,
 Herido de dolor verá mi pecho:
 Veráme llena de dolor profundo,
 La negra noche cuando cubra el mundo.

“En dulce juventud me veo perdida,
 Mi desamor llorando:
 Nunca á mi pecho estrecharé, gozando,
 La imágen de mi ser reproducida;
 Pues mi dolor y muertas alegrías
 Abrieron el sepulcro de mis días.”—

¡Perezca, entónces dije, el que atrevido
 A la ambicion del oro
 Sacrificó insensible y sin decoro
 El pudor y el recato desvalido!
 ¡Ofrezca en él terrífico escarmiento
 El crudo y vengador remordimiento!



EL CARINO ANTICIPADO.

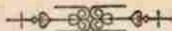
*(Invitación del Zoppi.)*ALERE FLAMMAM
VERITATIS

Cuando era niño y en la huerta mia
A las frágiles ramas no llegaba,
Por la divina Filis suspiraba,
Que no muger, mas diosa parecía.

Te amo, la dije temeroso un dia,
Dijolo el corazon que se abrasaba:
Vióme con risa, y luego me besaba,
Diciéndome: *eres niño todavía*.

Pasó aquel tiempo venturoso, y ora
Viéndome ¡triste! en sus cadenas preso,
De mí se olvida, y de otro se enamora.

Mi pecho guarda su retrato impreso,
Ella se olvida de quien mas la adora,
Y yo me acuerdo de su dulce beso.



EL AMOR MALOGRADO.

¿Cómo podré dejar, Filis, de amarte?
¿Cómo, mi bien, no verte?
Si tus desdenes me hacen olvidarte,
Tus hechizos me obligan á quererte.

En medio de esperanzas y de agravios,
De halagos y de enojos,
Ora temo lo esquivo de tus labios,
Ora cedo al imperio de tus ojos.

Caricias que otro tiempo te he debido
Me encienden en amores,
Y tú, ingrata, me entregas al olvido,
En despegos trocando tus favores.

¿Por qué, Filis divina, si en tu seno
Tal rigor abrigabas,
Vertiste en mis entrañas el veneno,
Que en tus hermosos labios ocultabas?

¿Y por qué con semblante alborozado
Grata me recibías,
Si al rasgarte mi pecho enamorado
Con tanto menosprecio me desvías?

Así el infante tierno en la floresta
Corta la fresca rosa,
Y mira de repente que le asesta
La pintada serpiente venenosa.

En tu pecho, de niño, descansaba,
 Tu corazón latía,
 Y un destino feliz me presagiaba,
 Que tu afecto inocente gozaria.

Bajaba ricamente por tu cuello
 Del zéfiro movido,
 En rizos desatado tu cabello,
 Y yo te contemplaba embebecido.

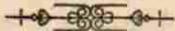
Me arrobaba tu célico semblante,
 Tu frente tersa y lisa,
 El brillo de tus ojos rutilante,
 Tu dulce voz y tu amorosa risa.

¡Cuántas veces, ó Filis peregrina,
 Dejé con ansia impreso,
 Sobre tu bella mano alabastrina
 Con labio incauto el regalado beso!

No mas voluble en la estación florida,
 Por la ribera amena
 Vaga la abeja, y liba entretenida
 El rojo lirio y cándida azucena.

Mas valiera, mi bien, no haberte visto,
 Que no sentir ahora
 Este fuego voraz que no resisto,
 Y el alma y las entrañas me devora.

Pues que los brazos y la voz esquivas
 Del que quisiste tanto,
 Pues que aun del ruego sin piedad le privas,
 Cesen los versos y comience el llanto.



A SILVIA.



¿QUE cantaré de tí, gentil doncella,
 De moreno color, serena frente,
 Candorosa, inocente
 Y humilde à par de bella?

No á tí te concedió naturaleza
 El color de la rosa y la azucena,
 Ni de soberbia llena
 Desdenes y esquivanza.

Mas dióte gallardísima apostura,
 Y negros ojos y mullido seno,
 Y aquel mirar sereno
 Que engendra la ternura.

Semejante en el prado á la violeta
 Que agrada mas con pálidos colores,
 Que entre vistosas flores
 La rosa y la mosqueta:

Así me places tú, Silvia querida,
 A quien mi triste corazón adora,
 Mas que otra engañadora
 Belleza fementida.

¿Sientes allá á tus solas, por ventura,
 Ese deseo de amar sin resolverse?
 ¿Querer, y no atreverse
 A mostrar mas dulzura?

Pues sabe, que yo soy el que ha inspirado
A tu pecho ese noble sentimiento,
Ese dulce tormento,
Ese feliz cuidado.

Ven ¡adorada! arrójate á mis brazos,
Estrecha al mio tu corazon amante,
Y cífeme constante
Entre tus dulces lazos.

Debajo de este plátano que mece
Sus hojas en el aire blandamente:
Orillas de esa fuente
Que vaga se adormece:

A la luz de la luna, que menguada
Con turbia claridad nos ilumina,
Junto á mí te reclina
¡O Silvia enamorada!

Y unidos siempre en lazo delicioso,
Volar dejemos la fugace vida:
Tú por siempre querida,
Yo por tí venturoso.



EL DESPECHO.

DEJA Silvia, esa sonrisa
Con que me ves maliciosa,
Cuando mis ojos ya ciegos
Ardientes lágrimas lloran.

Quiera el cielo, linda niña,
Que tus megillas hermosas
El llanto no las marchite,
Ni las manche la deshonra.

¿Presumes saber la causa
Oculta, cuya ponzoña
Atosiga mis venturas,
Siempre fugaces y cortas?

En vano te lo imaginas
Ya turbada ya curiosa,
Mis infelices secretos
Amor los oculta y llora.

No el temor, no el odio fiero,
No la ambicion peligrosa,
Son causa de que infelice
Muera lleno de congojas.

Hay un pesar que me oprime,
Vive un dolor que me agobia,
Sin que logre mitigarlos
Tu belleza seductora.

El remordimiento amargo,
Que al triste culpado acosa,
Cuando sin patria y errante
Vive en perpetuas zozobras,

Apenas es comparable
Con el que mi alma destroza:
Do quier que vuelvo la vista
La imagen del mal me asombra.

En mi frente se divisan
Inquietudes veladoras,
Y vengadores cuidados
Dentro de mi pecho moran.

La risa de la inocencia
Nunca á mis labios se asoma,
Y entre reprimidas quejas
Suspiros el labio brota.

En los momentos tranquilos
De la noche silenciosa,
Cuando el desgraciado duerme,
Y el tierno amante se goza:

A mis ojos se presentan
Entre formas vagarosas,
Recuerdos que no sosiegan,
Memorias que no reposan.

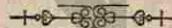
Desterrado como vivo
En las regiones remotas,
La desgracia me persigue
Como á su cuerpo la sombra.

¿Qué importa pasar los montes,
Visitar tierras ignotas,
Si á la grupa los cuidados
Con el ginete galopan?

Dudoso arrastré mi vida
Por una senda escabrosa,
Y á la orilla del sepulcro
La esperanza me abandona.

No pretendas, bella niña,
Saber mi pena afanosa,
Ni ver las llamas ardientes
Que mis entrañas devoran.

No el velo de mi secreto
Con mano atrevida corras;
Déjame con mis desdichas,
Y vete tú con tus glorias.



A UNA HERMOSA PÉRFIDA.

¿PIENSAS acaso, Licia desdenosa,
Que tu amante burlado y ofendido
Seguirá dócil tu ademan fingido,
O escuchará tu voz artificiosa?

¿Piensas acaso, que con falsa risa
Volverás á mi seno tus amores,
Escitando de nuevo los ardores
A que ántes te mostrabas indecisa?

Harto tiempo, perjura, profanaste
El puro afecto de mi amor sincero;
Cuando con burla y con desprecio fiero
Mis amantes palabras olvidaste.

Harto tiempo, tiránicos enojos
Temblando obedecí, tú eres testigo;
Me trataste cruel como enemigo,
Menospreciando el llanto de mis ojos.

Si por lo menos fueras tú constante
Y al rigor no mezclaras la falsía,
Tu duro tratamiento olvidaría,
Volviendo á la prision, mísero amante.

Mas hora en vano con astucias fragua
Engaños tu pasión, llena de envidia,
Si escribiste en diamante tu perfidia,
Y tus falsas promesas en el agua.

Ah! sirvan mis azares de escarmiento
Al amador incauto y arrojado,
Mientras yo, de las ondas rescatado,
Del mar me alejo y del airado viento.

Dejen mis ojos el continuo lloro,
Mis ardorosos labios los suspiros,
Mi corazón tus ponzoñosos tiros,
Y los viles desprecios el decoro;

Y sordo siempre á tu falaz querella,
Y ciego á tus miradas seductoras,
Ni temeré las Sirtes bramadoras,
Ni en rumbo incierto seguiré tu estrella.

De solo el desengaño acompañado,
Gozoso alentaré con nuevos brios,
Ora escuche bramar los Euros frios,
Ora se muestre el cielo sosegado.

Y mientras viva, vivirá conmigo
El recuerdo infeliz de tus traiciones:
Rotos ya tus pesados eslabones,
En blanda paz mi libertad bendigo.

A LICORIS.

¡QUE nuevo amor, Licóris, te desvia
Por nieves y por montes pedregosos,
Olvidando los valles deliciosos,
Y la cabaña, y la floresta umbría?

Quieran los cielos, pastorcilla mia,
Tus inconstancias perdonar piadosos,
Cuando vuelvas los ojos lagrimosos
A estos lugares, do moraste un dia.

A tu amante abandonas fementida:
Despues acaso bajará á pedazos
El velo que te tiene seducida.

En vano entónces buscarás sus brazos,
Ni apreciará tu amor, arrepentida,
Ni anudará jamas tus rotos lazos.

LA SEPARACION.

Absorto, inmóvil y en silencio mudo
Voy á merced de la sonante prora:
Cúbrese el mar de espuma rugidora,
Y silba en la tiniebla el viento crudo.

¡O tempestoso mar! yo te saludo
Aislado y solo en tu estension sonora:
Mi corazon en libertad ahora
Late, de afecto y de piedad desnudo.

Tal vez en tu ribera ensordecida,
Derramando una lágrima preciosa,
Se queja de abandono un tierno pecho;

Y al paso que lamenta mi partida,
A mis labios asoma desdeñosa
La sonrisa mortal de mi despecho.

EL VALLE DE MI INFANCIA.

Aquella que me dió merecimiento
Para que con amarme, la adorase,
Testigos sois, mudó de pensamientos.
LOPE DE VEGA.

BURLADO el corazón de la esperanza,
No importuna con votos á la suerte;
Un oculto lugar para la muerte
Es cuanto pide al cielo, y cuanto alcanza.

Debajo de esta selva verde, oscura,
De mi niñez brillaron los albóres,
Y la primera voz de los amores
Despertó mis afectos de ternura.

Este es el sitio ameno, esta la fuente,
Do me jurò su fé mi prenda amada:
Aquí estuvo en mis brazos reclinada,
Allí de rosas coroné su frente.

Dejadme ya, memorias dolorosas,
Tristes recuerdos de mi edad primera;
Huyeron como sombra pasajera
Esas felices horas presurosas:

En su lugar vinieron negros dias,
Agenos de placer y de inocencia,
Y el grito aterrador de la conciencia
Desterró las mas puras alegrías.

¡O Elisa desgraciada! ¿quién nos diera
Aquel primer amor de nuestra infancia?
¿Quién me volviera ¡ay Dios! con mi ignorancia
Tus gracias y tu risa placentera?

Rompiéronse por siempre nuestros lazos:
Bárbaro te olvidé, te dejé fiero;
Si ausente me lloraste, tú, primero,
¿Te entregarás al fin en otros brazos?

Las dulces glorias, que gocé algun día,
En objetos de horror se convirtieron,
Y sombras vengadoras me siguieron
Do quiera que la planta dirigia.

¿Sabes lo que has perdido, amante necio?
Una voz incesante me gritaba,
¡Murió tu amor y tu existencia acaba,
Víctima merecida del desprecio!

De la ciudad confusa en el bullicio
¡Ay! alivio buscaba á mis dolores,
Y vagando de errores en errores,
A la orilla corrí del precipicio.

Pero tu imagen celestial y bella
A la virtud me llama y me ilumina,
Como suele alumbrar con luz divina
En negra tempestad fúlgida estrella.

Despues de tantas lágrimas vertidas,
Vengo á buscar en tí dulce reposo;
Mas ¡ay! un sentimiento doloroso
Dice á mi corazón, que son perdidas.

Otra vez arrebatá mi esperanza
 Ese esposo á quien ora te destinás;
 A otros lugares vasté y otros climas,
 Con mudanza pagando mi mudanza.

¡Valle de mi niñez! ¡Seguro puerto!
 ¡Morada de placer! ¡Gozo tranquilo!
 ¡Cómo si busco en tí benigno asilo,
 Te muestras ¡ay! tan lúgubre y desierto!

La hermosura del campo se oscurece,
 Turbia la fuente está, confuso el cielo;
 Cubierta de la muerte con el velo
 Naturaleza toda me parece.

Tibia resbala por mi yerta frente
 Del ofuscado sol la luz sombría,
 Que de esta escena triste se desvia,
 Sepultando su disco en Occidente.

Si por dicha, mi bien, un día regresás
 Y pisare tu planta este retiro,
 Tribútame á lo ménos un suspiro,
 Dejando aquí tus lágrimas impresas.

Y pues nada fortuna me ha dejado,
 Cumple con esto poco que te pido,
 Ya que no por afecto á tu querido,
 Siquiera por piedad á un desgraciado.

ULTIMO RUEGO.

Sombra dad á mis miembros fatigados,
 Que bien me la debeis, árboles tiernos,
 Defendidos por mí de los inviernos
 Y con llanto de amor siempre regados.

En la corteza conservais grabados
 De mi dura pasión signos esternos,
 Mientras que viven en mi seno internos
 Despechos vengadores y cuidados.

De mi vida infantil en la carrera,
 De una mirada aquí nació en un día
 La serie de mis males lastimera.....

Cuando vagando por el aura fría
 Llore en vano mi amor, luego que muera,
 Acoged por piedad la sombra mía.

RECUERDOS INÚTILES.

Estos sitios un tiempo repetían
Las palabras de amores que escuchaban,
Y la imagen de Elisa presentaban
A mis ojos, do quier que se volvian.

*De noche en dulces sueños que mentian,
De día en pensamientos que volaban,*
Presente, con favores que amparaban,
Ausente, con recuerdos que ofrecian.

Hora objetos de llanto y de dolores,
Imágenes del bien que poco dura,
Ofrecen á mis ojos veladores:

Quiérenlo así mi suerte y desventura,
Que donde comenzaron mis amores
Tengan tambien humilde sepultura.



ELISA LLOROSA.

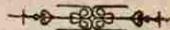
(Imitacion del Ingles.)

Esos llorosos ojos y el cabello
Que baja en blondos rizos esparcido,
Aumentan el aspecto dolorido
Del pálido semblante amable y bello.

Culpables inquietudes ver en ello
Tal vez creyera, amante inadvertido,
Si el pudor virginal en tí escondido
No lanzara su fúlgido destello.

Así naciera del pincel divino
Del Guido, la famosa Magdalena,
De lánguido mirar y faz doliente;

Y así Elisa, oprimida del destino,
Se muestra de dolor y afecto llena,
Mas hermosa cuanto es mas inocente.



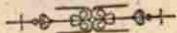
A LA MISMA.

Es la melancolía, no la tristeza,
 Quien tu tierno semblante descolora,
 Y con su dulce palidez mejora
 La beldad que te dió naturaleza.

¡Cómo con ella vences la dureza
 Del bárbaro mortal que no te adora!
 Mi amante corazón al verte llora
 Lágrimas de piedad y de ternura.

Un serafín del cielo descendido,
 Mirando la agonía de los mortales
 En los restos del orbe destruido:

No igualára lo intenso de tus males,
 Ni tu doliente afán, ni tu gemido,
 Ni el llanto de tus luces celestiales.



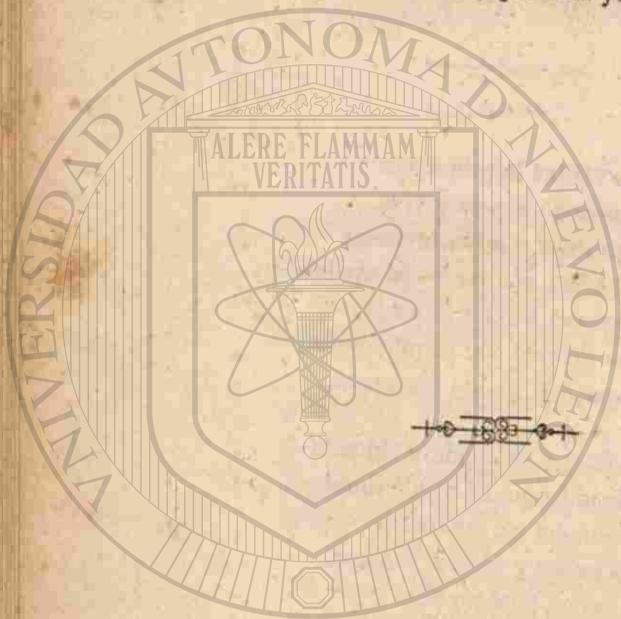
LA POSESION TRANQUILA.

HORA que vuelve la primavera
 Y el campo todo florece y vive,
 Al campo vamos y selva umbrosa.
 Por tí, mi Elisa, sus verdes pámpanos
 La tierna yedra lozana estiende,
 Y el cedro erguido con pompa ofrece
 Sombra apacible, donde descanses.

Por tí la fuente templada y límpida
 Desciende al sesgo del verde monte,
 Y reflejando del sol las luces,
 Por entre guijas y césped, diáfana,
 Une sus ondas al sacro río,
 Que coronado de hojosos álamos,
 Movibles plátanos, y esbeltas palmas,
 Cubierto en torno de espuma cándida
 Su curso rápido tuerce sonando.

En la espesura, dulces flauteos
 Las tiernas aves esparcen, tímidas,
 Y entre las ramas tálamos forman.
 ¡Felices sitios do el alma goza
 Soledad grata, quietud, contento!
 Aquí, do quiera, memorias viven
 De amores férvidos y blandas quejas:
 Aquí delicias, nueva esperanza,
 Paz y cariños fieles renacen.

¡Ah! pues la suerte me da propicia
 Gozar tus brazos y amarte siempre,
 Jamas, Elisa, de ellos me apartes.
 Los años vuelen y yo á tu lado
 Premio merezca, que no conceda
 Benigno el cielo, si no es, felice
 Al tierno amante, que cual yo, amare.



LA SOLEDAD.

AMABLE Soledad, rico tesoro,
 Mas preciado que el oro y que la plata:
 En tus senos el alma se dilata,
 Y à sí misma se entrega sin desdoro.

Tú haces que la beldad á quien adoro,
 Mitigando el rigor con que me trata,
 A mi ardiente pasión responda grata,
 Enjugando las lágrimas que lloro.

De tí mi enamorado pensamiento
 ¡O dulce libertad! fuerzas recibe,
 Fuente de inspiracion y sentimiento:

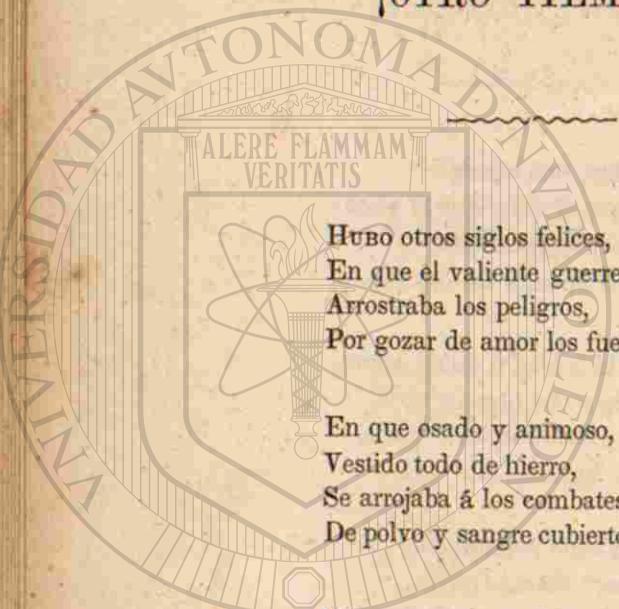
Ya tu influjo feliz mi amor percibe,
 Pues si tuvo sin tí su nacimiento,
 Al abrigo de tí florece y vive.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



¡OTRO TIEMPO!



HUBO otros siglos felices,
En que el valiente guerrero
Arrostraba los peligros,
Por gozar de amor los fueros.

En que osado y animoso,
Vestido todo de hierro,
Se arrojaba á los combates
De polvo y sangre cubierto:

Ufano con que su dama,
Mostrando el rostro risueño,
De verde laurel y rosas
Engalanase su yelmo;

Y que tras duras batallas,
Y sanguinosos encuentros,
Hallase prez y ventura
En los brazos de su dueño.

Era el tiempo de la gloria
Y de los heróicos hechos:
Los clarines de la fama
Do quier esparcian sus ecos.

¡Qué era ver entre brocados
Brillar también los aceros,
Y lucir sedas y lanzas
En las justas y torneos!

¡Qué era escuchar los heraldos,
Cuando con robusto aliento
Esclamaban: *A las armas:*
Al combate, caballeros!

Entre canciones y aplausos
Era del inmenso pueblo
El paladin victorioso
Señalado con el dedo.

En las fiestas, cortesano,
En los combates, sereno,
Entre su dama y su patria
Dividia el pensamiento.

Si entónces, gallarda jòven,
Vivieras tú, ten por cierto,
Que de tí dependeria
La suerte de los imperios.

Arbitra de la fortuna,
Produjeras con tu acento
En los nobles corazones
Inspiraciones de fuego.

La juventud ardorosa,
De honor en el campo inmenso
Elevaria á tu nombre
Mil inmortales trofeos.

En las celebradas justas,
Bajo los doseles regios,
Reina, tú, de la hermosura
Distribuyeras los premios.

Hubieran, llenos de gozo,
Ante tus plantas depuesto
Los lidiadores sus armas
Y los monarcas sus cetros.

El trovador encontrara
En tí divino sugeto
De honor, valor y hermosura,
Que celebrar en sus metros.

Fueras gala de las cortes,
Fueras de tu patria arreo,
Y en las discordias civiles
Tregua de Dios para el suelo.

Los adalides cristianos,
Unidos en lazo estrecho,
Con sus vencedoras armas
Pusieran al Asia miedo.

La fama de tu hermosura
Traspasara el mar estenso,
Y volando en los combates
Resonara en el desierto.

La Palestina, que gime
En profundo cautiverio,
No sufriera el yugo indigno
Del hijo de Agár soberbio:

Que animado de tus luces
Hubiera roto y deshecho,
El valeroso cruzado
Los escuadrones protervos.

En los muros de Solima,
Cercados de luto y duelo,
De la cruz los estandartes
Hoy tremolaran al viento.

El humilde peregrino
Hallára franco sendero,
Para cumplir con sus votos
Allá en el sagrado templo.

El sacerdote ante el ara,
Quemando fragante incienso,
A lo alto dirigiria
Por tí fervoroso ruego.

Regocijado el anciano
Bajo su rústico techo,
Enseñaria tu nombre
Al festivo netezuelo.

Fuera tu gloria sublime
De tu siglo ornato bello,
Clara como el éter puro,
Grande como el firmamento.

Dichoso aquel que lograrse,
Siendo tú su único objeto,
Consagrarte sus hazañas,
Y eternizarte en sus versos,

Y mas feliz quien hallase
En pago de sus afectos,
Blanda cadena en tus brazos,
Y oculta llama en tu seno.

EL PASEO DE MAR.

ALERE FLAMMAM
VERITATIS

(imitacion del Italiano.)

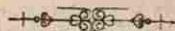
HORA que cayó la tarde
Y respira el aura fria,
Gocemos, querida mia,
De la frescura del mar:
La barquilla se desliza,
La noche tiende su velo,
Y las estrellas del cielo
Nos salen á contemplar.

Das serenidad al éter
Con tu presencia divina,
Tu sonrisa peregrina
Escita plácido ardor;
Y de tus hermosos ojos
La luz apacible y bella,
Dirige como una estrella
Al navegante de amor.

¡Ves las flámulas vistosas
Volar con volubles giros!
Entre ellos van los suspiros
Que parten del corazon.
¿No escuchas ese murmullo
De las olas con la arena?
¿Los suspiros de mi pena?
¿Las quejas de mi temor?

Corre en tanto la barquilla
Sobre las ondas ligera:
Y la brisa placentera
Favorece mi pasion.
¿Qué dulce es, amada mia,
Sobre las aguas amar!
¿No en valde nació del mar
La misma diosa de amor!

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS



EL CICLOPE.

IDILIO DE TEOCRITO.

POETA.

El amor no conoce medicina
De yerbas y de bálsamos preciosos,
Sino es el de los versos armoniosos,
Arte que de los hombres se origina.

Pero este es muy difícil, tú lo sabes,
Aunque las Musas te aman tiernamente:
Acuérdate de aquel que antiguamente
Aquí lloraba sus cuidados graves.

Polifemo el Ciclópe aquí gemia,
Porque á la ninfa Galatea adoraba,
Cuando la cana edad se le acercaba
Y el cabello de blanco le teñía.

Amaba, no los apios ni las rosas,
Ni las manzanas de su huerto ameno:
Su triste corazón de angustia lleno
Presa fué de las furias horrosas.

De los floridos pastos las ovejas
Tornaban sin sus silbos al cercado,
Mientras él en la playa abandonado
Enviaba á la muchacha tiernas quejas.

Desde la negra noche hasta la aurora
Quedaba en llanto y en dolor deshecho,
Que Venus desdeñosa el duro pecho
Le traspasó con flecha voladora.

Mirando hácia la mar, lleno de tedio,
Oprimido de amor que le aquejaba,
Sentado en una peña, discantaba
Versos en que buscaba su remedio.

POLIFEMO.

De tu amador te olvidas, Galatea,
Mas blanca que la leche y mas galana
Que novilla que el soto enseñoa:

Mas blanda que cordera, mas liviana
Que la garza veloz, y muy mas cruda
Que el verde agraz entre la vid lozana.

Cuando el sueño mis párpados saluda
Vienes á donde estoy, y vaste huyendo
Luego que mis sentidos desañuda.

Como del cano lobo huye temiendo
La tímida cordera, así me esquivas,
Y en tus amores déjame muriendo.

Desque á coger las flores primitivas
Veniste con tu madre á estas montañas,
Guiando yo tus huellas fugitivas:

El fuego del amor ¡ay! las entrañas
Me consume por verte, y tú, doncella,
Sin curarte de mí siempre me engañas.

Bien sé que te disgusta, ninfa bella,
Mi rostro y esta ceja prolongada
Que el ojo de mi frente encubre en ella:

Mas sabe que de leche y de cuajada,
En verano y otoño abastecida,
Y en el invierno tengo mi majada.

Que con ovejas mil enriquecida
Tengo aquesta montaña, y que ninguno
En el canto igualó mi voz subida.

Mis amores te canto uno por uno
Al alba y á la noche, ídolo mio,
A tiempo que es tal vez inoportuno.

Atiende á los presentes que te envío:
Son once cervatillos, todos pares,
Y cuatro lobatillos que hora crio.

Tú los recibirás con sus collares,
Pero deja la playa, combatida
De las verdosas ondas de los mares.

Ven y verás mi cueva guarnecida
De una frondosa yedra, do escondidos
Pasarémos la noche entretenida.

Los pinos y los álamos erguidos
Alzan allí sus copas, los parrales
Ostentan sus racimos suspendidos;

Y las heladas aguas manantiales
Con que el Etna me brinda por bebida
Resuenan en los limpios peñascales.

¿Preferirás la mar embravecida?
Si acaso te disgusto por veloso,
La lumbre de mi hogar está encendida:

Atízala, y mi cuerpo vigoroso
Abrasa, y hasta el ojo de mi frente,
Mas dulce que mi vida y mas hermoso.

¡Oh! si yo fuera pez, á la corriente
Lanzárame, y besara allí tu mano,
Ya que tu linda boca no consiente.

Llévate azucenas de verano,
Y variando los tiempos te daría
Adormideras del invierno cano.

Si un navegante aquí llegare un día,
Me enseñará á nadar, y entre las ondas
Gozaré tu beldad, querida mia.

Sal fuera, Galatea, no te escondas,
Y siguiendo mi ejemplo determina
Olvidar de la mar las grutas hondas.
Las cabras y cabritos encamina
Conmigo á la majada, allí la ordeña
Verás, y cómo el queso se refina.

Mi madre, que en mi bien tanto se empeña,
Me quiso consolar, y mal me dijo
De la ninfa que ingrata me desdeña.

Viéndome flaco y con afán prolijo
(Por mas que yo fingiera en la cabeza
Para disimular, un dolor fijo)

Me habló, aunque con amor, con aspereza:
“¿Polifemo infelice! ¿qué delirio
Te ocupa de continuo, qué tristeza?

“Si cuidaras la rosa, el blanco lirio,
Tejieras canastillos, ó el ganado
Llevaras, no tendrías ese martirio.

“Ordeña tus ovejas: ¿qué cuidado
Te causa Galatea, cuando otras bellas
Se entregarán á tí llenas de agrado?”—

Y cierto, que de noche las doncellas
Se mueren por jugar todas conmigo;
Y como soy tenido en precio de ellas,
Rien con las palabras que las digo.

POETA.

Polifemo su mal endurecido
Con esta medicina mitigaba,
Y el remedio en los versos alcanzaba,
Mas que con precio de oro muy subido.

ODA I

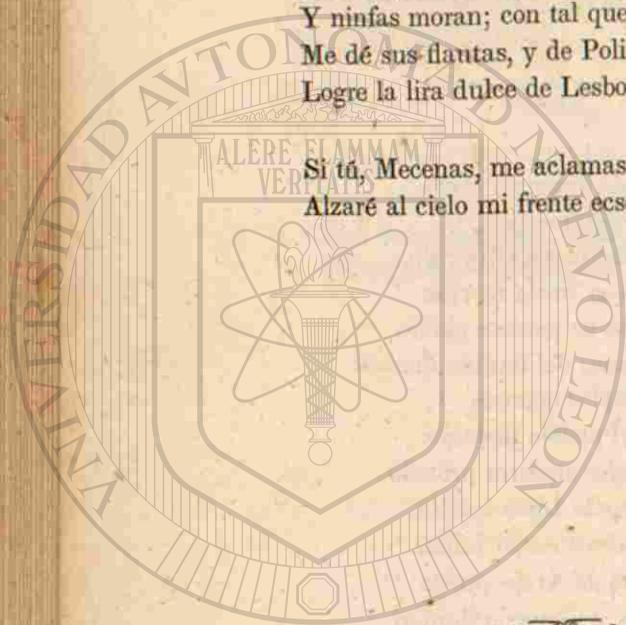
DEL LIBRO I DE HORACIO.

¡MECENAS, hijo de antiguos reyes,
Refugio y dulce decoro mio!
Unos, cubiertos del polvo Olímpico,
La linde intacta con rueda férvida
Vencen, y ornados de palmas nobles
Se alzan, cual dioses del mundo dueños:
Otros, merecen triples honores
Entre la turba del pueblo instable:
Quien, en sus troges encierra pródigo
Cuanto en sus eras la Libia acopia:
Los patrios campos contento labra,
Sin que aun el oro de Atalo pueda
Trocar su intento, y al mar indómito
Lanzarlo tímido en cipria nave:
Quien, contrastado del viento de Africa,
Cuando relucha con el mar de Icaro,
Del campo y corte la holgura ensalza;
Despues empero su nave alista,
Que la pobreza no sufre, indócil:
Este, entre copas de añejo vino
Pasa del tiempo la mejor parte,
Bien recostado bajo el bello árbol,
Bien á la orilla del claro arroyo:
Aquel, las armas y el clarin áspero
Busca y la trompa, y la guerra triste,
Que odian las madres: los cazadores
Al cielo abierto, la esposa olvidan,

Hora sus perros den tras el ciervo,
 Hora la fiera sus redes rompa.

Mas yo, de yedra, premio del sabio,
 Cifia mi frente cual númen, lejos
 Del vulgo, en bosques donde los sàtiros
 Y ninfas moran; con tal que Euterpe
 Me dé sus flautas, y de Polimnia
 Logre la lira dulce de Lesbos.

Si tú, Mecenas, me aclamas lírico,
 Alzaré al cielo mi frente ecelsa.



ODA IV
 DEL LIBRO IV.^o DEL MISMO.

A SESTIO.

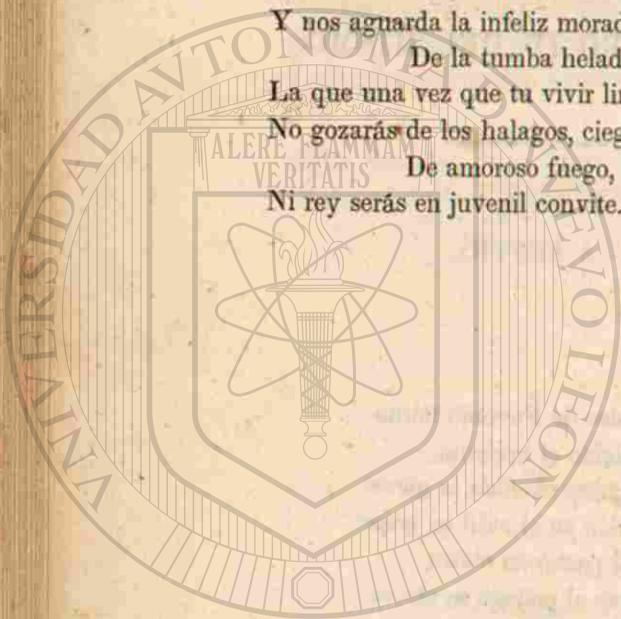
CESA al impulso de Favonio tierno
 Rígido el invierno,
 Ni el campo cubre cándida la nieve:
 No ya el ganado en el redil se goza:
 El pastor su choza
 Deja, y la nave al piélago se atreve.

La hermosa Venus, viendo que oportuna
 Alzase la luna,
 Une sus Ninfas á las Gracias que ama:
 Guía sus coros al compas del canto;
 Y Vulcano en tanto
 De sus ciclopes la oficina inflama.

Hora conviene coronar la frente
 De laurel reciente,
 O nuevas flores, con festivo rito:
 Hora inmolar á Fauno bondadoso
 En el bosque umbroso,
 Balante oveja ó retozon cabrito.

La regia torre del alcázar fuerte
 Pálida la muerte
 Con igual planta, que la choza pisa.
 ¡O Sestio amigo! nuestra vida escasa
 La esperanza tasa,
 La eterna noche se nos viene aprisa;

Y nos aguarda la infeliz morada
 De la tumba helada:
 La que una vez que tu vivir limite,
 No gozarás de los halagos, ciego,
 De amoroso fuego,
 Ni rey serás en juvenil convite.



— 1069 —

ODA V DEL LIBRO I.

A PYRRA.

Sobre tu cama de flores,
 ¡Qué delicado mancebo,
 Vertiendo aromas,
 Te estrecha al seno?

¡Para él, hermosa, te guardas
 En retirado aposento,
 Con simple adorno,
 Preso el cabello?

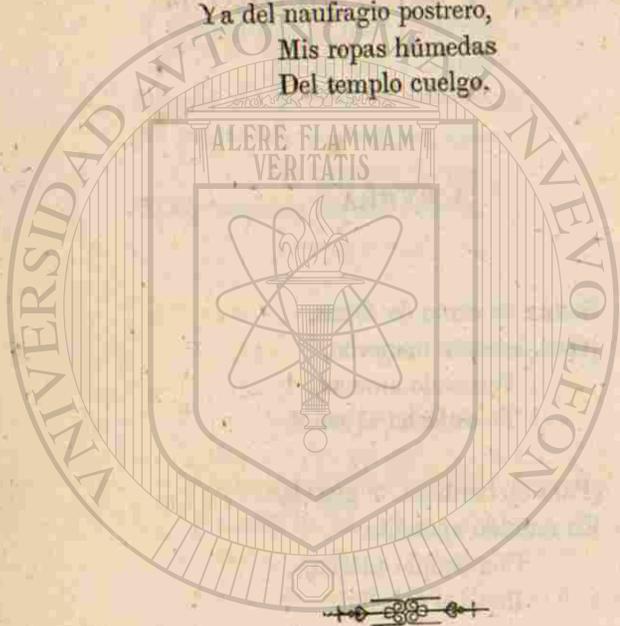
¡Ah, cuántas veces turbado
 Verá de repente el cielo,
 Los vientos ásperos,
 Airado el piélago!

Hora pura como el oro,
 Y de bastardos afectos
 Ecsenta y libre,
 Te juzga crédulo.

Intacta á sus ojos brillas,
 ¡Triste! que ignora indiscreto,
 Que eres voluble
 Mas que los vientos.

De mí la tabla votiva
Que en el santuario presento,
Y al Dios marino
Rendido ofrezco:

Atestigua como salvo
Ya del naufragio postrero,
Mis ropas húmedas
Del templo cuelgo.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ODA XIV DEL LIBRO II.

A PÓSTHUMO.

¡Ay! ¡cuán fugaces, Pósthumo, mi Pósthumo,
Los años huyen! Ni detiene el ruego
A la urgente vejez, y las arrugas,
Y á la indomable muerte.

No, aunque consagras cada día devoto
Tres hecatombes en su altar á Pluto,
Sordo á los lloros, que á Gerion triforme
Ciñe, y circunda á Ticio

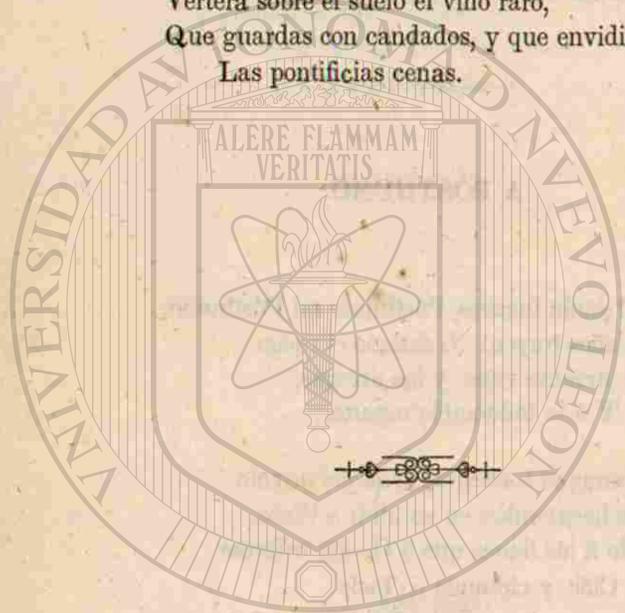
Con tristes ondas; en las cuales todos
Cuantos vivimos de la madre tierra,
Seamos reyes, ó colonos míseros,
De navegar habemos.

En vano huirémos de la guerra cruda,
Del ronco mar las quebrantadas ondas;
En vano nuestros cuerpos en otoño
Hurtarémos al Austro.

Hemos de ver del lánguido Cocito
Las tardas ondas, y la estirpe infame
De Danao, y á Sisifo que sufre
Fatiga que no acaba.

La tierra y casa y la agradable esposa
 Dejarás. De los árboles que siembras
 El cipres solo seguirá sombrío
 ¡Ay! á su breve dueño.

Tu heredero, mas digno, de su copa
 Verterá sobre el suelo el vino raro,
 Que guardas con candados, y que envidian
 Las pontificias cenas.



PARTE SEGUNDA.

POESIAS MORALES.

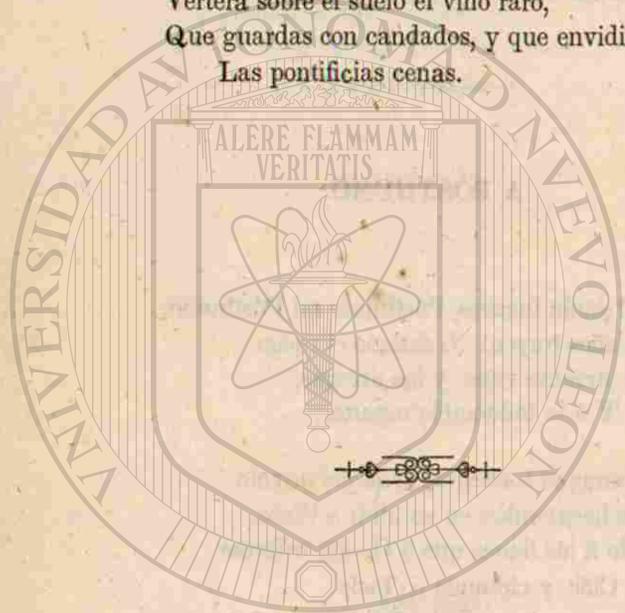
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



La tierra y casa y la agradable esposa
 Dejarás. De los árboles que siembras
 El cipres solo seguirá sombrío
 ¡Ay! á su breve dueño.

Tu heredero, mas digno, de su copa
 Verterá sobre el suelo el vino raro,
 Que guardas con candados, y que envidian
 Las pontificias cenas.



PARTE SEGUNDA.

POESIAS MORALES.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

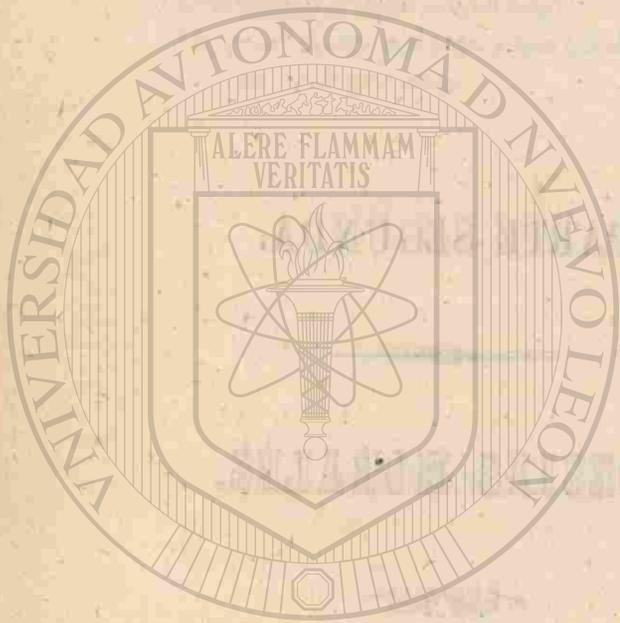
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



EL HOMBRE.

El hombre triste en su delirio ciego
 Blasona de su ser, ó bien maldice
 De su existencia mísera y penosa.
 Conjunto misterioso en quien se miran
 Reinar en varia y en opuesta forma
 El bien y el mal, y la virtud y el vicio.
 ¿Qué es el hombre infeliz, que acaso lucha
 Con su misma pasión, ó imbécil cede
 A sus impulsos férvidos? Lanzado
 En medio de este globo, apenas vive,
 Partiendo sus momentos fugitivos
 En gozar y sufrir, cuando el sepulcro
 Lo arranca de la escena de la vida,
 Y lo reduce á desconcierto y polvo.

¿A qué vine yo al mundo? ¿Qué destino
 Debo ocupar en él? ¿Soy por ventura
 Producto del acaso, hijo del tiempo,
 Juego de la fortuna, y presa débil
 De la nada voraz? ¿O fui formado
 Por un poder eterno, inteligente,
 Para objetos mas altos y sublimes?
 ¿En qué lugar me colocó el destino
 De esta cadena inmensa de los seres?
 Pregunto á la razón, y ella vacila.
 Esta guía falaz, hora se encumbra
 Al remoto principio de los tiempos,



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Y tocando al origen de las cosas
 Pretende descubrir hondos arcanos
 Agenos de su ser: los resplandores
 Del fuego de los cielos la deslumbran;
 Y semejante al Angel derribado,
 Baja del solio que escalar intenta
 Do triunfa la verdad. Ora descende
 A un abismo sin fin; y despechada,
 En medio de tinieblas, roba el brillo
 A la dulce esperanza. Audaz empuña
 El duro cetro en su potente mano,
 Oprime mi alma con amargas sombras,
 Y arrancando al espíritu sus alas,
 Cargado de cadenas, le condena
 A ser presa infeliz de los dolores.

¡O dolor! nombre infausto, ¿qué elemento
 Eres tú de la frágil existencia
 Del mísero mortal? Tú le acompañas
 Como sombra funesta aterradora,
 Desde el primer vagido de la cuna,
 Hasta el postrer sollozo del sepulcro.
 ¿Es necesario ¡ay triste! que yo gima
 Para que el mundo goce? Mis tormentos
 ¿Endulzan los pesares, dan holgura
 A los otros vivientes? Mis placeres
 ¿Son mas vivos acaso, son mas gratos,
 Cuando mi hermano bebe con sus lágrimas
 Las heces del dolor?

El tierno niño

Fruto de amores castos (dulce alivio
 De un pobre corazón) lleno de vida,
 Rebosando salud, gracia, inocencia,
 Siente en su seno la letal ponzoña
 De la dolencia súbita, y herido
 Baja á la tumba. Su congoja lenta
 Sus ayes moribundos, los lamentos

De su madre, ¿mitigan por ventura
 El dolor que otros pechos atosiga?
 ¿A qué vino este infante entre los hombres?
 ¿Qué objeto tuvo en él naturaleza?

Mirad aquel mancebo, en cuyo aspecto
 Se dejan ver designios inmortales:
 Brilla en sus ojos un celeste fuego,
 Y le cercan los rayos de la gloria.
 ¡Ay! las pasiones en su noble pecho
 Se ceban inhumanas, destruyendo
 Su heróico esfuerzo y su bondad natia.
 Marcado con el sello del oprobio
 Postrado yace. Enherbolada flecha
 Le despedaza aguda las entrañas.
 Gime del hondo pecho, y dolorido
 Clama al cielo con grito penetrante:
 Pero el cielo inclemente le condena
 A los remordimientos: la agonía
 Sofoca ya su espíritu agitado.
 ¿Es este el que viviendo de esperanzas,
 De la honra cortejado y la fortuna,
 Ceñido de los plácidos laureles,
 De los triunfos y ciencias, caminaba
 De la inmortalidad al alto asiento?
 ¡Desgracia inevitable! Tú del mundo
 Eres dueño absoluto y de los hombres.

Y tú, doncella hermosa, que naciste
 Para inundar el orbe de contento
 Y disipar su horror. Tú en cuya boca
 Vaga la blanda risa, ¿quién tu seno,
 Morada del placer, sereno y puro,
 En guarida trocò de la tristeza?
 Una oculta pasión no declarada,
 Un afecto infeliz mal reprimido

Constunen tu belleza. Desfalleces,
Y tus copiosas lágrimas anuncian
De tu disolucion el fin cercano,
Como las gotas últimas del iris.
¡Cuántos años de amor y de ventura
Robas contigo al mundo que te pierde!

¡Ay! todos á la muerte caminamos,
Y una mano invisible nos conduce
Al lindero espantoso. En él terminan
La vida y la creacion. De allí comienza
A ensancharse el espacio pavoroso,
En cuya inmensidad errante vaga
La mente, cual relámpago ligera:
Inmensidad que en vano el pensamiento
Pretende concebir: en cuyo abismo
Cerrado á la ilusion, á la esperanza,
Al ruego, á los placeres y deseos,
Se sepultan por siempre las pasiones,
Los reinos, las repúblicas, imperios,
Y los vanos objetos, que los hombres
Tienen en sumo precio y alta estima.

Solo la Eternidad su asiento tiene
Sobre inmutables bases de diamante.
El tiempo destructor encadenado
Yace á sus plantas, la segur depuesta.
En torno reina soledad sombría,
Profunda soledad, terrible, angusta,
Dondé no llega el alterado estruendo
De las olas del mundo; y se oye claro
De la ingenua verdad el sacro acento.
Allí la voluntad fija y absorta
Halla su fin, y el ánima se goza,
O tambien desdichada llora y pena.

¡O misterio terrible, á cuya vista
La razon espantada retrocede!

De mi naturaleza los arcanos
Solo tú sabes esplicar; mis dudas
Disipas victorioso, y entre sombras
Un secreto con otro me declaras.

Es cierto: yo conozco que he nacido
Para la eternidad. Altos deseos
Mi pecho encienden. Fervorosa llama
Arde en mi seno, y el amor de gloria
De todas mis potencias se apodera:
Pero de gloria inmensa, inmarcesible,
Que levantando al cielo su alta frente
De sumos resplandores adornada,
Sobrepuja triunfante las edades,
Detiene de los siglos la carrera,
Mostrando al mundo atónito los nombres
Que á la virtud y ciencia son mas caros.

¡O si mi corazon asilo fuese
De la virtud sublime y generosa!
¡O si á mis sienes el laurel egregio
Ciñera de la docta poesía!
Entónces en las alas de la fama
Llevara el nombre de mi patria ilustre,
Y el dulce nombre de mi amada hermosa
De donde nace el Sol á donde muere:
Triunfara del sepulcro, y para siempre
Tambien mi nombre libre del olvido,
Del mundo por los ámbitos sonára.

Esa dádiva insigne prefiriera
A cuantas brinda la fortuna. Vanos
Sus dones son: cual humo se disipa
El falaz brillo de su leve gloria.
El rico cetro que el monarca empuña
Es débil caña, que se quiebra y hiere
La mano incauta que sobre él se apoya.
La pompa del magnate poderoso
Es el festin apenas de una noche:

Un invisible dedo ante los muros
 Con misteriosos caracteres traza
 El duro anuncio de su fin amargo:
 Comienza entre las sombras con estruendo
 Y á la aurora termina con gemidos.

Digno de compasion el hombre fuera
 Si á la imperiosa voz de su deseo
 Cediese por flaqueza, y no insensato
 Obrase por designio. Los delirios
 De su mentida gloria son señales
 De profunda maldad. ¿Veis al tirano
 Que asentado en un trono mal seguro
 Ciñe rica diadema, y entre inciensos
 Cantos lo arrullan de servil lisonja?
 Pues notad que su manto está teñido
 Con sangre de guerreros. Las lucentes
 Joyas que lo recaman, semejantes
 Del pavon á la cauda, son los ojos
 Que arrancó de los pueblos que domina.
 La turba desdichada se le postra,
 Y vertiendo por llanto hilos de sangre,
 Sin luz, sin esperanzas, ni consuelos,
 Adora ciega el ídolo feroce
 Que ella misma forjó. Siente en su cuello
 La cadena cruel, sin ver la mano
 Que sobre él la coloca. Culpa al cielo,
 Y ella sola es la causa de sus daños.

¡O mortal degradado! Alza tu frente
 Del polvo vil, y con orgullo noble
 Abandona el error. ¿Tu noble origen
 Has olvidado ya? ¿No eres la imagen
 Del soberano autor? ¿Por qué insensato
 De tu estirpe depones la hidalguía?
 Tu inercia te anonada. Peregrino
 Transitas por el mundo, caminando
 A la morada de eternal reposo.

La mano que te crió, no te destina
 A torpe humillacion. Vuelve la vista
 Al sòlio que te tiene preparado:
 Perfecciona tu ser, y espera firme
 La hora que el cielo te señale. En tanto
 Trata á los hombres como hermanos todos,
 Y dobla á Dios tan solo la rodilla.

LA VISION.

Yo ví una luz opaca y pavorosa
 En medio de la noche sosegada,
 Y en sueños á mi diestra vide alzada
 Una figura pálida y llorosa.

Cubierto su semblante de amargura
 Se mostraba al través de un ancho velo:
 Profuso era su manto, y hasta el suelo
 Arrastraba su luenga vestidura.

Como suena el tristísimo gemido,
 Que interrumpe el silencio de la tumba,
 Y sumiso en las bóvedas retumba,
 Así su acento resonò en mi oído.—

“¿Cómo de la virtud te divorciaste
 Que fué tu hechizo mientras yo vivía?
 De tus brazos bajé á la tumba fría,
 ¿Y al punto mis ejemplos olvidaste?”

“Mi mano dirigió la tierna planta
 De tu edad infantil por buena senda:
 A tus fuertes pasiones puse rienda;
 Y te enseñé del cielo la ley santa.

“Todo tu corazón sencillo y tierno
 Distes á Dios cuando apenas balbutias:
 ¿Quién habría de pensar que faltarias
 A los votos que hiciste ante el Eterno?”

“Así los días de tu niñez corrieron,
 Y tus floridos años se pasaron:
 Tantos buenos deseos ¿en qué quedaron?
 Tantas bellas promesas ¿qué se hicieron?”

“Vuelve infeliz de tí, mira tu pecho,
 Morada en otro tiempo del reposo,
 Convertido en abismo tenebroso
 Donde lidian la culpa y el despecho.

“Una mentida ciencia te deslumbra
 A todos tus afanes siempre ingrata,
 El genio que en sus alas te arrebató
 Te precipita cuanto más te encumbra.

“Hoy el cielo propicio te concede
 Lugar para que mudes de camino;
 Venera los decretos del destino
 Y á tiempos más felices retrocede.

“Alza la vista á la suprema altura,
 Donde la luz eterna reverbera:
 Allí está tu descanso, allí te espera,
 Quien mereció otro tiempo tu ternura.”

“Conviértate mi amor; mi labio frío
 Te recuerda mis últimas lecciones:
 ¡Dichoso tú si en práctica las pones!
 ¡Ay si las olvidares hijo mío!”—

Mal despierto y turbado en aquel punto
 Salto lleno de espanto de mi lecho:
 El aliento vital con fatiga echo,
 Perdida la color como difunto.

A la querida sombra clamo insano
Inundadas en llanto mis megillas,
Tiendo las yertas manos amarillas
Y aprieto solamente el aire vano.

¿Te vas, la dije entónces, y me dejas,
Convirtiendo en desvelo mi letargo?
¿No escuchas mi dolor y llanto amargo?
¿No te mueven mis lágrimas y quejas?

Jamas te olvidaré, sombra adorada,
Genio que en las tinieblas me visitas,
Angel que con tu voz me resucitas,
Mensagera de lo alto destinada.

¿Que profundas, qué vivas impresiones
Ha causado tu acento en mis entrañas!
Como pasa la niebla en las montañas
Así huyeron mis vanas ilusiones.

Y no es una invencion, no es ilusoria
Ficcion nacida de un engaño ciego:
Grabado con imágenes de fuego
Vive el hecho constante en mi memoria.

Desde entónces se ven en mi megilla
El dolor y la pena retratados,
En mi pálida frente los cuidados,
Y en mis ojos la lágrima que brilla.

Y huyendo desde entónce á los retiros,
Rompí con este mundo mis alianzas,
Y animado de eternas esperanzas
A los cielos dirijo mis suspiros.



EL SEPULCRO.

AQUESTE es el sepulcro, la morada
Postrimera del hombre. Aquí fenece
La mundana inquietud, y ecelsa vive
La eternidad. Placeres seductores,
Halagos dulces y caricias tiernas,
Huyen de este lugar. El amor mismo
Inundado de llanto, y estinguida
La llama de su antorcha, con lamentos
Baja á ocultarse al centro pavoroso.
La fastosa ambicion sin los honores
Del mando que ejerció, llega sumisa
A ocupar en silencio el puesto humilde,
Que le señala el dedo de la muerte.
Y la avaricia vil, sórdida, incierta,
Con torva faz y escualido semblante,
Negro y lácio el cabello, taciturna,
Vueltos los ojos al tesoro amado,
En el angosto límite se postra.
Cierra el mármol la tumba, y aun se escucha
Allá en el fondo el lúgubre gemido.

Debajo de estas bóvedas opacas
Alumbradas apenas por el rayo
De moribunda lámpara, contempla
El ánima los tiempos ya pasados
Y los siglos futuros. De repente

Mira unidos extremos mas distantes
 Que el oriente y ocaso. Es el sepulcro
 Padron aterrador, que se levanta
 De la vida y la muerte en los confines.
 Así se eleva en los polares climas
 Helada sierra en el lejano puerto:
 Véñse á una parte desde su alta cumbre
 Las ondas de un abismo tempestoso,
 Que rugen fieras, y se encrespan; de otra
 Soledades inmensas, despojadas
 De luz y de verdor, siempre oprimidas
 Bajo el estéril peso de la nieve:
 Ni rastro incierto ni vereda escasa
 En su estension inculta se descubre.

¡Qué es nuestra vida?—Una ilusion perpetua—
 A nuestro lado asisten incesantes
 La dicha y la desgracia. Al golpe alterno
 De sus mágicas varas, nos ofrecen
 Imágenes amables ó espantosos
 Espectros. Unas veces seducidos
 Corriendo vamos tras la leve sombra
 Con la risa en los labios: otras llenos
 De súbito pavor, el paso errante
 Volvemos hácia atras: hondos abismos
 Do quiera se abren, y la torpe huella
 Tropieza y se hunde.

En el obscuro seno,
 Morada del horror y sombras vagas,
 Do las generaciones desaparecen
 Como vapor ligero y se aniquila
 Triste y marchita lá creacion entera;
 Yacen tambien á nada reducidos
 Del hombre los altivos pensamientos.
 Sus proyectos quiméricos y audaces
 Aquí se pierden, cual en negra noche
 Los celages esplendidos que forma
 Purpúreo el sol cuando al ocaso baja.

Yo ví la tierra grande y estendida
 Cubierta de heredades y jardines,
 Ciudades opulentas, y elevados
 Palacios, que tocaban las estrellas:
 Inmensa poblacion los ocupaba,
 Y el eco vagaroso repetía
 Su confuso rumor. Cerré los ojos,
 Y al despertar despues de un breve sueño,
 Un desierto encontré yermo y desnudo:
 Los jardines volviéronse malezas,
 Ruinas son las ciudades, y los hombres
 Poca ceniza que el sepulcro guarda.

Míranse aquí en lugar desconocido
 Entre pavor y fetidez inmunda
 Los restos de un guerrero. Orin impuro
 Son ya sus armas, y el paves lucente,
 Que entre nubes de polvo y humo espeso
 En las batallas resplandor lanzaba,
 Cual ígneo globo en cielo nebuloso.
 Eterno yelo el fuego de sus ojos
 Para siempre apagó: yace cubierta
 De triste sombra la sañuda frente
 Que los lauros ciñó de la victoria;
 Y la diestra, que el rayo fulminaba
 En los combates con furor tremendo,
 A cuyo golpe mi aterrada patria
 Prosternada cayó, yacé hora yerta,
 Helada, en inacción. Tú conseguiste,
 Batallador feliz, unir dos mundos
 Con vínculos funestos, y arrogante
 De lo alto derrocar al trono Azteca,
 En duelo convirtiendo el rudo brillo
 De su agreste poder. De sus victorias
 Solo recuerdos funerales viven.
 Tambien mezclados cabe tí reposan
 Los carcomidos huesos del monarca,
 Que arrancaste falaz del sólio regio.

Así el sepulcro despiadado absorbe
 Al guerrero triunfante y al vencido,
 Al señor poderoso y al colono,
 Al sacerdote y víctima, mezclando
 Allá en sus antros con olvido eterno
 Odio y amor....

¡Qué digo! Nunca puede
 El sepulcro cruel romper los vínculos
 Del blando amor, y los afectos puros
 Con que de Dios la mano bondadosa
 Los mortales unió con nudo grato.
 Cambia el amor de formas, no perece.
 ¡Cuántas dulces memorias! ¡Cuántas bellas
 Ilusiones vivíficas produces,
 O fúnebre mansion! Son tus umbrales
 Tranquilo puerto, tras tormenta horrible.
 ¡Feliz aquel que por la fé alumbrado,
 Baja con planta firme à tus abismos,
 Y en ellos mira con valor, misterios,
 Que jamas alcanzó la vana ciencia
 Del filósofo audaz!

Dame que escuche

¡O tumba! tus oráculos severos.
 Dentro tus antros lóbregos descansan
 Inmóviles cenizas, que mis ojos
 Con llanto regarán. Ellas encierran
 Nueva esperanza y plácidos consuelos.
 Dulce es el llanto, que en el alma escita
 La fúnebre memoria de una madre
 Modelo de virtud y de ternura,
 Y de hijos caros la temprana muerte.
 ¡Sombras amadas, descansad tranquilas!
 Vuestra separacion dejó en mi pecho
 Interna herida, que jamas se cierra:
 Pero tambien dejó leccion profunda,

Con rasgos indelebles estampada,
 De sabio desengaño, y de elocuentes
 Ejemplos de inocencia y de cariño.
 Jamas, jamas de mi alma adolorida
 Separaros podrán profundos mares,
 Largas distancias, interpuestos montes,
 Ni el confuso bullicio y pompa vana
 Con que brilla la corte esplendorosa.
 En mi memoria vivireis constantes
 Mientras durare mi existencia. Aqueste
 Recinto melancólico y sombrío
 Será para mi amor de mayor precio,
 Que el palacio riquísimo, do lucen,
 Entre jaspes y ecelsos artesones,
 El oro y el marfil. Cuando la muerte
 Con severa piedad destruce el hilo
 De mi vida apenada y borrascosa
 Unirme á vosotras, sombras caras,
 Renovando los lazos de familia.

EL SITIO DE PTOLEMAIDA.

TRADUCCION DE UNA ELEGIA

ESCRITA POR SINECIO, OBISPO DE AQUELLA CIUDAD.

¡Oh mi amada Cirene, tú que vives
De mis antecesores venerados
Los nombres has guardado en tus archivos!

¡Sepuleros de la Dòrida sagrados,
Donde no quedarán con mis mayores
En dulce paz mis huesos sepultados!

¡Tú que eres ocasion de mis dolores,
Ptolemaida infeliz, pues me hace el cielo,
El postrimero ser de tus pastores!

¡Nada os puedo decir en tanto duelo,
Que oprimida la voz, impide el llanto,
Palabras à mi lengua de consuelo!

¡Tendré que abandonar el templo santo
Lanzado por el bárbaro enemigo
Entre la confusion y entre el espanto;

Y huyendo de su saña, cual mendigo
Buscar, detras de mares procelosos,
En estraña region quietud y abrigo?

Si huyéremos de noche silenciosos,
Pediré por piedad alguna espera,
Y al templo iré con pasos presurosos,

Donde humillado por la vez postrera
Ecshalarà mi pecho atormentado
Su profundo dolor, su pena fiera.

Daré la vuelta del altar sagrado,
Y besaré el umbral y sacra mesa,
Dejando el suelo en lágrimas bañado.

Con la amargura en el semblante impresa
Abrazado á las puertas del santuario,
Dirá el último adios el alma opresa.

Las bóvedas del templo solitario
Huecas repetirán con sordo acento
Los ecos de mi llanto funerario.

Hasta que llegue el último momento
Del peligro, y su fuerza aterradora
De allí me arranque con furor violento.

Mientras esto imagino, no hay una hora
Propia para el descanso, no de dia,
No en la profunda noche, no en la aurora.

Si el sueño agobia la cabeza mia
El clarin me despierta resonante,
Y del lecho y descanso me desvia.

Estoy siempre en alarma vigilante
Sobre el muro, vestido de loriga,
Campados los contrarios por delante.

Rendido estoy de sueño y de fatiga,
De prevenir la astucia y la cautela
Con que pueda asaltar tropa enemiga;

De mudar el nocturno centinela,
De hacer guardar servicio riguroso,
Y velar á mi vez al que me vela.

Las noches ocupaba antes gozoso
Por ver girar sobre la esfera pura
El coro de los astros luminoso.

Ahora me desvelo en noche oscura
Por rechazar los bárbaros sangrientos,
Que cubren nuestro suelo de amargura.

Si concedo al descanso unos momentos
Por el reloj con precision medidos
¡Qué de sueños me asaltan turbulentos!

De las congojas del día nacidos,
Como objetos de horror y de tortura
Conturban por la noche mis sentidos.

Paréceme, que huyendo con presura,
El bárbaro nos carga de cadenas
Y lleva á esclavitud lejana y dura.

Cuando de tanto horror, despierto apenas,
Vuelvo á nuevo afanar, para mí digo,
Aquí tendràn su término mis penas.

Si entrare en la ciudad el enemigo
A sangre y fuego, desatado en lloro
En el santuario buscaré mi abrigo.

Allí ante el Dios Eterno á quien imploro,
De sus sagradas áras abrazado,
Y puestos ante mí sus vasos de oro,

Opóndrme al arrojado del soldado;
Y si me diere muerte allí protervo,
Compasivo el Señor verá bañado
El altar con la sangre de su siervo.

A UN NIÑO.

I.

Cuando veniste á la tierra
Derramaste, hermoso Niño,
En tu familia y tu casa
El mas puro regocijo.

Los semblantes, que cercaban
Tu cuna, recién nacido,
Respondieron con sonrisa
A tus primeros vagidos.

No te aguardaban riquezas
Ni brocados esquisitos,
Sino el amor de tus deudos
Y de tu madre el abrigo.

Cuando en sus brazos quedabas
Al grato sueño rendido,
Gozabas tú del descanso
Y ella de un dulce delirio.

Te adormía con sus arrullos,
Y con besos repetidos
Te despertaba, mirando
El mundo en tí reducido.

Ya sus rasgos empezabas
A conocer indeciso,
Y lanzábaste à su seno
Alborozado y festivo.

Tal vez entónces tu pecho,
De amor inocente herido
Sintió, aunque confusamente,
Los nobles afectos de hijo.

Así la reciente aurora
Con su regalado brillo,
Los inmensos resplandores
Anuncia del día vecino.

En tus azulados ojos
Brillaban rayos activos,
Y la donosura y gracia
En tus labios purpurinos.

Eras cual planta preciosa,
Que el sol fecunda benigno,
Las dulces auras halagan,
Y riega el blando rocío.

Eras joya de tu casa,
Eras de tu madre hechizo,
El gozo de tus hermanos,
De mi corazón alivio.

Mas, ay! pasaste cual sombra,
Volaste como un suspiro,
Y tus luces se apagaron
Allá en el sepulcro frío.

II.

Densa noche sucede al breve día,
Inmenso mal al bien que poco dura,
Y á la temprana vida la agonía.

Se apoderó de tí la calentura,
Con un fuego sutil quemó tu frente,
Y consumió también tu sangre pura.

Herido en lo mas vivo de repente
Quedaste sobre el lecho derribado,
Lleno de languidez triste y doliente.

Así queda en el polvo sepultado
El bello lirio en el ardiente estío,
De su lustre y aromas despojado.

El alma me llenó terror sombrío
Cuando en tu rostro ví, que revelabas
La intensidad del mal, perdido el brío.

La llama que en el seno alimentabas
Los alivios negó, que pretendías
Alcanzar, cuando apenas respirabas.

Sin refrigerio en torno te volvías,
Y á fuerza de gemidos y lamentos
El curso de la muerte detenías.

¡Cómo se prolongaron tus tormentos!
¡Y cómo con su vista se aumentaron
Mis profundos y amargos sentimientos!

Mis ojos incesantes te velaron
Hasta rayar la lumbre matutina,
Y al mirarte llorar también lloraron.

Tu suerte lamentable vaticina,
Y sus marcas de fuego dolorosas
Estampó sobre tí la medicina.

Entónces tus pupilas lagrimosas
Levantabas á mí, como pidiendo
Que calmara tus penas rigurosas.

¿Qué pude hacer en lance tan tremendo,
Sino obligarte á nuevos sacrificios
A las tuyas mis lágrimas uniendo?

Ineficaces fueron mis oficios,
Que la cruda dolencia progresaba
Dando ya de tu fin ciertos indicios.

La muerte entre tinieblas se acercaba,
Y empañó con su aliento el brillo puro
Que en tus serenos ojos se mostraba.

Cesó tu padecer: del mundo obscuro
Volaste al alto empireo esclarecido,
Donde respiras ya libre y seguro.

¡Ay! cuando conocí que habias partido
Y tu yerto cadáver en mis brazos,
Se mostró sin aliento y sin sentido;

Pedí al cielo, rompiese ya los lazos
Que me unen à la vida, y se salia
Mi corazon del seno hecho pedazos.

Mi rostro con tu rostro confundia,
Mi boca con tu boca, y de mis ojos
Una fuente de lágrimas vertia.

¡Oh si unir à los tuyos mis despojos
Pudiera en este instante, Niño tierno,
Acabáran de un golpe mis enojos.

Hechizo blando del amor paterno,
¡Oh que presto de mí te has alejado
Dejándome inundado en llanto eterno!

El contento contigo te has llevado,
Acabó de repente el dulce gozo,
Que habias en tu familia derramado.

Donde antes resonaba el alborozo,
Las risas y los juegos inocentes,
Hora suena el suspiro y el sollozo.

¡Oh mudanza cruel! ¡Cuán diferentes
Fueron tu nacimiento y tu partida!
¡Huyó el placer, dejándonos presentes
Hondo pesar y lloro sin medida!

III.

¿Por qué, inocente Niño,
De esta mansion te alejas?
¿La voz de mi cariño
Olvidas, y me dejas
Desalentado y mísero,
Luchar con el dolor?

Tú, que gracioso fuiste
Antes todo mi encanto,
Hora motivo triste
Eres de largo llanto:
Recuerdo melancólico
De un infeliz amor.

¿Qué injusta se ha mostrado
Con nosotros la suerte!
Debieras á mi lado
Tú, presenciar mi muerte,
Y con tus dulces lágrimas
Bañar mi helada faz:

Y yo nunca debiera
Ver en tan negro dia
De tu hora postrimera
La penosa agonía;
Ni en el humilde féretro
Depositarte en paz.

Tus preciosos despojos
Al fondo descendieron
De la tumba; mis ojos
Llorando te perdieron:
Sobre tu losa fúnebre
La Eternidad se alzó.

De este mundo olvidado
La lobreguez te oculta,
Cual tesoro ignorado,
Que la tierra sepulta:
Mas contigo en el túmulo
Mi corazón quedó.

En sueños tu brillante
Imágen se me ofrece,
Despierto y al instante
Huye y se devanece,
Cual pasa del relámpago
El resplandor fugáz.

Tus quejas vagarosas,
Que de dolor me llenan,
Todavía lagrimosas
Bajo mi techo suenan,
Como en las selvas lóbregas
Vaga el eco locuáz.

Desde el sepulcro helado
Tu acento me amonesta,
Que vele preparado
Para la hora funesta,
En que la muerte pálida
Me salga á recibir.

¡Ay! al Eterno pide
Temple su golpe crudo,
Pues el tamaño mide
De mi dolor agudo,
Y abrevie luego el término
De irme contigo á unir.

AL MISMO.

Niño, que te partiste en presto vuelo
De esta tierra de crímenes manchada,
Sumergiendo en amargo desconsuelo
Tu pobre casa y tu familia amada:
Si conservas allá en el alto cielo
Recuerdos de esta vida desgraciada,
Ruega al Señor Eterno á quien bendices,
Que consuele á tus padres infelices.

EL SEPULCRO DE MI MADRE.

BAJO esta losa fria
 ¡Idolatrada Madre!
 Descansan para siempre
 Tus restos venerables:
 Descansan, y mis ojos,
 Que no te ven cual antes,
 Cercados de tinieblas
 En llanto se deshacen.

Estériles mis quejas
 Se pierden en el aire,
 Que nada los lamentos
 Contra la muerte valen:

Ni logra el blando ruego,
 Que ecshala el pecho amante,
 El que su presa vuelva
 La tumba incesorable:

Ni menos á su impulso,
 Que dóciles se ablanden
 Del lúgubre destino
 Las puertas de diamante.

Llena de anhelo ardiente
 Rendida orabas antes
 En este mismo templo,
 Donde hora inmóvil yaces:

Pidiendo al Ser Supremo
 Con ruegos incesantes,
 Que en mí sus claras luces
 Benigno derramase.

¡Cuántas veces la aurora
 Te vió en estos umbrales,
 Impetrando del cielo
 Favores y piedades!

Jamas á lo alto fueron
 Tus súplicas en balde,
 Que era para el Eterno
 Tu valimento grande.

¡Cuántas miró la noche
 Tus lloros abundantes,
 Como tu amor ardientes,
 Y á tu cariño iguales!

Tus flébiles suspiros
 Herian estas naves,
 Que hora sordas repiten
 Mis dolorosos ayes.

Sobre las breves huellas,
 Que en pos de tí dejaste,
 En escuadron vinieron
 Mil bárbaros pesares;

Y alzándose terribles,
 Con fuerza incontrastable
 Lanzaronme á un abismo,
 Sobre barquilla frágil.

Así, Madre querida,
 Desde que tú faltaste,
 Cual náufrago navego
 En borrascosos mares.

Encréspanse las olas,
 Silban los huracanes,
 Y entre agrupadas nubes
 Rugen las tempestades.

Perezco sin remedio
 Pues que llegò á apagarse
 La luz, que era mi guia
 En las olas instables.

¡Oh si pluguiera al cielo,
 que en tan horrible trance
 Asilo bonancible
 En tu sepulcro hallase!

En él nacen contino
 Provechosas verdades,
 Alivios duraderos,
 Consuelos perdurables.

Desde él la llama oculta,
 Que en tus cenizas arde,
 Al corazon envia
 Centellas eficaces.

No rico Mausoléo
 De mármoles y jaspe
 Oprime tus despojos,
 Bajo su mole grave:

Sino sepulcro humilde
 Al pié de los altares;
 Lugar que tantas veces
 En vida frecuentaste.

En torno las virtudes
 Con cándido ropage
 Te cercan, encubriendo
 Llorosas el semblante.

Ellas en vela siempre,
 Hacen que se te guarde
 Respeto merecido,
 Libre de todo ultrage.

Permite, que me acerque,
 Que con làgrimas bañe
 Tus restos, y en mi auxilio
 Con voz débil te llame.

Deslazado del cuerpo
 Tu espíritu brillante,
 Sobre el empireo goza
 Delicias inmortales.

Espléndida diadema
 Te ciñe radiante,
 Y en trono de zafiros
 Triunfas de las edades:

Contemplando segura,
 Con ojos penetrantes,
 La ingénita belleza,
 Que vida y luz esparce.

Nunca de mí te olvides:
 ¡Ah! mi dolor te apiade:
 No porque el cielo habitas
 Dejas ya de ser madre.

UNA TARDE DE OTOÑO.

TAPIZA Otoño la tierra
De secas hojas. Confuso
Declina el sol al ocaso,
Entre nublados oscuros:

Su luz quebrada resbala
Sobre los collados mustios,
Y de la estéril ribera
Entre pañascos incultos.

Murió la pompa del año:
El campo que antes produjo
Cosechas ricas, cubierto
Está de polvo infecundo.

En el ancho cementerio
De todo ornato desnudo,
Al pié de la antigua torre
Cubierta á trechos de musgo,

Siéntome; oprimida el alma
Al peso de males sumos,
Y renovada del seno
La llaga, con golpe crudo.

Con melancólica pausa,
Del bronce herido al impulso
El aire en torno resuena,
Y es de la muerte el anuncio.

Diversas fosas esperan
Del hombre los restos mudos,
En donde tambien se pierden
Sus vanidades y orgullo.

Allí el anciano, postrado
De años y trabajos muchos,
Desciende: allí la doncella,
Y el niño inocente y puro.

¿Quién es aquel, que mirando
Con vista atenta el sepulcro,
A la compasion no paga
De lágrimas un tributo?

¿Y mas, si estando ligado
Antes de amor con los nudos,
A triste gemir y duelo
Despues la ausencia redujo?

¡Ay, à mis cansados ojos,
Con llanto opacos y turbios,
Tu figura se presenta
Pálida, y la voz sin uso,

Jóven malogrado! ¡Incierto
Me miras? ¿Quién así pudo
Dar á tu ingenuo semblante
Ese tinte taciturno?

Me acerco: con voz doliente
Te llamo ansioso, y al punto
Huyes, y te desvaneces,
Como en los aires el humo.

Cuando apenas empezabas
A percibir del estudio
Los recónditos placeres,
Que ignora el profano vulgo:

Entónces asoladora
 Peste, con aliento impuro,
 En tí vertió su veneno,
 Y á la tumba te condujo.

Pasó, como luz liviana
 De noche, tu breve curso:
 Brilló un momento, dejando
 Sombras y terror profundo;

Y contigo perecieron
 De la muerte al golpe rudo,
 Lisongeras esperanzas,
 Que el pecho en vano mantuvo.

A ser tu vida tan breve
 ¿Para qué veniste al mundo,
 En tu familia causando
 Dolor inmenso sin fruto?

Sábelo aquel, que conoce
 Los arcanos mas ocultos:
 A cuyos altos designios
 No llega humano discurso:

El que los mares rugientes
 A abismos ciertos redujo,
 Y sobre bases perpetuas
 Los altos montes impuso:

Yo á su presencia postrado
 Venero sus atributos,
 Y mi voluntad sumisa
 Rindo á sus decretos justos.

El objeto de mi pena
 Posa en su seno seguro,
 Mientras yo, desventurado,
 De llanto en llanto discurre.

Así con ley siempre sabia
 La Providencia dispuso
 Dar á la inocencia premio,
 Y á mí un aviso oportuno.

Ya en las esferas la noche
 Desplega el manto profuso,
 Y de tinieblas eternas
 Ciñe su semblante augusto:

Descansa el orbe en silencio
 Mas yo por nuevo estatuto,
 Para el infortunio velo,
 Y para el dolor madrugó.

MEMORIAS FÚNEBRES.

EL BIEN PERDIDO.

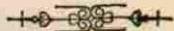
SONETO I.

Lágrimas, que abrasais de mis megillas
 El marchito verdor con curso ardiente,
 Desde hoy se perderà vuestra corriente
 De la ancha eternidad en las orillas.

En vano elevaré preces sencillas
 Para volver á ver el bien ausente:
 ¿Podrá dar vida mi gemir doliente
 Del sepulcro á las sombras amarillas?

Pasaste ya las aguas del olvido,
 Y yo en la tierra permanezco, donde
 A llorarte quedé, dueño querido:

El sitio toco, que tu cuerpo esconde,
 Clamo al mármol con grito dolorido
 ¡Y á mi ronco clamor nadie responde!



PRENDAS DE AMOR.

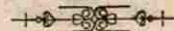
SONETO II.

Prendas, en otro tiempo recibidas
 De mí, con dulces lágrimas regadas,
 Con ósculos ardientes regaladas,
 Y con tristes presagios recogidas,

Hoy en mi duelo recordais unidas
 De un afecto infeliz glorias pasadas:
 ¿Dónde quedais memorias desdichadas?
 Caricias de mi bien ¿dónde sois idas?

Prendas, que recordais bienes y males,
 Vuestra vista en tormento se convierte
 Con afectos del todo desiguales:

Valor tomáis de la mudable suerte;
 Fuísteis antes de amor fieles señales,
 Ora solo despojos de la muerte.



EL RUEGO.

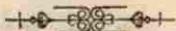
SONETO III.

De mí con duro golpe dividida
Al sepulcro bajaste, sola y yerta:
Tu bella forma, inanimada y muerta,
Yace en polvo y ceniza convertida.

Tu alma, de los sentidos dividida,
Entre los brazos del Criador despierta:
Ora brillas allá con luz mas cierta
En las nuevas regiones de la vida.

Mírame convertido en largo llanto
Ciegos mis ojos, sin tu lumbré pura,
Despedazado el pecho de quebranto;

Y merezca contigo mi ternura
Un mismo asilo sobre el cielo santo,
Y en la tierra una misma sepultura.



EL CORAZON DESCUBIERTO.

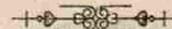
SONETO VI.

Desde que del empíreo que te admira
Pisaste las regiones superiores,
Y alumbrada de vivos resplandores
Disciernes la verdad de la mentira:

Tu penetrante vista observa y mira
Mi insano corazón, lleno de horrores.
¡Qué indigno de tus cándidos amores,
Y de esa tu beldad por quien suspira!

Pero también has visto, dulce esposa,
Que alejado del tuyo, no hay quien sume
La serie de sus males dolorosa:

Que siempre te amó fiel, y no presume
Mas que ofrecer á tu deidad hermosa
El fuego abrasador que lo consume.



EL SUEÑO DE LA DICHA.

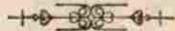
SONETO VII.

Como sueño feliz, que el afligido
Goza en el breve instante en que reposa,
Así desapareciste presurosa,
Llorada posesion del bien perdido.

Estrella, que en el orbe oscurecido
Lanzaba un rayo de su luz hermosa,
Por quien en esta tierra dolorosa
Caminaba tu amante dirigido.

Triste, del que por sendas estraviadas,
Sembradas de malezas y de abrojos,
Dirige sin tus luces sus pisadas;

El cielo sustituye con enojos
A sus glorias brevísimas soñadas,
El llanto indeficiente de sus ojos.

LA SUPLICA
EN LA AUSENCIA.

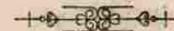
SONETO VIII.

Cuando brillaba aquí tu luz divina,
Astro de amor, anuncio de consuelo,
Era á mis ojos deleitoso el suelo,
Bella la flor, la fuente cristalina:

Mas hora que el Eterno te destina
A enriquecer con tu beldad el cielo,
Mi alma se vuelve á tí, llena de anhelo,
Ausente de su patria y peregrina.

¿Qué hay en la tierra ya que me detenga?
Si mereciere tu infeliz esposo
Que de él tu corazon memoria tenga;

Concédele á su espíritu afanoso
Llegar, do tu cariño le prevenga
Delicias puras é inmortal reposo.



EL DESEO.

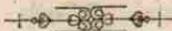
SONETO IX.

Si te llegare á ver, criatura santa,
Allá en la eternidad, libre de duelo,
¿Permitirás á mi amoroso anhelo
Seguir tus huellas y besar tu planta?

Entre el alado coro, que te canta
Con acento inmortal, hija del cielo,
¿Consentirás, que descornado el velo,
Mi vista se deleite en gloria tanta?

Privado de tu amor, pido á la muerte
Apresure sus términos fatales,
Ya que de tí la vida me divierte.

Si me esquivas tus brazos inmortales
(Puesto que indigno soy de merecerte)
Admítame tu templo en sus umbrales.



APOTEOSIS DE ELISA.

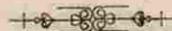
SONETO X.

Era la aurora ya, cuando dormido
Una hermosa muger ví en el Oriente:
Blancas rosas ornábanle la frente,
En rizos su cabello desprendido.

Sujetaba su cándido vestido
De oro fino y zafir zona luciente,
Y de color de llama refulgente
Deslumbraba su manto descogido.

Verde palma llevaba por divisa:
Su rostro, lleno de inmortal decoro,
A mí volvió con plácida sonrisa:

Víla, y reconocí, bañado en lloro,
Entre puros espíritus á Elisa
Volando al inmortal, celeste coro.



NUEVA ESPERANZA.

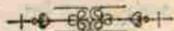
SONETO XI.

Por la mano de Dios me fuiste dada
 Como rico tesoro, en feliz día,
 Mi juventud llenaste de alegría
 Dulce prenda de amor, nunca olvidada.

Hoy que gozas, al cielo trasladada,
 Del premio que tu vida merecía,
 ¿Te esquivarás acaso, esposa mía,
 De quien fuiste en la tierra tan amada?

No, que tu escelso espíritu desciende
 Del alto empíreo con callado vuelo,
 Y piadoso me asiste y me defiende.

Siente mi corazón blando consuelo,
 Cuando pensando en tí, fácil entiende,
 Que es mi destierro aquí, mi patria el cielo.



LA POESIA FUTURA.

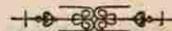
SONETO XII.

No era digna de tí la tierra impura,
 Y alzaste el vuelo á esa region lejana,
 Do sublimando la belleza humana,
 Te revistes de gloria y lumbre pura.

Aparece mas clara tu hermosura
 Que el astro anunciador de la mañana,
 Y moras, como reina soberana,
 En palacios de escelsa arquitectura.

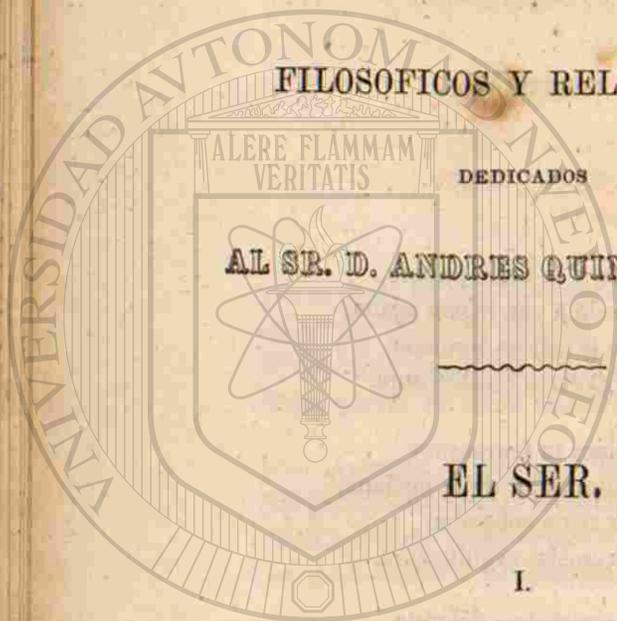
Cuando de mi existencia dolorida,
 Y de tantas desdichas que eslabono,
 Quedare la cadena suspendida,

Versos me inspirarás con nuevo tono
 Dignos de eternidad, llenos de vida,
 Que ofreceré rendido ante tu trono.



PENSAMIENTOS

FILOSOFICOS Y RELIGIOSOS,



I.

¿Qué es el Ser? ¿Es de sí propio
Origen, causa y producto?
¿Esfuerzo con que la nada
Sale de su centro nulo?

Si carecia de ecsistencia
¿Cómo á sí formarse pudo?
El ser y no ser á un tiempo
Arguye en sí mismo absurdo.

Y si el esfuerzo no es mas
Que del Ser un atributo
¿Pudiera ecsistir, acaso,
De su sugeto desnudo?

¿Cómo pudiera ser causa
Y tambien efecto suyo,
Cuando aquella es la primera,
Y este, por fuerza, segundo?

Luego les Seres, que forman
Del universo el conjunto,
Ni efectos son de sí mismos,
Ni la nada los produjo;

Que es ineficaz la nada
Para adquirir forma y bulto,
Para erigirse en esencia
Y darse á sí propia impulso.

¿Pues de dónde este universo
Toma su poder fecundo?
La materia que lo forma
¿De dónde su origen tuvo?

En tantas dudas perplejo
Me precipito sin rumbo.
¡Oh razon, qué impotente eres!
¡Qué débil eres, discurso!

Sois ciegos, que guiais á un ciego
Entre precipicios rudos:
Enlazais dificultades
Y no desatais el nudo.

En esta vida lanzado
Vago en laberinto oscuro,
Y con errores groseros,
Solo, en las tinieblas lucho.

Si los Seres no nacieron
De sí propios, luego hay uno
Necesario, de quien todos
Su origen tienen oculto:

Luego este Ser es increado,
Sin dependencia, absoluto,
Anterior á todo tiempo,
De quien el orbe es trasunto.

Esencia, que en sus hechuras
Se copia con fiel dibujo;
Idioma, que á nuestros ojos
Habla con language mudo.

¡Oh tú, Religion sagrada,
Que en este abismo confuso
Tú luz derramas, y al hombre
Ilustras con fuego puro!

Tú revelas á mi mente
Verdades, que nunca supo
En hondas cavilaciones
Hallar filósofo alguno.

Tú me enseñas, que hay un Ser
Que hizo de la nada el mundo;
Que desplegó el firmamento,
Y al sol señaló su curso.

Que la luna silenciosa
Puso por fanal nocturno,
Y de luceros sin cuento
Sembró el espacio profundo:

Que desde los altos cielos
Inmóvil, en trono augusto,
Ciñe de luces la aurora,
Cubre la noche de luto.

Da á la primavera flores,
Nieves al invierno crudo,
Espigas al rubio estío,
Y al pródigo otoño frutos.

De verdes bosques corona
Los altos montes robustos;
A los turbulentos mares
Límite de arena puso.

Hace nacer los arroyos
De los peñascales duros;
Cubre de césped los prados,
Y el viejo tronco de musgo.

Por él la tórtola amante
Canta con sentido arrullo;
Hambrienta la fiera ruge
Desde sus antros ocultos.

Huelga en el mar la ballena,
Pace los campos el bruto,
Encuentra el ave alimento
En los desiertos incultos.

En el Septentrion remoto
Tiene al Aquilon recluso,
Que á su mandato obediente
Altera los mares turbios.

Sobre las alas del viento,
Entre nublados oscuros,
Camina Dios en los cielos
Y es la tempestad su anuncio.

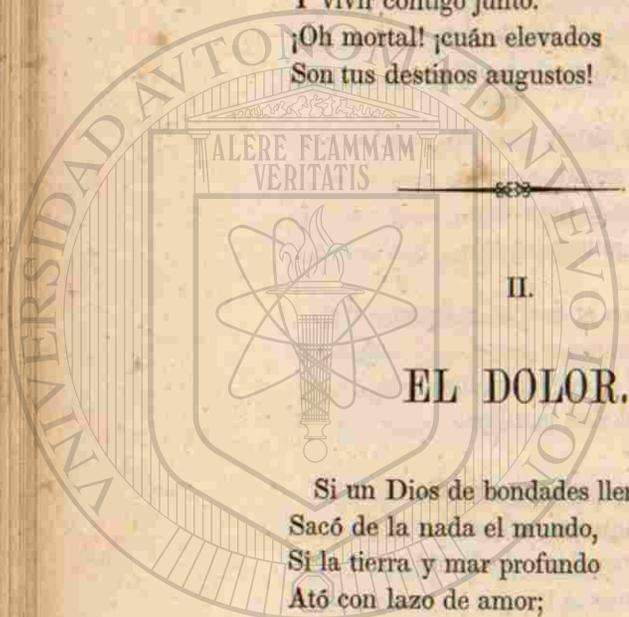
Si baja la vista airado
El suelo tiembla convulso:
Con su planta, si los toca,
Los montes convierte en humo.

¡Oh Señor, yo te confieso!
En todas partes descubro
Pruebas de tu amor sagrado:
Habla, que tu voz escucho.

A tí debo mi ecsistencia;
Tú animaste el polvo inmundo
De mi cuerpo, y le inspiraste
Tu aliento divino y puro.

La inmortalidad me has dado,
Y vivir contigo junto.

¡Oh mortal! ¡cuán elevados
Son tus destinos augustos!



EL DOLOR.

Si un Dios de bondades lleno
Sacó de la nada el mundo,
Si la tierra y mar profundo
Ató con lazo de amor;

Si al hombre formó su mano,
Objeto de su ternura:

¿Por qué condenó su hechura
A la impresion del dolor?

Sufre el anciano postrado,
Gime el enfermo en su lecho,
Pená en calabozo estrecho
El prisionero infeliz.

En vano la tierna madre
Defiende al niño en sus brazos:
La muerte rompe sus lazos,
Y la hunde en dolores mil.

Si sopla la peste impura
Inficionando la tierra,
Si brama airada la guerra,
Si ruge el mar con furor;
Si estalla el rayo, y los montes
Tiemblan, vomitando fuego,
Sobre los mortales luego
Tiende su cetro el dolor.

Cuando ama con mas cariño
El nuevo esposo á la esposa,
Cuando lazada amorosa
Los estrecha ante el altar;
Cuando en el mar de la vida
Gozamos tranquila calma,
¡Con qué recuerdos al alma
Viene el dolor á turbar!

Mas ¡ah! que precipitada
La vida, sin resistencia,
Abreviara su ecsistencia,
Si le faltara el temor;
Y los deleites llenaran
Sus horas de culpa y tedio,
Si no se alzara por medio
Terrible y fuerte el dolor.

El dolor es del pecado
Recompensa merecida,
pension actual de la vida,
Condicion de nuestro ser;
Mas tambien es nuestra guarda,
Contra las pasiones muro,
Y para el siglo futuro
Ocasion de merecer.

Y si el dolor no ecsistiera,
 Romperia mano enemiga
 El dulce lazo que liga
 A la humana sociedad:
 Ni propiedad ni familia,
 Entre los hombres se hallara,
 Y el amor abandonara
 A la triste humanidad.

Si el dolor dejara al mundo,
 Fuera con él la justicia,
 Y en el sólo la malicia
 Haria su acero blandir.
 Alzara su faz odiosa
 Desmascarada licencia,
 Y quedara la inocencia
 Abandonada á gemir.

Si aun el hombre conservara
 La inocencia primitiva,
 Si ardiera en su seno viva
 Sagrada llama de amor;
 Si humilde hubiera guardado
 La ley del Señor primera,
 Hoy infeliz no sintiera
 Las heridas del dolor.

¡Insensato! alzarse quiso
 Sin alas á las alturas,
 Y de las esencias puras
 Los asientos escalar.

Quiso con mano atrevida
 Quitar á Dios la diadema,
 Robar su lumbré suprema,
 Y como Dios imperar.

Por eso la ira divina
 Vengó de Dios el ultraje,
 Y el desdichado linage
 De Adam á muerte entregó:
 Hízole ver que su vida
 Seria de afan y miseria,
 Que su cuerpo era materia
 Presa infeliz del dolor.

Desde entónces ¡desdichado!
 Gime el hombre en tierra aghena,
 Arrastrando la cadena
 De su mísero ecsistir.
 Sus ojos nacen al llanto
 Y sus labios al lamento;
 Es la vida su tormento,
 Y su descanso morir.

Mas ¡ah! que benigno el cielo,
 En su consejo divino,
 Remedio al hombre previno,
 Con que llamarlo á su amor.
 Bajó incógnito á la tierra
 El Dios escelso humanado,
 Para destruir al pecado,
 Sujetándose al dolor.

Duros clavos atormentan
 Sus piés y manos divinas,
 Su cabeza las espinas
 Y su paladar la hiel.
 Muere con dolor acerbo
 Por salvar la tierra ingrata,
 Y su agonía dilata
 El deseo de padecer.

Y dió con su sangre al hombre
 Vida en el empíreo cierta;
 Le abrió su espléndida puerta,
 Y á su sólio lo elevó:

Mas le dejó acá en la tierra
 Esta sentencia esculpida:

*Solo se llega á la vida
 Por la senda del dolor.*

ALERE FLAMMAM
 VERITATIS

III

LA ESPERANZA.

Espíritu inmortal, que de la vida
 Siembras las sendas áridas de flores,
 Compañera del alma entristecida,
 Bálsamo de consuelo en sus dolores:

Tú, que de la niñez las horas breves
 Inundas de placeres y de encanto,
 Que de la juventud los pasos mueves
 A alcanzar de la gloria el fuego santo:

Y en las cenizas de la edad helada,
 Cuando ya el corazón gime marchito,
 A la pupila de vejez cansada
 Entre sombras descubres lo infinito:

Tu que enjugas el llanto doloroso
 Que el moribundo en su amargura vierte,
 Conservando tu fuego vivo, hermoso,
 En el fúnebre lecho de la muerte:

Dime ¡dulce esperanza! ¿descendiste
 Cual ángel de la esfera soberana,
 Para alumbrar en su destierro triste
 Llena de compasión la especie humana?

¿O eres solo una ilusión que nace
 De engaños de la mente y los sentidos,
 Vision, que al hombre descarria falace
 Por senderos de error desconocidos?

Si eres hija de un Dios veraz y sabio
 ¿Por qué la copa del placer me ofreces,
 Y al apurarla mi sediento labio
 En él derramas del dolor las heces?

En las ramas de selva florecida,
 Do inesperta la vista se divierte,
 Al arrancar los frutos de la vida
 Encuentro las semillas de la muerte.

Mas, no, que desdeñando el bajo mundo,
 También en él caminas peregrina,
 Y huyendo de su negro horror profundo
 Al empíreo tu vista se encamina.

Y por eso abandonas esta tierra,
 Morada de tormentos y quebranto,
 Do falsa libertad y cruda guerra
 Su imperio estienden de opresión y llanto.

Y diriges al hombre que transita
 Con paso incierto á la región futura,
 Cual dirigia al tímido Israelita
 Columna luminosa, en noche oscura.

A otra patria feliz alzas el vuelo
 Donde le ofreces perdurable calma,
 Nuevo amor y dulcísimo consuelo,
 Placeres inefables para el alma.

MEMORIAS DE LOS MUERTOS.

IMITACION DE ALFONSO LAMARTINE,

ALERE FLAMMAM
VERITATIS

DEDICADA

AL SR. D. MANUEL CARPIO.

VELADO en nubes rojas
Se muestra el triste cielo,
Y de marchitas hojas
Se cubre el místico suelo,
Donde recoje el rústico
Leña para su hogar.

La inquieta golondrina
Con vuelo vagaroso
Ya se alza, ya se inclina
Al charco cenagoso,
Y entre las selvas rápido
Se oye el viento silbar.

En la oculta espesura
No murmuran las fuentes;
Yacen sin hermosura
Los montes eminentes,
Sin su verdor los árboles,
Los pájaros sin voz.

Apenas muestra el día,
Entre nubes quebradas
De niebla húmeda y fría,
Sus luces eclipsadas,
Cuando la noche lóbrega
Roba su imperio al sol.

Del zéfiro halagada
No despierta la aurora,
Ni de flores ornada
El horizonte dora:
Entre nublados cárdenos
La luz llega á morir.

Yace el mar solitario,
De bajeles desierto,
En lecho funerario
Inanimado y muerto:
Solo en la playa ondívaga
Se oye el aura gemir.

Sin pasto los ganados
Vagan por las colinas,
Del vellon despojados
Entre zarzas y espinas,
Siguiendo el paso míseros
Del mísero pastor.

Cesó ya la armonía
De la voz melodiosa,
Que al viento repetía
Su canción amorosa;
Así cual son armónico
La vida terminó.

Todo en Otoño muere,
Y es fuerza que sucumba:
Tambien al hombre hiere
El aire de la tumba,
Toca á su rostro pálido,
Y lo hace fenecer.

Y pasa cual la pluma
Que el águila abandona,
Cuando con nueva suma
De galas se corona:
Tal á otro mundo incógnito
Vuela el humano ser.

Se acerca el triste Invierno
Y no verán mis ojos,
Llenos de llanto tierno,
Mas que tristes despojos
De frutos mil, que efimeros
La tumba devoró.

Jóven soy, y me encuentro
Solo conmigo mismo,
Pues que el oscuro centro
De un insondable abismo,
Mis dulces prendas íntimas
La dura muerte echó.

En la estéril colina
Sus restos yacen hora;
Mas su esencia divina
Al Sumo Bien adora,
Y en otro mundo plácido
Vive eterna y feliz.

Cual la bella paloma,
Si amor su pecho abrasa,
Veloz el vuelo toma
Y á otras regiones pasa;
Así el humano espíritu
Vuela inquieto á su fin.

¡Ah! si resuena el viento
En la marchita rama,
Si escucho á paso lento
Pisar la seca grama,
Si la campana fúnebre
Oigo en sueños sonar,

Son éco que me advierte
Que hay un vivir segundo:
Anuncios de la muerte
Entre uno y otro mundo:
Seña que al alma tímida
Llama á la eternidad.

Si el material acento
Huye de mis oídos,
Dentro del alma siento
Misteriosos sonidos
Que de un letargo pérfido
Sacan mi corazón;

Y nacen y se acercan
Recuerdos y congojas,
Que de temor lo cercan:
Cual las marchitas hojas,
Que al pié del tronco, estériles
Agrupa el aquilon.

Aquí de una querida
Madre, el cadáver mora,
Mientras desde otra vida
Al hijo que la llora
Su alma inquieta y solícita
Busca llena de afán;

Y los brazos le tiende,
Y amante le bendice,
Piadosa le defiende,
Y allá á solas le dice:
¿Quién en la tierra lúgubre
Sabe como yo amar?

Allí una prometida
Esposa, en cuya frente
Aun reposa encendida
De amor la llama ardiente,
Y solo un deseo único
Guarda en su seno fiel;

En busca de su amante
Baja del alto cielo,
Diciéndole constante:
Si en ese adusto suelo
Miras yermo mi tálamo,
¿Qué te detiene en él?

Acá un estrecho amigo,
Que en niñez inocente,
Para apoyo y abrigo
Nos dió el cielo clemente,
Que nuestras plantas débiles
Supiese encaminar.

Presente, aunque invisible,
Dirige nuestros pasos,
A la pena sensible,
Sensible á los acasos,
Del que en desiertos áridos
Aun se mira vagar:

Allá un querido hermano
Que al espirar nos nombra,
O bien de un padre anciano
La venerable sombra,
En el postrero término
Fijan llorando el pié;

Y recuerdan que un techo
Sombra les dió y asilo,
Do fué comun el lecho,
Mutuo el hogar tranquilo,
Y do un amor recíproco
En todos se vió arder.

Cae del materno seno
Al sepulcro el infante;
Baja de lauros lleno
El guerrero triunfante;
Se hunde el anciano trémulo,
Muere el jóven feliz:

Nos roba hora por hora
La muerte despiadada
Prendas que el alma adora:
Siempre una voz amada
Nos dice desde el túmulo:
“¿Te olvidarás de mí?”

¡Oh! qué dulce es regar, prendas queridas,
Con llanto vuestras tumbas silenciosas!
Vosotras sois mitad de nuestras vidas;
¿Cómo olvidaros, pues, prendas preciosas?

Al correr la estension que el tiempo mide,
Volviendo á ver de juventud la huella,
El alma, que en dos partes se divide,
Al sepulcro consagra la mas bella.

¡Oh tú, Dios de bondad, cuya clemencia
Nuestros padres rendidos imploraron,
Halle piedad el llanto á tu presencia,
Que por ellos sus hijos derramaron!

Si humildes en el curso de su vida
Recibieron los golpes de tu mano,
Si ella fué de sus labios bendecida,
Su esperanza y amor no sean en vano.

Al paso que tus juicios reverencio,
Mi pecho de esperanza se reviste,
Y pregunto, ¿por qué tanto silencio?
¿Nunca se animará este polvo triste?

Si estas yertas cenizas nos hablaran
¿Cuánta felicidad revelarían!
Del Eterno las glorias publicaran,
Y á la region de amor nos llamarían.

Hoy al ausente que por ellas clama
Dicen con muda voz, que son dichosas,
Que mas perfecto amor su seno inflama,
Y de inmortalidad ciñen las rosas.

Su espíritu inmortal ¿á dónde mora?
¿Sobre qué otra creacion feliz se encumbra?
¿Qué otra luna lo ilustra, qué otra aurora?
¿Qué nuevo sol mas fúlgido lo alumbra?

¿Absorto vive en el incendio eterno
Del Ser inmenso, en éxtasis profundo,
Ya sin memoria del afecto tierno,
Que animó su ecsistencia en este mundo?

¿El sepulcro cruel rompió los lazos
Que forman de la vida las delicias?
¿De una querida madre los abrazos?
¿De una adorada esposa las caricias?

¡Ah, no, jamas! que si la tumba helada
Cubriese lo que fué en su centro oscuro,
El alma que aquí gime aprisionada
Nó aspirara á vivir en lo futuro.

Unidos á tu esencia Soberana,
Couservan los humanos corazones
Dulces memorias de la vida humana,
E impetran para aquí tus bendiciones.

Dales tu gloria, olvida sus errores.
Abreles tus entrañas de clemencia,
Y su arrepentimiento y tus favores
Restituyan en ellos la inocencia.

Fueron seres inconstantes,
Sombras de solo un momento,
A nosotros semejantes:
Polvo que se lleva el viento,
Sueños de la noche errantes:

Que si á los preceptos sábios
De tu ley rebeldes fueron,
Provocando tus agravios,
Al fin á tí se rindieron,
Pidiendo perdon sus labios.

Si tú la luz determinas
 Juzgar, convertida en sombra
 Queda en tus manos divinas;
 Y el ser que humano se nombra,
 Muere, si tú lo ecsaminas.

Ante tí, la frente oscura
 Muestra la misma inocencia,
 Temblorosa y mal segura;
 Y vacila á tu presencia
 Del cielo la inmensa altura.

Das á torrentes la vida
 Fuente de inmortalidad,
 Que derrama sin medida
 Su propia felicidad,
 Sin dejarla reducida.

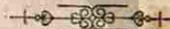
Si miras con alegría
 El sol parece en el cielo:
 De la eternidad sombría
 Sacas siglos, que en su vuelo
 Son á tus ojos un dia.

Tu voz la creacion repara
 Y la vuelve floreciente:
 El tiempo, si quieres, para:
 ¡Nunca de tí se separa
 Lo pasado y lo presente!

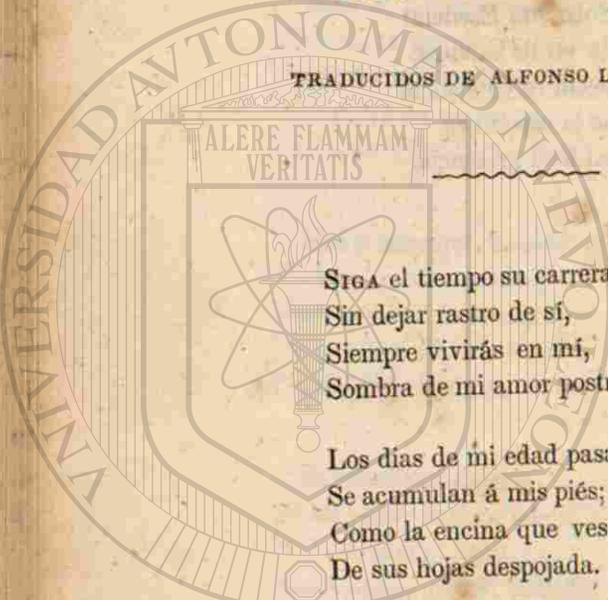
Son tus designales obras
 Para tu cuidado iguales,
 Nada pierdes ni recobras:
 Por tu misma esencia vales,
 Y á todo contigo sobras.

Tú de la naturaleza
 Orígen y fin tambien,
 En cuya suprema alteza
 Nunca acaba, nunca empieza,
 Mas vive perpetuo el bien:

Pon, ¡oh Soberana Esencia!
 Nuestra nada en tu balanza:
 Mueva á piedad tu clemencia
 El ruego, que la esperanza
 Derrama aquí á tu presencia.



LOS RECUERDOS.


 TRADUCIDOS DE ALFONSO LA-MARTINE.

SIGA el tiempo su carrera
Sin dejar rastro de sí,
Siempre vivirás en mí,
Sombra de mi amor postrera.

Los días de mi edad pasada
Se acumulan á mis piés;
Como la encina que ves
De sus hojas despojada.

Agobiada está mi frente,
Mi sangre corre embargada,
Como de nieve cuajada
En el invierno la fuente.

Pero tu imágen brillante,
Que mi memoria embellece,
Nunca en mi afecto perece,
Siempre nueva y siempre amante.

Tú aliviabas mis enojos
Y eras aquí mi consuelo,
Te fuiste, y allá en el cielo
Te encuentran hora mis ojos.

Allí te miro, adorada,
Y me acuerdo de aquella hora
En que fuiste con la aurora
Al empíreo trasladada.

Tu belleza fresca y pura
En el cielo te acompaña,
Y tus yertos ojos baña
La inmortalidad segura.

Todavía tus rizos bellos
Bajan por tu cuello hermoso,
Cuando el zéfiro amoroso
Mueve sutil tus cabellos.

Y en su sombra pasajera
Tu imágen queda velada,
Como estrella en la alborada
Entre la nube ligera

Del sol la celeste lumbre
Nace y perece en un día;
Pero tú en el alma mía
Luces siempre por costumbre.

Lleno de ilusion te miro
En el desierto, en el cielo:
Te retrata el arroyuelo:
El zéfiro es tu suspiro.

Cuando la noche domina
Oigo el viento murmurar,
Y me parece escuchar
En sueños tu voz divina.

Si en sus sendas inmortales
Miro absorto las estrellas,
Me parece ver en ellas
Tus miradas celestiales.

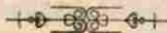
Cuando el aura mansa espira
 Perfumada con las flores,
 Yo percibo tus olores
 En el aliento que espira.

Mi llanto tu mano enjuga,
 Cuando en el templo postrado
 Mi corazón lastimado
 A los pesares madruga.

Si duermo, tu sombra vela,
 Cubriéndome con sus alas,
 Y el camino me señalas
 Porque tanto el alma anhela.

¡O si por dicha tu brazo
 Cortase el hilo á mi vida,
 Mitad del alma querida,
 Despertará en tu regazo!

Como dos llamas unidas
 Y dos suspiros mezclados,
 Viviríamos enlazados
 Con las almas y las vidas.



EL AISLAMIENTO.

TRADUCCION DE ALFONSO LA-MARTINE.



Bajo la antigua encina en la montaña
 Al trasponer el sol, triste me siento,
 Viendo de allí perplejo y macilento
 Rico el cuadro, que ofrece la campaña.

Aquí, la onda risueña y presurosa
 Nace sonando en la arboleda amena,
 Allí, en el lago espéjase serena
 De la tarde la estrella luminosa.

Tras las selvosas cimas de aquel monte
 Sus postrimeros rayos lanza el día,
 Entre nubes de plata el carro guía
 La luna, dominando el horizonte.

Desde la torre gótica resuena
 Llamando á la oración, el bronce herido:
 Párase el caminante conmovido
 Y de fervor y amor su pecho llena.

Ven el cuadro feliz mis ojos yertos
 Sin tierna conmoción, sin dulce calma:
 Aislada pasa por la tierra mi alma,
 Y el sol no alumbra mis sentidos muertos.

De colina en colina vaga errante
 Mi vista, vanamente indagadora:
 Ve el cielo, ve los reinos de la aurora,
 Y do quiera el dolor halla delante.

¿Qué me importa este valle, qué esta fuente,
 Si el contento y quietud de ellos son idos?
 Sin su gloria os dejó, bosques queridos,
 En honda soledad mi bien ausente.

Hoy es indiferente á estos mis ojos
 El círculo del sol, la noche umbrosa:
 ¿Qué importa á un infeliz un nuevo día,
 Si solo encuentra en su vivir encjos?

Si pudiera seguir con rauda vuelo
 La carrera del sol por el vacío,
 Nada, nada anhelara el pecho mío
 De cuanto el astro alumbra en este suelo.

Mas los lindes pasando de su esfera
 Al verdadero sol vieran mis ojos,
 Y dejando á la tierra mis despojos,
 Gozara allí la luz, que reverbera.

Allí embriagado en la perenne fuente
 De claridad y amor porque suspiro,
 Mirara el bien ideal que aquí no miro
 Y abrazarse en la tierra no consiente.

¡Oh si pudiera en alas de la Aurora,
 Objeto de mi amor, contigo unirme!
 ¿Quién podría de tus brazos dividirme?
 ¿Por qué mi alma en la tierra se demora?

Llevada por el viento á otras regiones
 Con envidia miré la hoja marchita.
 Mis ardientes deseos ¿quién los limita?
 ¡Llevadme en vuestras alas, aquilones!

EN LA MUERTE

DE LA SEÑORITA

DOÑA MARIA DEL ROSARIO

DE LA LLAVE Y SEGURA.

~~~~~

SOBRE el fúnebre lecho en que reposas  
 La alma virginidad con faz serena,  
 Pone en tus manos cándida azuzena,  
 Ciñe tus sienes de purpúreas rosas.

En tus mejillas púdicas y hermosas,  
 En tu alba frente de recato llena,  
 La muerte respetó, de horror agena,  
 Tus virtudes modestas y preciosas.

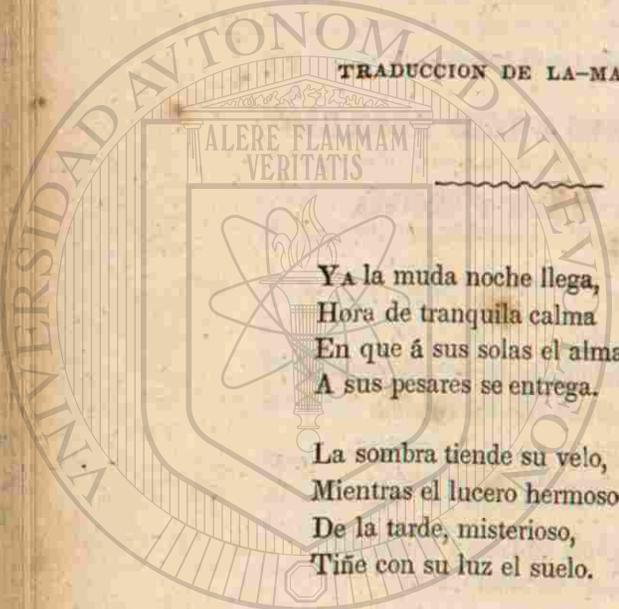
En el postrero día, tu forma humana,  
 Que hora con llanto deposita el suelo,  
 Se vestirá de gloria soberana.

En tanto tu alma, del terreno velo  
 Libre y sin mancha ¡idolatrada hermana!  
 Al trono del Señor levanta el vuelo.



## LA ENTRADA DE LA NOCHE.

TRADUCCION DE LA-MARTINE.



Y a la muda noche llega,  
Hora de tranquila calma  
En que á sus solas el alma  
A sus pesares se entrega.

La sombra tiende su velo,  
Mientras el lucero hermoso  
De la tarde, misterioso,  
Tiñe con su luz el suelo.

La antigua encina sombría  
Se conmueve y estremece:  
Como evocada aparece  
La sombra en la tumba fría.

En esto el espacio hiende  
Un rayo de luz nocturna,  
Dá en mi frente taciturna  
Y mis afectos enciende.

Reflejo de Dios hermoso,  
Rayo encantador, ¿qué quieres?  
Tú, que mis pupilas hieres,  
Ilustra mi alma piadoso.

¿Desciendes por revelarme  
Los misterios de otros mundos,  
O los secretos profundos  
Que plugo al cielo ocultarme?

¿Tu ignoto poder alcanza  
A dar á un triste consuelo?  
¿Eres enviado del cielo  
A mantener su esperanza?

¿Consolarás al que llora  
Con el porvenir oscuro?  
¿Serás del siglo futuro  
Principio de nueva aurora?

Contigo el seno se inflama  
En ardor ya conocido:  
¿Si estará contigo unido  
El bello espíritu que ama?

¿Del alto cielo radiante  
Bajas con la amada mía,  
Aquí, en ausencia del día,  
A consolar á su amante?

Dulce encanto de mi vida,  
Léjos de un mundo profano  
Deja que bese tu mano,  
Que vea tu imagen querida.

Derrama en mí paz y amor,  
Vivifica el pecho mio,  
Viva yo con tu rocío  
Como en los campos la flor,

Mas ¿qué miro? el ancho cielo  
Con densa nube se cubre,  
Y el dulce rayo me encubre,  
Y huye con él mi consuelo.

## EN LA MUERTE

DE LA SEÑORA

DOÑA JUANA ARGÜELLES

DE SEGURA.

En tierna juventud la flor hermosa  
De candor virginal ornó su frente,  
Después su pecho conservó inocente  
Blando amor y modestia ruborosa.

Esposa fiel, amante, cariñosa,  
Madre ejemplar, cristiana, diligente,  
La halló Dios con la lámpara luciente  
Encendida en su mano cuidadosa.

En larga enfermedad, con prueba dura,  
Y de resignacion humilde llena,  
El cálizapuró de la amargura:

Mas libre ya su espíritu de pena,  
Inundada de gloria y de ventura,  
Reina del cielo en la region serena.



## LA INMORTALIDAD.

DESFALLECE la llama de la vida  
Cediendo por momentos. En mi seno  
Brilla fugaz, cual tímida centella  
Entre nieblas y sombra vaporosa;  
Y la noche sulcando las esferas,  
Cercada del temor y del silencio,  
Se enseñoorea del orbe consternado.

¡A cuántos estremece esta memoria,  
Helados de pavor! Del precipicio  
Retroceden temblando, y les parece  
Que oyen sonar el canto de la muerte,  
Los postreros suspiros de un amante,  
De un caro hermano el último gemido,  
O los fúnebres ecos y clamores  
De la triste campana, cuando anuncia  
Que dejó de vivir un desgraciado.

No así á mis ojos, muerte, te presentas  
Armada con la espada destructora  
Que aniquila mi ser, sino vertiendo  
En mis heridas bálsamo precioso.  
Para templar en los mortales pechos  
El bárbaro dolor que los destroza  
El brazo del Eterno te destina.  
Libertas, no destruyes. En tu diestra  
Resplandece la luz indeficiente,

Con que diriges mis errantes pasos  
De la aurea Eternidad en los caminos;  
Y en ellos la Esperanza me señala  
El término feliz de mi carrera.

Libértame del peso que me agobia,  
Y rompe las cadenas que me enlazan  
A este cuerpo de barro. En las alturas  
Deja que goce de perpetua vida,  
Y de soláz, y holgura sempiterna  
Y contento purísimo y perpetuo.

¿Mas qué Espíritu es este, que me anima  
Y estrechamente en mis entrañas mora,  
Cual incógnito huésped? ¿Vino acaso  
De la region etérea descendido?  
¿Habitaba los astros rutilantes,  
Que en el silencio de la noche amiga  
Me inspiran con su luz los sentimientos  
De amor y de virtud? ¿Por qué bajaste,  
Eterno habitador del alto empíreo,  
De esa mansión de luz y de reposo,  
A esta mansión de lágrimas y duelo,  
Y te encerraste dentro el cuerpo frágil,  
Tomando parte en las miserias mias?  
¿Qué nudos, qué resortes tan secretos,  
Te unen á la materia, de tal modo,  
Que por su mediacion obras, te agitas,  
Te mueves, gozas, y tambien padeces?  
¿Eres eterno, dime? ¿Precediste  
A la creacion del globo en que habitamos,  
Y unido con los coros inmortales,  
En la primera aurora de los tiempos  
Cantabas al Criador sonoros himnos?  
¿O fuiste de sus labios inspirado  
En aquel mismo instante, en que se supo  
Que un hombre era en la tierra concebido?

Separada algun dia de la materia  
¿A dónde vuelve el alma? ¿qué otros mundos  
A su estado futuro se preparan?  
¿Gozará de otro sol, de otras esferas,  
De otros rayos de luz, de nuevas auras,  
De otro principio de placer y vida,  
Con que volviendo al seno de do nace  
Permanezca impasible? ¿O baja acaso  
Al espantoso reino de la nada,  
Y leve sombra huye y se disipa,  
Muriendo allí sus glorias y esperanzas,  
Y tambien sus recelos y temores?  
¿Corre la misma suerte el varon justo,  
Que con valor heróico y frente erguida  
Sofocando en su pecho las pasiones,  
Osó el torrente contrastar del vicio;  
Y el blando y muelle, que cual vil esclavo  
Cedió á su impulso, y se postró indolente  
Ante las aras del nefario crimen,  
Negando al cielo adoracion y culto?  
¿Es la santa virtud un nombre vano?

No, que yo siento dentro el pecho mio  
Renacer un valor, un noble aliento  
Que por nuevos caminos me conduce,  
Y á mas altas empresas me levanta.  
No es aquesta mi patria. Yo he nacido  
Para sobrevivir á las edades,  
Y vencedor de tiempo y del acaso  
En la esfera reinar. ¿Ah, quién me diera  
Aprocsimar al postrimer instante,  
En que recobre el inmortal derecho,  
Que del Criador me fuera concedido!

¿O recuerdo dichoso! tú me alientas,  
Tú arrebatas mi espíritu y lo enciendes,  
Tú concedes al ánimo agitado  
El reposo y quietud que habia perdido.

En la profunda huesa sepultado,  
 Mezclado con el polvo y las cenizas  
 Mil siglos estaré, todo entregado  
 Al pavoroso reino de la muerte.  
 Y mientras en la tierra se renuevan  
 Las mudanzas sin término y las ruinas,  
 Y nacen y prosperan las naciones,  
 Y mueren y terminan los imperios,  
 Y mientras en carrera sosegada  
 Circularen los astros rutilantes,  
 Y el sol brillare en su remota esfera,  
 Yo dormiré tranquilo, sin que pueda  
 Abrir los ojos al dolor y al gozo.  
 Mas cuando suene la señal tremenda  
 Del postrimero día, reanimados  
 Alzaránse mis huesos, y el sepulcro  
 Restituirá la presa que encerraba.  
 Unido con los coros celestiales,  
 La sien ceñida de laurel triunfante,  
 Veré á mis piés rodando las estrellas,  
 Y gozaré la luz inaccesible  
 Que en torno cubre el sólio del Eterno.

## A LA BUENA MEMORIA

DEL SEÑOR

DON JOSE NICOLAS DEL LLANO,

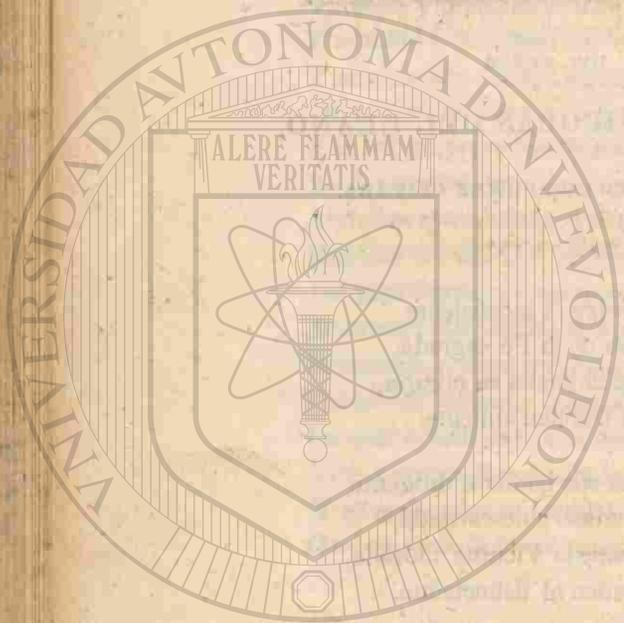
CURA PARROCO QUE FUE DE ORIZABA.

Reposaba sobre él indeficiente  
 La clara llama de la Fé sagrada,  
 La Esperanza animaba su mirada,  
 Su corazon la Caridad ardiente:

Colocaba en sus hombros diligente  
 A la oveja perdida y descarriada,  
 Y en la ara, ante la Víctima adorada,  
 Alcanzaba perdon al delincuente.

Derramaban sus labios, siempre pura  
 Semilla de verdad y de doctrina,  
 Que fruto copiosísimo asegura:

Era para el enfermo medicina:  
 Para su grey, consuelo en la amargura;  
 Y hoy, recuerdo que al cielo la encamina.



PARTE TERCERA.

U A N L  
POESIAS SAGRADAS.

---

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



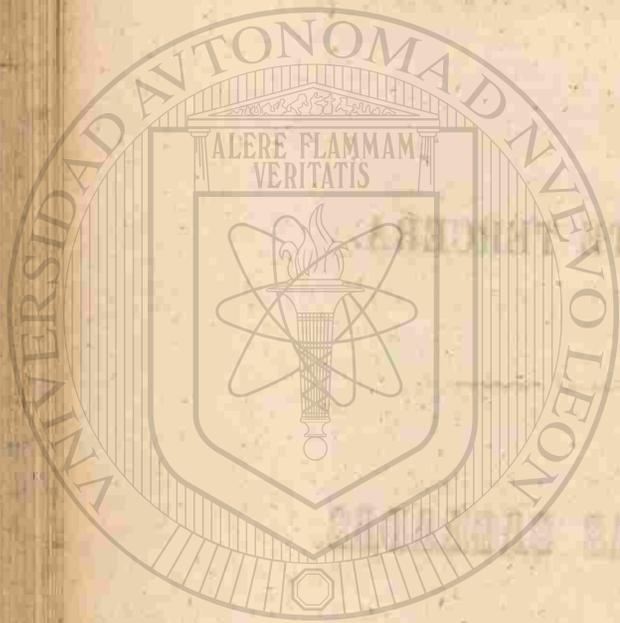
## EL ALMA Y LA RELIGION.

El Alma de los cielos descendida,  
 Inspiracion de Dios pura y sagrada,  
 Yace á un cuerpo de barro encadenada,  
 Sujeta á las miserias de la vida.

La santa Religion, compadecida  
 La viene á consolar, de luz bañada,  
 De escelsas esperanzas animada,  
 Y en fervorosas llamas encendida.

Cuando la muerte su prision quebranta,  
 Y ella la tierra tímida abandona,  
 En sus brazos al cielo la levanta:

Allí los himnos de la paz entona,  
 Premia sus triunfos, sus victorias canta,  
 Y de inmortal diadema la corona.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## LA TEMPESTAD.

Sobre el empíreo nítido y sereno  
Sienta Jehováh sus tiendas: la sagrada  
Turba de los espíritus alada  
Le cerca, y tiembla del abismo el seno.

Las tinieblas condensa: el orbe lleno  
De terror, ve la llama desatada,  
Y á la voz del Eterno dilatada  
Ruge la tempestad, y estalla el trueno.

El sonido retumba con espanto,  
Los montes arden, túrbanse los rios,  
Muge el mar oprimido de quebranto:

Entónces levanté los ojos míos  
Al cielo, y dije con temblor y llanto:  
¿Cómo te desconocen los impíos?

## JERUSALEN.

Gloriosa dicta sunt de te, civitas Del.  
Salmo LXXXVI,—8.

I.

MORADA del poder y los honores,  
Corte de Dios un día,  
Objeto de consuelos y terrores,  
Prestigio de mi humilde fantasía:

¡Qué de veces, Salen, tus sumas glorias  
A mi mente se ofrecen,  
Y mezcladas con lúgubres memorias  
Entre profundas sombras resplandecen!

Eres claro padron, que levantado  
Puso el dedo divino,

Para marcar al hombre esclavizado  
La libertad que el cielo le previno.

Eres tú, monumento sempiterno,  
Eres viva enseñanza

Del amor y bondades del Eterno,  
Y también de su enojo y su venganza.

¡Quién me diera gozarte y ver al vivo  
En tus altas señales,  
Las pisadas del tiempo fugitivo,  
Y de Dios los designios eternals!

¡Oh! si los sacros muros visitara,  
 Cual pobre peregrino,  
 En donde tú, Señor, la lumbre clara  
 Mostraste ya de tu poder divino!

Donde vaticinaron tus profetas  
 De tu Hijo la venida,  
 Y verdades sublimes y secretas  
 Mostraron á la tierra oscurecida:

Donde se presentara este Hijo amado,  
 Humilde y oprimido,  
 De los sabios y grandes despreciado,  
 Desecho de los hombres y abatido:

En donde derramó propicio y grato  
 Las luces y el consuelo,  
 Abriendo con su sangre al hombre ingrato  
 Los supremos alcázares del cielo.

## II.

Pues que una suerte contraria  
 En esta tierra me liga,  
 Encadenando enemiga  
 Los impulsos de mi amor:  
 Hágate el afecto acaso  
 Tocar lo que yo no veo,  
 Y en las alas del deseo  
 Alza el vuelo, corazón.

Junto á la rota muralla,  
 Que á Jerusalem circunda,  
 En la soledad profunda  
 El Eterno te hablará:  
 Allí escuchará benigno  
 Tus oraciones sencillas:  
 Prodigios y maravillas  
 A tus ojos mostrará.

No hay para el amor distancia,  
 Ni tampoco inconveniente:  
 Lo pasado y lo presente  
 Sabe en un punto juntar.  
 Paréceme que salvando  
 Selvas y montañas densas,  
 Las soledades estensas,  
 Y la inmensidad del mar,

Se presentan á mis ojos  
 El monte de las Olivas,  
 Los estanques de aguas vivas,  
 El torrente de Cedron;  
 Los sepulcros de los reyes,  
 Los escombros del santuario  
 El santo monte Calvario,  
 Y la colina de Sion.

¡Salve! suelo sacrosanto,  
 Del hombre infeliz abrigo,  
 De su redencion testigo,  
 Sagrario de santidad,  
 Asilo del inocente,  
 Del desgraciado patrono,  
 De revelaciones trono,  
 Y templo de la verdad.

¡Qué hermosas son en tus montes  
 Las plantas del que bendice  
 A los pueblos, y predice  
 Al cautivo libertad!  
 ¡Del que anuncia á las naciones,  
 Que ningun opreso gima,  
 Porque el Señor se aprocsima  
 Y en el mundo reinará!

## III.

Felices los que oyeron  
 ¡Oh Señor! de tu boca santa y pura  
 Las palabras, y vieron  
 Tu modesta hermosura,  
 Gozando tu piedad y tu ternura.

Aquí les enseñabas:  
 Allí de tu poder muestras hacías:  
 Los enfermos sanabas:  
 La muerte destruías:  
 En todo, como Dios, resplandecías.

Brindabas á los niños  
 Tu amor: al infelice tus desvelos:  
 Al pobre tus cariños:  
 Al triste tus consuelos:  
 A todos con la herencia de los cielos.

Y porque tú alumbraste  
 Del hombre las tinieblas y ceguera,  
 Y benigno curaste  
 De su culpa primera  
 La horrible llaga, inveterada y fiera:

Yaces ¡ay! enclavado  
 A una cruz, sobre el Gólgota pendiente:  
 Del pecho lastimado  
 Lanzando tristemente  
 Suspiro profundísimo y doliente.

Como trozado lirio,  
 Que sufre del Agosto los rigores,  
 Yaces con el martirio:  
 Cargaste mis errores,  
 Y eres varon de penas y dolores.

Tus entrañas traspasa  
 El dolor, y de tu alma se apodera:  
 Ardiente sed te abrasa:  
 Tu aliento se acelera:  
 Tu corazon se funde como cera.

¡O pueblo descreído,  
 Sordo á las voces, y al ejemplo ciego!  
 La sangre que has vertido  
 Vendrá sobre tí luego:  
 Tu crimen vengará con hierro y fuego.

Ya sobre tí fulmina  
 Su rayo vengador, airado el cielo.  
 La compasion divina,  
 Al predecir tu duelo,  
 Lágrimas derramó sobre tu suelo.

## IV.

Cuando aquesta ciudad delincuente  
 Se manchó con la sangre del Justo,  
 Un acento incesante, robusto,  
 Fatigaba los ecos do quier.

Con proféticas voces revela  
 Los arcanos del tiempo futuro:  
 “¡Ay del pueblo, del templo, del muro!  
 “¡Ay de tí, desdichada Salen!”

En el aire, de sangre teñido,  
 Escuadrones de ardientes guerreros  
 Con clarines, banderas, aceros,  
 Discurrir combatiendo se ven.

Despeñados despues los recibe  
 En sus senos el báratro oscuro:  
 “¡Ay del pueblo, del templo, del muro!  
 “¡Ay de tí, desdichada Salen!”

Los Levitas oyeron de noche  
Dentro el SANCTA SANCTORUM agosto,  
De pavor penetrados y susto,  
Pasos de hombres huyendo en tropel;

Y una voz que pronuncia: *Salgamos  
Presto, presto, del sitio inseguro:*

"¡Ay del pueblo, del templo, del muro!  
"¡Ay de tí, desdichada Salen!"

El concanto del harpa y salterio,  
Y los ecos del gozo callaron:

Los ancianos sus voces alzaron,  
Los mancebos gimieron también:

Vanos son de la virgen los lloros,  
Es del mago impotente el conjuro:

"¡Ay del pueblo, del templo, del muro!  
"¡Ay de tí, desdichada Salen!"

De furor el Romano ceñido  
A tí viene frenético y ciego:  
Le precede la muerte y el fuego,  
El espanto le sigue despues:

Y te cerca, y te estrecha, y te intima

Su decreto terrífico y duro:

"¡Ay del pueblo, del templo, del muro!  
"¡Ay de tí, desdichada Salen!"

Fuertes lazos te cercan de muerte,  
Hambre, espada, dolor te circundan,  
Tus recintos de sangre se inundan,  
En tí reina mortal palidez:

Estallando tus puertas, dan paso  
Al gentil, al profano, al impuro:

"¡Ay del pueblo, del templo, del muro!  
"¡Ay de tí, desdichada Salen!"

Alza el soplo de la ira divina  
En tu seno una súbita flama,  
El incendio voraz se derrama,  
Y consume tu vana altivez:

Toda envuelta en torrentes de fuego  
Ya no ofreces un punto seguro:

"¡Ay del pueblo, del templo, del muro!  
"¡Ay de tí, desdichada Salen!"

Con el tiro postrero que lanza  
Sobre tí la fatal catapulta,  
Al Profeta infelice sepulta,  
Qué el estrago anunciábate fiel.

Y al morir, este acento repite,  
Que en el éter divágase puro:

"¡Ay del pueblo, del templo, del muro!  
"¡Ay de tí, desdichada Salen!"

V.

¿Dónde están de la flébil elegía  
Los tristes ecos, el amargo llanto?  
¿Do están, que no acompañan la voz mia  
En tan duro quebranto?

Cayó Sion de su elevado asiento,  
El Señor la apartó de su memoria,  
Trocó en pena y suspiros su contento,  
En afrenta su gloria.

Cubrió sombra de muerte su hermosura,  
Negra mancha su cándido decoro,  
Perdió su estima, cual con liga impura  
Pierde su precio el oro.

¿Cómo yace desierta y desolada  
La que un tiempo humilló pueblos enteros!  
¿La señora del mundo esclavizada  
Llora sus males fieros!

Su grandeza y beldad están perdidas,  
 Sus calles enlutadas y desiertas,  
 Sus torres y murallas derruidas,  
 Destrozadas sus puertas.

Asentados en tierra sus ancianos  
 Sobre ceniza vil, gimen dolientes,  
 Sus vírgenes también con lloros vanos  
 Humillaron sus frentes.

Mi vista con el llanto se oscurece,  
 Al contemplar escenas tan estrañas  
 Mi voz entre sollozos enmudece,  
 Se rompen mis entrañas.

VI

¡Cómo yace entregada  
 Hoy á letal olvido  
 La ciudad, á quien antes  
 Miró el cielo benigno!

Finó, Solima bella,  
 Tu popular bullicio,  
 Y tristeza afrentosa  
 Domina en tu recinto.

Cuando tiende la noche  
 Su manto denegrado,  
 Se cruzan por tus plazas  
 Tristísimos suspiros.

*Cayó Salen*, prorumpen  
 Los ecos adormidos,  
*Cayó*, también responden  
 Los montes convecinos.

No de Gion la fuente  
 Vierte raudales limpios,  
 Para regar los huertos  
 De higueras y de olivos:

Ora sus aguas turbias,  
 Con lánguido ruido,  
 Se arrastran torpemente  
 Entre zarzas y espinos:

En vano con su acero  
 Quiso el cruzado altivo  
 Reconquistar tu gloria,  
 Dándote nuevo brillo.

Sus triunfos se pasaron,  
 Cual pasa el torbellino,  
 Que en pos tinieblas deja,  
 Y truenos y granizo.

Y vino el Agareno  
 Cual tigre enfurecido  
 Y te cerró en sus garras  
 Con hórridos rugidos.

También el Idumeo  
 Bajando de sus riscos,  
 Dividió por despojos  
 A tus inermes hijos.

Llevándose delante,  
 Cual mudos corderillos,  
 Con despiadada vara,  
 Tus vírgenes y niños.

Sin reyes y sin pueblo,  
 Templo, ni sacrificio,  
 Eres de tus contrarios  
 La presa y el ludibrio.

De los nuevos esposos  
Las voces de cariño,  
Ya no en tu triste espacio  
Halagan los oídos.

Todo es pavor y llanto,  
Todo es dolor esquivo,  
¡Cuán largo es tu tormento!  
¡Cuán duro tu castigo!

Cercada de tinieblas,  
Hundida en un abismo,  
Jamás te mira el cielo  
Con ojos compasivos.

¡Pobrecilla! agitada  
De un mar embravecido,  
No hay quien de tí se duela,  
Ni alivie tu martirio.

Cuando pisa tu suelo  
El pobre peregrino,  
Ultrajes y rigores  
Participa contigo.

El tirano, que ostenta  
En tí su cetro indigno,  
La piedad que te muestran  
Castiga cual delito.

¡Oh, si pudiera acaso  
Darte yo algún alivio!  
¡Mas ay, que nada puede  
Mi canto dolorido!

## VII.

Con lágrimas amargas contemplaba  
Aquel funesto estrago, y el suspiro  
Mi lastimado pecho trabajaba:

Cuando vuelto de un éstasis me miro,  
Al resplandor de un fósforo distante,  
Colocado en un árido retiro.

El Espíritu Eterno en un instante  
Allí me trasladó; su diestra fuerte  
Me llevó cual relámpago brillante.

¡Espantoso lugar, do se convierte  
En polvo la creación, y se dilata  
El pavoroso reino de la muerte!

Una serie de rocas ciñe y ata  
De una parte sus lindes, el Mar Muerto  
Baña por otra aquella tierra ingrata.

Al estender la vista en el desierto,  
De secos esqueletos descarnados  
El infecundo suelo ví cubierto.

Y de cráneos y huesos separados,  
De sus primeros troncos divididos,  
En confuso desórden hacinados.

Nunca experimentaron mis sentidos  
Sensación mas intensa de amargura,  
Ni á compasión mayor fueron movidos.

Entónces se apagó la llama pura,  
Que brillaba serena y esplendente,  
Y sus alas tendió la noche oscura.

Poseido de horror bajé la frente,  
Y al suelo la incliné con triste lloro:  
Despues volviendo el rostro hácia el Oriente,

Mientras à Dios en mi afliccion imploro,  
Miro eserito entre luces en el cielo,  
El nombre de JEHOVAH con letras de oro.

“Oh tú, frente de vida y de consuelo!  
Dije con voz rendida y fervorosa  
¿Por qué destruyes tu obra en este suelo?

¿Al seno de la nada tenebrosa  
Entregarás ¡oh Padre! tus hechuras,  
Trasuntos de tu ciencia portentosa?

Muévante á compasion las penas duras  
A que nacen tus hijos condenados:  
No les niegues del todo tus dulzuras.”

En esto se agolparon mil nublados,  
Y cercaron mis ojos de repente,  
Dejándolos en sombras sepultados.

En nueva turbacion cayó mi mente,  
Y en hondos pensamientos sumergida,  
Vagaba en lo pasado y lo presente.

Una lumbré de lo alto procedida  
Por la tercera vez brilló á mis ojos,  
Y una seña de paz esclarecida

Disipó de mi pecho los enojos:  
Un Arcángel en medio despedía  
Resplandores clarísimos y rojos.

El firmamento eterno comprimía  
Al asentar sus plantas, y eclipsaba  
Con su luz la diadema que ceñía.

Con paso varonil se adelantaba,  
Y el profundo cristal del mar undoso  
Sus luces y sus fuegos reflejaba.

Un viejo venerable y respetoso,  
Vestido de una túnica de lino,  
Y en la mano un baston de oro precioso,

Reverente á encontrar al Angel vino,  
Y arrodillado en tierra alzó el semblante,  
Todo arrobado en éstasis divino.

Mudo permanecía en tal instante:  
La barba sobre el pecho le bajaba,  
Cruzados ambos brazos por delante.

El cielo de esplendores le bañaba,  
Y en posicion inmóvil su figura  
Su sombra sobre el suelo proyectaba.

El Angel descendiendo de la altura  
Con una ascua vivísima de fuego  
A sus labios tocó con mano pura.

El semblante inclinó radioso luego,  
Y en su seno inspiró con sacro aliento  
Un alto y divinal desasosiego.

Sobre las alas rápidas del viento  
Alzó otra vez el vuelo presuroso,  
Y allá en las nubes colocó su asiento.

El anciano salió de su reposo,  
Y de santo fervor su seno henchido  
Y lleno de entusiasmo glorioso:

Puesto un pié gravemente, revestido  
De ecelsa magestad, la voz alzando,  
Y el cetro de oro al cielo dirigido;

Del poder recibido firme usando:  
 "Volved de nuevo ¡oh muertos! á la vida:  
 "En nombre del Eterno yo lo mando."

Dijo, y al punto, una aura, que impelida  
 Bajaba de los montes al desierto,  
 Por un poder incógnito movida;

El suelo resquebrado, seco, yerto,  
 De florecillas frescas y olorosas  
 Con su soplo vital dejó cubierto.

Y viéranse en el punto presurosas  
 Las reliquias humanas reunirse,  
 Renovando su enlace, artificiosas:

Con nervios y cartílagos unirse,  
 De carnes, miembros y vigor llenarse,  
 De fresca piel en torno revestirse:

Un pueblo entero poderoso alzarse,  
 Y entre cantos de Hosanna, con presteza  
 En tribus diferentes congregarse.

Colocado el profeta á su cabeza,  
 Con poderoso esfuerzo lo regia,  
 Lleno de magestad y de grandeza.

El Angel desde lo alto dirigia  
 Su marcha, y le indicaba su destino:  
 La tierra se aplanaba y abatía:

Los montes no estorbaban el camino:  
 Saltaban de contento los collados:  
 Brillaba en lo alto el cielo cristalino:

Claros fuentes y lagos sosegados,  
 Vergeles, huertos, frescas alamedas  
 Hallaba á su descanso preparados,

Y frutos en las verdes arboledas:  
 La mano del Eterno le cubría,  
 Dando sombra á sus sendas y veredas.

Jerusalen, Jerusalen, decia  
 La turba innumerable, y sus acentos  
 La bóveda celeste repetía.

Entónces resonaron en los vientos  
 Mil himnos de alabanza y de victoria,  
 A que unieron alegres sus concentos  
 Los espíritus puros de la gloria.

## VIII.

## CORO PRIMERO.

Gloria, gloria al Señor, porque fuerte  
 De la muerte el poder quebrantó;  
 Y conforme á su santa promesa  
 Al sepulcro su presa arrancó.

## CORO SEGUNDO.

Viva, viva JEHOVAH, que en la guerra  
 Los gigantes aterra de Edom:  
 A su pueblo visita y halaga,  
 Y su llaga incurable sanó.

## EL PROFETA.

Este es ¡oh pueblo! el día  
 En que el Señor demuestra  
 La fuerza de su diestra,  
 Su gloria y su poder:

Aqueste día anunciaron  
 Visiones y profetas;  
 Sus palabras, completas  
 Hoy se llegan á ver.

## UN JÓVEN.

Hoy del sepulcro helado  
 Libertarnos le plugo,  
 Y el ponderoso yugo  
 De la muerte quebró:  
 Este es el día anunciado  
 Con palabras espesas,  
 Sus eternas promesas  
 Hoy el Señor cumplió.

## CORO PRIMERO.

Gloria, gloria al Señor porque fuerte  
 De la muerte el poder quebrantó,  
 Y conforme á su santa promesa  
 Al sepulcro su presa arrancó.

## EL PROFETA.

Regocijaos ¡oh cielos!  
 Salta de gozo ¡oh tierra!  
 Que la muerte, la guerra  
 Y la opresion cesó.

Resuenen en los montes  
 Los himnos de alabanza:  
 ¡Qué cierta es mi esperanza!  
 ¡Qué fiel es el Señor!

## UNA DONCELLA.

La hija de Sion querida,  
 Que en prision sepultada  
 Lloraba desolada  
 Sin consuelo y sin luz:  
 Hoy recobra gozosa  
 Su espléndida belleza,  
 Su cándida pureza,  
 Su primera virtud.

## TODO EL PUEBLO.

Viva, viva JEHOVAH, que en la guerra  
 Los Gigantes aterra de Edom:  
 A su pueblo visita y halaga,  
 Y su llaga incurable sanó.

## IX.

¡Jerusalen ilustre! este es el día  
 En que los ojos míos van á verte  
 Coronada de paz y de alegría,  
 Sin temor y sin riesgo de perderte.  
 JEHOVAH su salvacion al suelo envía,  
 Destrozado el imperio de la muerte;  
 Y trocando en placer tu llanto y penas  
 De tu cuello desata las cadenas.

Levántate del polvo, Sion querida,  
 Do fuiste como esclava maltratada,  
 En mortales angustias sumergida,  
 Del cáliz soporífero embriagada.  
 Grande ha sido tu culpa y sin medida  
 Y grande tu castigo, desdichada:  
 Mas apiadado ya tu antiguo esposo,  
 Hoy te abraza y te estrecha cariñoso.

Oye lo que te dice el Ser Eterno  
 Con acento dulcísimo, inefable.—  
 “Si no olvida la madre al niño tierno,  
 Que en su seno llevó por tiempo estable,  
 ¿Cómo te olvidaria mi amor paterno,  
 Ni mi afecto de esposo, inestimable?  
 Ofendido, calmaste mis enojos  
 Con el llanto perenne de tus ojos.

"Sabe tú, que en mi mano dibujados  
Tus muros y baluartes siempre tengo:  
Ellos serán al punto reparados,  
Que yo, Dios Poderoso, lo prevengo:  
Yo, que vivo en los cielos estrellados;  
Yo, que formé la tierra, y que contengo  
En el espacio breve de mi mano  
Al tempestoso y férvido oceano.

"Se ha encogido mi brazo por ventura  
Para que yo no pueda libertarte....?"

¡Levántate, Salen! y tú amargura  
Olvida, pues que vengo á consolarte:  
Vístete tu preciosa vestidura:  
Ven á tu antiguo trono á colocarte:  
No ya la esclavitud te deshonora,  
Sino que eres feliz, libre y señora.

"Estiende para tí tus pabellones,  
Toma sitio mas ancho y dilatado,  
Que ya vienen de todas las regiones  
Los hijos infinitos que te he dado:  
Las remotas y bárbaras naciones  
A tí se postrarán, yo lo he mandado:  
Reyes serán los criados que tú elijas,  
Y reinas las nodrizas de tus hijas."

Los cielos y los astros de repente  
En pavesas y en humo se deshacen,  
Y otro cielo, otro sol mas refulgente,  
Y estrellas mas espléndidas renacen.  
El alto empíreo muéstrase patente,  
Y entre luces sin fin, que de allí nacen,  
Al suelo baja una ciudad divina,  
Como esposa que al tálamo camina.

Y llega, y se establece en el cimiento  
Do la antigua Solima fué labrada:  
Tiene de oro macizo el fundamento:  
Mas pura es que el cristal, mas acendrada:  
Tres puertas manifiesta á cada viento,  
Cada una por un Angel custodiada:  
Sus muros son crisólitos brillantes,  
Zafiros, amatistas y diamantes.

Allí se allega el pueblo presuroso  
Entre cantos de gozo y alegría,  
Y al escuadron angélico dichoso  
Unido en la ciudad desde aquel día,  
Disfruta de la paz y del reposo  
Que á los suyos JEHOVAH benigno envía.  
Allí jamas hay noche ni tristura;  
Todo es delicia y paz, placer y holgura.

En medio se halla el trono del Cordero  
De do mana una fuente de agua viva,  
Y un árbol prodigioso y duradero,  
Que cada mes da fruto con medida.  
No entra allí el orgulloso, el altanero,  
El rapaz, el violento, el homicida:  
El vicio corrompido y la torpeza  
Nunca empañan su brillo y su pureza.

## FIN DEL IMPPIO.

*Esta hora es de tu vida la postrera;*  
Gritó una voz en sueños al impío:  
Empapado despierta en sudor frío,  
Erizada de horror la cabellera.

*¡No mas una hora!* esclama, y la altanera  
Vista humilla con ciego desvarío:  
¿Cómo alzarla podrá quien con desvío  
A la virtud miró, que en lo alto impera?

Oye como del tiempo van huyendo  
Las lejanas pisadas. Sordo al lloro  
De la piedad, vacila y se confunde.

Tiembla, suspira.... y con dolor volviendo  
La memoria al placer, la vista al oro,  
Toca á su fin, y en el abismo se hunde.

## AL MISMO ASUNTO.

Pasaba el pecador horas inciertas  
Entre festines y lascivo canto,  
Cuando mano letal rompió el encanto  
Y de la tumba abrió las negras puertas.

Salieron de tropel las sombras muertas,  
Que el reino habitan de dolor y llanto,  
Cercáronle, y en vano con espanto  
El mísero tendió sus manos yertas.

Sus acciones allí pesa severo  
De Dios el Juicio en su eternal balanza,  
Y halla que cede la del vicio artero.

Tómale entónces la infernal venganza  
En sus garras, cual buitre carnívero,  
Y al abismo con él rauda se lanza.

## EL CANTAR DE LOS CANTARES.

### ADVERTENCIA.

El Cantar de los Cantares tiene por objeto, según el común sentir de los intérpretes, celebrar las bodas de Salomón con la hija del rey de Egipto. Pero así la antigua Sinagoga, como la Iglesia cristiana, han creído siempre, que bajo este sentido literal se escondían sublimes misterios, y que entre el velo de la alegría se dejaba ver la unión de Dios para con su pueblo, es decir, la relación íntima de la naturaleza divina con la humana; y no falta quien pretenda descubrir una profecía consoladora, cuyo cumplimiento está reservado al fin de los tiempos.

La sencillez de su argumento, la vehemencia de los afectos y las bellezas que lo esmaltan, han hecho de él un libro clásico en punto á gusto. Es sin duda la obra más acabada que nos ha dejado la antigüedad en este género. Los hebreos le llamaron el Cantar de los Cantares, para denotar con esta duplicación de palabras, según la índole de su idioma, la excelencia de la composición y el primor y tersura de su estilo.

Varias son las opiniones que hay acerca de la naturaleza de este poema. Unos creen que sea un drama seguido; otros que es un agregado de Idilios, con poco ó ningún enlace entre sí. En materia tan oscura lícito es á cada uno seguir la opinión que más le acomode. Para mí creo, que es un verdadero drama, adecuado á su argumento, y muy conforme á las costumbres sencillas del pueblo judaico. La diversidad de pareceres nace tal vez del empeño que ha habido en juzgar esta linda

composición por las reglas del teatro griego, ó por las formas del teatro moderno, más complicadas todavía. Considérese bien su argumento; reflexiónese en la clase de dramas que podía producir un pueblo agrícola y pastor, y se verá que no podían ser otros más que éstos. Contento con imitar á la naturaleza tal como se le ofrece, no se aparta de las escenas rústicas, pero risueñas y amables que tiene siempre delante de los ojos.

El objeto del escritor sagrado, es, como se ha dicho, celebrar aquí las bodas de dos esposos: las expresiones son ardientes, los coloquios apasionados, las alabanzas encarecidas; pero el curso del poema es tranquilo y sosegado. Parece un arroyo de plácida corriente, en cuyas aguas se retratan las flores de sus orillas, los bosques que lo coronan y la bóveda del cielo: su curso no se altera ni corre por precipicios, sino que llega con serenidad á su término. Así me figuro los Cantares: son un trasunto fiel de los ánimos de ambos esposos, no turbados con los zelos, ni inficionados con pasiones bastardas.

Diversas son las divisiones que los críticos han hecho de ellos. Evasio Leone en su versión italiana los reparte en ocho cantatas: D. Tomás Josef González de Carvajal en su traducción española, en quince idilios: Arias Montano en su paráfrasis poética sigue la división de la Vulgata: el Sr. Bossuet, á cuya opinión se inclina Lowth, los reparte en siete secciones, correspondientes á los siete días que destinaban los hebreos al festejo de las bodas. Esta opinión parece la más plausible, como más conforme á la naturaleza del asunto. Yo la he seguido en la presente paráfrasis, bien que los lugares de la división no coincidan exactamente con los que señala el Sr. Bossuet. Los inteligentes dirán, si la que ofrezco es oportuna, y si contribuye ó no á dar claridad al poema, y descubrir su contestura.

Era costumbre entre los hebreos que en los siete días destinados á solemnizar los casamientos, acompañasen á los esposos cierto número de doncellas y de mozos sus amigos. A esta costumbre alude la parábola de las vírgenes discretas, y otros muchos lugares de la Escritura. Estas personas son las que componen los coros de los Cantares, tomando parte en el diálogo, y ayudando al progreso y desenvolvimiento del poema.

Para comprender bien su argumento, es necesario tener pre-

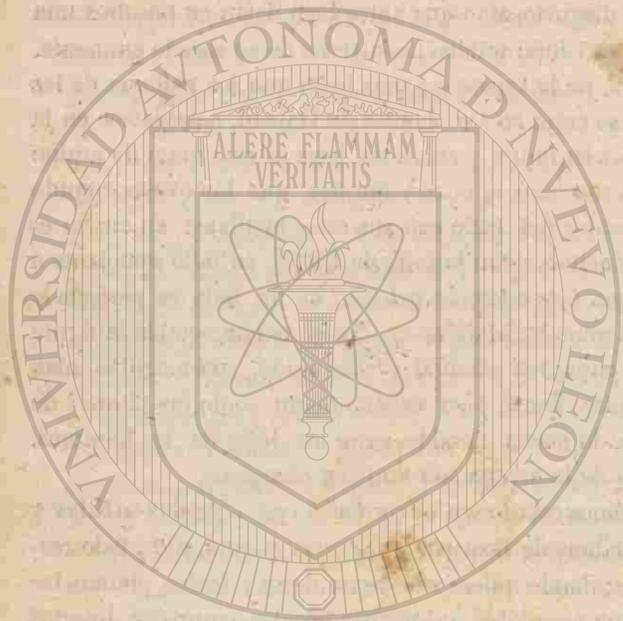
sentés las costumbres de aquellos lugares y de aquellos tiempos. No precedía al matrimonio una larga galantería, mediante la cual se hubiesen tratado los amantes con frecuencia, sino que por lo común se celebraba el casamiento por conciertos entre los padres ó deudos, habiéndose comunicado muy poco entre sí los contrayentes. Así es que éstos se trataban los primeros días con el cariño de esposos y con la pasión de amantes; mas no gozaban de una completa libertad ni les era dado verse á solas, sino burlando la vigilancia de aquellos que los rodeaban. En estos cortos intervalos era cuando se declaraban con mas vehemencia sus afectos, siendo á menudo sorprendidos por sus amigos, quienes tomaban parte en sus conversaciones. He aquí lo que da materia á los Cantares, y lo que forma su argumento. Los esposos desean verse y hablarse á solas; se atisban y se acechan, ora por las rejas de un jardín, ora tras los cercados; se citan y se emplazan con frecuencia; se ven ya de mañana, ya al caer la tarde, ya de noche; se convidan mutuamente, bien para salir al campo y gozar de la Primavera, bien para bajar al huerto y gustar sus frutos. La esposa, tierna y apasionada, llama unas veces á su esposo, otras desfallece de amor: sueña que le pierde, despierta sobresaltada, oyendo la voz del que ama, responde á su reclamo, y ya que es ido, refiere á sus compañeras lo que acaba de soñar: duérmese otra vez á tiempo que viene su amado, sale cuando ya éste ha desaparecido, y le busca por las calles y plazas sin poderle encontrar. Salen detras de ella sus doncellas, la hallan en la calle, y después de preguntarle á quién busca, la acompañan en demanda de su amante. Este, siempre que la ve, se deshace en sus alabanzas, unas veces á solas, otras unido á los coros, los cuales bien ensalzan la belleza de la esposa, bien ponderan la bizarría del príncipe, bien describen la magnificencia de su morada. Se ven al fin en el campo, para donde se han citado tantas veces, bajo el mismo árbol á cuyo abrigo nació la esposa; ruega ésta á su amado, vaya á despedirse de sus amigos, y vuelva presto para consagrarse enteramente á su amor. Aquí fenece el poema en siete partes, ó sean jornadas, correspondientes á los siete días destinados á los regocijos nupciales. Dígase ahora si una composición tan sencilla, fundada en las costumbres pa-

triarcales del pueblo hebreo, debe ser juzgada por las reglas comunes de la poesía dramática.

Su estilo no puede ser mas acomodado al intento: hay en él todo el fuego de una pasión santa, espesado con la riqueza y lozanía de la dición oriental. Sus comparaciones son atrevidas y valientes, y aunque ajenas de nuestro modo de decir, no nos causan disgusto, sino que antes bien dejan en nosotros una impresión gratísima; prueba inequívoca de su mérito eminente. La cabellera de la esposa es mas bella que los vellones de las cabras que se crían en los montes de Galaad, celebrados en la Palestina por su finura y color: su boca es una cinta de grana: sus dientes son mas iguales y limpios, que las ovejas cuando salen apareadas del baño con sus crias mellizas: su cuello es erguido y gracioso como la torre de David: su talle semejante á la palma: sus ojos como de paloma: en fin, toda es perfecta y hermosa sin mancha ni defecto.—No es menos notable la figura del esposo, cuya tez cándida y rubicunda, sus megillas mas frescas que las flores, y su cabello negro como las plumas de los cuervos, lo hacen notable entre los hijos de los hombres. Los lugares de la escena son tambien escogidos.

Concluirémos esta breve advertencia con aquellas sabidas y célebres palabras de Bossuet: “En este poema, dice, todo respira delicias; donde quiera se ofrecen flores y frutos, plantas bellísimas, una agradable primavera, fértiles campiñas, huertos floridos y regados; aguas, pozos y fuentes; bálsamos naturales y artificiales; gemidos de tórtolas y arrullos de palomas; miel, leche y vino en abundancia: finalmente, en ambos esposos modestia y hermosura, ósculos castísimos, caricias y abrazos tan tiernos como honestos. Si hay algunos objetos que en otras partes causen horror, como son rocas, montes ásperos y cuevas de fieras, aquí toman un aspecto agradable, y ayudan á dar variedad á este hermoso cuadro.”

Como para publicar las versiones de los libros santos, sea necesaria la licencia del Ordinario, el Sr. Vicario Capitular de este Arzobispado ha tenido á bien conceder la suya para la presente version, y puede verse al fin de este volumen.



A

LA SEÑORA

DOÑA MARIA DE LA LUZ

DE LA

LLAVE Y SEGURA

DEDICA

ESTA VERSION DE LOS CANTARES,

EN

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

TESTIMONIO DE AMOR,



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

SU ESPOSO

José Joaquín Pesado.

## EL CANTAR DE LOS CANTARES

DE SALOMON.

I.

ESPOSO. ESPOSA.

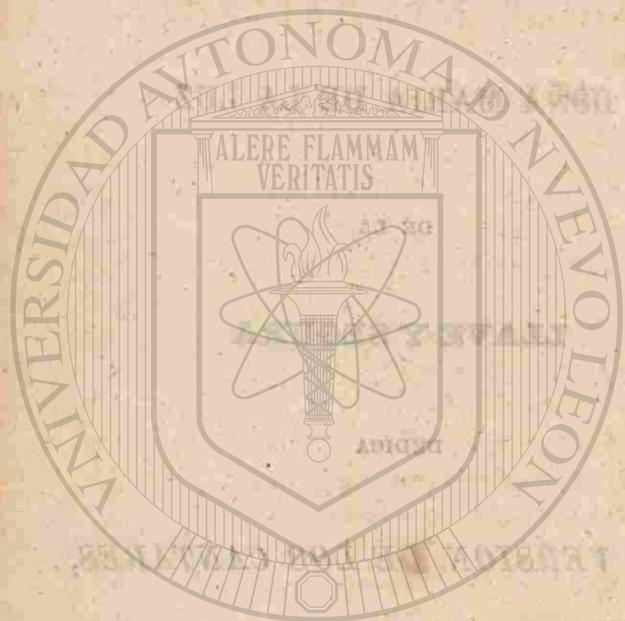
ESPOSA.

Un ósculo sagrado  
 Reciba de tu labio cariñoso,  
 ¡Esposo idolatrado!  
 Tu pecho enamorado  
 Es mas dulce que el vino generoso.

No en balde las doncellas,  
 Llevadas del aroma de tu fama,  
 Van pisando tus huellas,  
 Heridas todas ellas  
 Del fuego celestial que las inflama.

Es tu nombre divino  
 Perfume derramado y oloroso,  
 Que llama de continuo  
 A un felice destino,  
 Al coro de las vírgenes dichoso.

El coro concertado  
 A mi rey ensalzaba en el banquete,  
 Él me sentó á su lado,  
 Luego lleno de agrado  
 Me llevó á lo interior de su retrete.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Aunque me veis morena,  
 Doncellas de Solima, soy hermosa,  
 Toda de beldad llena:  
 Mi esposo se enagena  
 Contemplando mi faz pura y graciosa.

Morena cual las pieles  
 Soy, que al Alarbe sirven de cortinas:  
 Bella, cual los doseles,  
 Que en sus frescos vergeles  
 Tiene el rey de brocado y telas finas.

A causa de una riña  
 Que mis hermanos entre sí tuvieron,  
 Siendo yo tierna niña,  
 A guardar una viña  
 En medio de los campos me pusieron.

Guardé el viñedo ageno,  
 Sin cuidar, simplecilla, mi hermosura:  
 El sol me hirió de lleno,  
 Y el viento y el sereno  
 Quemaron de mi rostro la blancura.

Dime, esposo querido,  
 ¿Do abrevas tus ganados? ¿do sesteas?  
 ¿Con otros confundido  
 Vagas por el egido?  
 ¡Haz que al punto te mire, y que me veas!

ESPOSO.

A mis oídos vino  
 La seductora voz de tus amores  
 Y tu canto divino:  
 Sal, esposa, al camino,  
 Y sigue mis rebaños y pastores.

Y con ellos agrega  
 Tus ovejas y tiernos recentales,  
 Y á mi cabaña llega  
 Asentada en la vega,  
 Donde brotan los puros manantiales.

Lozana eres y activa,  
 Y como becerrilla juguetona  
 Eres hermosa y viva,  
 Los ánimos cautiva  
 La gracia y esbeltez de tu persona.

De blanda tortolilla  
 Tímida y querellosa, es tu semblante.  
 ¡Cómo en tu cuello brilla  
 Preciosa gargantilla  
 De plata y oro y piedras relumbrante.

ESPOSA.

Recostado en su asiento  
 Estuvo el rey con pláticas sabrosas;  
 Llena yo de contento  
 Derramé por el viento  
 Mis perfumes de nardos y de rosas.

Cual racimo florido  
 De las viñas de Engadi, es mi adorado:  
 Haccito escogido  
 De perfume subido,  
 Que mantengo en mi pecho reclinado.

ESPOSO.

Cuando tu rostro asoma  
 ¡Cómo brilla con fúlgidos destellos!  
 ¡Es tu aliento un aroma!  
 ¡Dulces cual de paloma  
 Son tus ojos clarísimos y bellos!

ESPOSA.

Tú si, dulce amor mio,  
Que traspasas á todos en belleza  
Y en apostura y brio:  
De gracia y gentileza  
Te dotó la feliz naturaleza.

LOS DOS

De flores es nuestro lecho  
Cubierto de fresca sombra,  
Sobre la pintada alfombra  
Del césped de este vergel.  
En él servirán de techo  
Los altos cedros frondosos,  
Los pinos siempre vistosos  
Y los ramos de laurel.

*(Vanse.)*

II.

ESPOSO. ESPOSA. CORO DE DONCELLAS.

ESPOSA.

Flor en el campo, lirio en las praderas,  
Eres en hermosura.

ESPOSO.

Mi amada entre sus caras compañeras  
Es entre espinas azuzena pura.

ESPOSA.

El manzano sus ramos hojarosos  
Alza en el bosque umbrio;  
Así entre los mancebos mas hermosos  
Descuella y sube el adorado mio.

¡Quién sus frutos dulcísimos gustara,  
Y á su sombra durmiera!  
¡Con qué gozo al descanso me entregara!  
¡Con qué placer sus dones admitiera!

¡Quién me diera pasar de estos jardines,  
Y bosques y praderas,  
Al salon do celebra sus festines  
Filiada por amor en sus banderas!

Confortadme con aguas olorosas  
Y frutos escogidos,  
Que abrasada de llamas amorosas  
Desfallecen del todo mis sentidos.

Acude á socorrer tu esposa amada,  
Esposo, con presteza,  
A tu derecha mano esté apoyada,  
Y sostén con la izquierda mi cabeza.

*(Cae desvanecida.)*

ESPOSO.

*(Canta á lo léjos.)*

Vosotras, que en las llanuras,  
En los bosques y praderas  
Seguis la caza ligeras,  
Hijas de Jerusalem:  
No interrumpais las dulzuras  
Con que nos brinda el reposo,  
Hora que en sueño amoroso  
Yace mi adorado bien.

*(Retírase.)*

ESPOSA.

*(Despues de un intervalo.)*

La voz de mi amado  
En sueños oí....  
Por montes y oteros

Miradle venir,  
Cual corzo ligero  
Saltando gentil.

Ya llega y se para  
Detras del jardin:  
Ventanas y rejas  
Atisba de allí:  
Silencio, que canta....  
Doncellas, oid....

ALERE FLAMMAM  
VERITATIS ESPOSO.

(Detras del Jardin.)

Levántate y goza  
Del tiempo feliz:  
Partamos al campo,  
Que es dulce partir:  
¡Hermosa paloma!  
Esposa gentil!

Horrores de invierno  
Fugaces huid,  
Oscuros nublados  
Del campo partid,  
Que quiere á la vega  
Mi esposa salir.

La higuera sus frutos  
Arroja de sí,  
Las viñas se adorman  
Con rubio carmin,  
Sus dones preciosos  
Ofrecen á tí.

Hermosa paloma,  
Gala del pensil,  
Que del hueco muro  
Do vaste á encubrir,  
Tus arrullos blandos  
Dejas percibir:

Tu rostro amoroso  
No ocultes de mí:  
Permite que escuche  
Tu dulce gemir:  
¡Véante mis ojos,  
Esposa gentil!

Vosotros, amigos,  
Que al campo venis,  
Cazad las raposas  
Que talan la vid,  
Y goce sus frutos  
Mi esposa gentil.

ESPOSA.

Yo soy de mi amado,  
Mi amado de mí;  
Oculto entre flores  
Le miré dormir,  
A par del ganado  
Que lleva tras sí.

El sol refulgente  
Bajó del zenit,  
Las sombras del monte  
Ya llegan aquí,  
Respiran las auras  
Con soplo sutil.

Los ciervos ligeros  
Que en Béter yo ví  
Por tajos y peñas  
Veloces huir,  
No igualan tu gala,  
Esposo gentil.

(Vase el esposo.)

ESPOSA.

*(Hablando con el coro de doncellas.)*

De aqueste breve rato en que dormia,  
Referiré á mis caras compañeras  
El sueño que ocupó mi fantasía.

Llena de mil memorias lisongeras,  
Parecía que en mi estancia yo pasaba  
Las horas de la noche placenteras:

Cuando me figuré que despertaba,  
Y que en el mismo punto, de mi lecho  
Mi esposo de repente me faltaba.

En amorosas lágrimas deshecho  
Late mi corazón, clamando en vano  
Al que mantengo en lo íntimo del pecho.

Al sosiego y reposo doy de mano,  
Y por calles y plazas, mi querido  
Salgo buscando con ardor insano.

En vano fué mi anhelo y mi gemido,  
Que mientras mas la sigo, mas se aleja  
La dulce sombra de mi bien perdido.

Manifestando voy mi ardiente queja  
Con suspiros y lágrimas copiosas,  
Agitada del ansia que me aqueja.

Al escuchar mis voces dolorosas,  
Las patrullas que rondan en las puertas  
Salieron á encontrarme presurosas.

“Vosotras que contino estais despiertas,  
Dijeles ¿encontrásteis á mi amado?  
Dadme si saleis de él noticias ciertas.”

Apenas de allí me hube separado,  
Cuando hallo al que buscaba el alma mia,  
Al que tanto mis ojos han llorado.

Colgada de su cuello le decia:  
“No te dejaré mas desde este instante:  
A tu lado estaré de noche y dia:

A tu lado estaré firme y constante:  
A mi casa vendrás, y siempre unidos  
Yo tu amada seré, serás mi amante....”

ESPOSO.

*(La interrumpe cantando.)*

Vosotras, que en las llanuras,  
En los montes y praderas  
Seguis la caza ligeras,  
Hijas de Jerusalem:  
No interrumpais las dulzuras  
Con que nos brinda el reposo,  
Hora que en sueño amoroso  
Yace mi adorado bien.

*(Vanse.)*

III.

ESPOSO. ESPOSA. CORO DE MANCEBOS.

CORO DE MANCEBOS.

*Voz primera.*

¿Quién es aquella hermosa,  
Que del desierto viene,  
Como nube cargada  
De inciensos y pebetes?

¿Quién es la que camina  
Tan galana y alegre,  
Semejante á la palma,  
Que en el aire se mueve?

*Voz segunda.*

Mirad el rico lecho,  
Que el esposo previene  
A su querida esposa  
En su regio retrete:  
Sesenta caballeros  
Resueltos y valientes,  
De los mas esforzados  
Que en su palacio tiene,  
Todos de acero armados,  
Cual diestros combatientes,  
Con la espada á la cinta  
Le hacen la guardia siempre,  
Disipando temores  
Nocturnos, que la ofenden.

*Voz tercera.*

El lecho está formado  
De cedros y cipreses,  
Con pilares de plata  
Nielados y esplendentes,  
Y de oro acrisolado  
Basas y capiteles:  
El pabellon de Tyro  
En torno resplandece,  
Y el techo y los costados  
Magestad defiende.  
Brocados esquisitos  
Por dentro lo guarnecen,  
Y telas delicadas,  
Que de oro y sirgo tegan

Las vírgenes hermosas,  
Con quienes noblemente  
Solima celebrada  
Se ufana y envanece.

*Todo el coro.*

Doncellas de Solima,  
Dejad vuestros retretes,  
Y en ordenados coros  
Hoy recibid alegres  
Al príncipe, que en triunfo  
A su palacio viene.  
Una corona de oro  
Le ciñe entrambas sienas,  
Corona que su madre  
Amante le previene,  
Y con ella en sus bodas  
Lo ensalza y enaltece.

ESPOSO.

¡Qué hermosa eres en todo, amiga mia!  
¡Que graciosa en tu talle y apostura!  
¡Qué vivos, qué brillantes  
Tus ojos rutilantes!

Entre el velo sutil, que de tu frente  
Se desprende, cubriendo tu semblante,  
Lanzan tus luces bellas  
De amor claras centellas.

No es tan blando el profundo vellocino  
De los rebaños del Galad selvoso,  
Que lo es sobremanera  
Tu lengua cabellera.

Salen del lavadero las ovejas  
Blancas como la leche, acompañadas  
Por floridos oteros  
De mellizos corderos:

Y al albor de sus cándidos vellones  
Adornados con bella simetría,  
Sobrepuja en blancura  
Tu limpia dentadura.

Si hablas tu dulce y amoroso acento  
Suspende el alma, y roba los sentidos:  
Tu boca soberana  
Es cual cinta de grana.

Como la flor vistosa del granado  
Se muestra y luce entre las ramas verdes,  
Así entre el velo brilla  
Tu rosada megilla.

Se alza la torre de David, ornada  
Con escudos y arneses de valientes,  
Y mas enhiesto y bello  
Se levanta tu cuello.

Son tus pechos turgentes y elevados  
Cual corcillos lozanos y mellizos,  
Que en praderas amenas  
Pacén entre azucenas.

Luego que el sol mitigue sus ardores  
Y se estienda la sombra, iré á buscarte  
Por ese valle estenso  
Al Monte del Incienso.

Toda tú eres hermosa, prenda mia:  
Hermosa por estremo y agraciada:  
Bella como la luna,  
Pero sin mancha alguna.

Del Líbano descende, amada esposa;  
Desciende á mi morada, donde quiero  
Ceñir con la diadema  
Esa frente suprema.

De la cima de Amána y de las cumbres  
Del Sanír y del Hérmon elevado,  
Do tienen escondidas  
Las fieras sus guaridas:

Contemplantas las vegas espaciosas,  
Los montes y los valles dilatados;  
Las regiones completas  
A tu imperio sujetas.

Mi corazón heriste, y lo enlazaste  
Como con una red, esposa mia,  
Con solo una mirada,  
Y una sola lazada.

¡Qué dulce, qué agradable es tu cariño!  
¡Mas dulce que los vinos generosos!  
Olores escogidos  
Ecsalan tus vestidos.

En tus labios se oculta miel sabrosa,  
Y perfumada leche grata y buena:  
Aromas donde quiera  
Derramas placentera.

Eres jardín cerrado y florecido,  
Eres fuente sellada, clara y pura,  
Y de candores llena  
Eres blanca azucena.

Eres como mi huerto donde crecen  
El ciprés gigantesco y el granado,  
Y ofrece por tributos  
El manzano sus frutos.

Do brinda el azafran, el cinamomo,  
Y el nardo, y otras plantas del Oriente,  
Y árboles infinitos  
Aromas esquisitos.

ESPOSA.

Fontana deliciosa,  
 Que riegas los jardines:  
 Arroyo que del Libano descendes,  
 Y por la vega hermosa,  
 Orlado de jazmines  
 Sonando pasas y tu curso estiendes:  
 Sombra que el sol defiendes,  
 Viento, que entre las flores  
 Soplas del medio dia:  
 Aura del norte fria,  
 Que en torno vuelas derramando olores;  
 Doblád vuestra hermosura,  
 Que ya vino mi gloria y mi ventura.  
 Yenga mi esposo amado  
 Y llegue al huerto ameno  
 A gozar de sus frutos escogidos:  
 El suelo entapizado,  
 El ambiente sereno,  
 Las ramas y los árboles floridos  
 Deleiten sus sentidos.

ESPOSO.

Ya me tienes presente,  
 Hermana, esposa mia,  
 Goce la vista mia  
 De tu vista amorosa y refulgente,  
 Y entre castas delicias  
 Merezca tus purísimas caricias.  
 Amados compañeros,  
 Gozad los tiernos frutos,  
 Que en este huerto preparó mi esposa:  
 Estos son los primeros  
 Dulcísimos tributos,  
 Que ya del año la estación hermosa  
 Nos ofrece abundosa.

Venid enhorabuena,  
 Comed, amigos caros,  
 Bebed hasta saciaros:  
 De miel y leche se nos muestra llena  
 La mesa, y á porfia  
 Nos brinda mirra, vino y ambrosia.

IV.

ESPOSA. CORO DE DONCELLAS.

ESPOSA.

Lo que antes la fantasía  
 Con vanas sombras pintó,  
 La suerte lo realizó  
 Ya para desgracia mia.  
 En mi lecho descansaba  
 Toda embargada del sueño,  
 Cuando pensando en mi dueño  
 Solo el corazón velaba.

Entonces á mis oídos  
 Su mágica voz llegó,  
 Y al corazón penetró  
 Robándome los sentidos.

“Vengo á darte la alborada,  
 Dijo, transido de frío,  
 Y de abundante rocío  
 Con la cabeza empapada.”

“Abreme, paloma mia,  
 Mas acendrada que el oro,  
 Hermana, amiga que adoro,  
 Abre, que ya viene el dia.”

Díjeme, si no ha un instante  
Que me desnudé el vestido,  
¿Cómo pretendes, querido,  
Que del lecho me levante?

Cuando me entré à reposar  
Sabes que mis piés lavé:  
¿Cómo quieres hora, que  
Salga y los vuelva á ensuciar?

Sueño en tanto; mas despierta  
Oigo que mi dulce amigo,  
Llega la mano al postigo,  
Y pretende abrir la puerta.

Al ruido que causó  
Sentí impresiones estrañas,  
Se movieron mis entrañas,  
Y el corazón palpitó.

Salto del lecho ligera,  
Cíñome la vestidura,  
Esencias y mirra pura  
Voy vertiendo en mi carrera.

Alzo la aldaba à la puerta  
Para que pase mi amado,  
Mas ¡ay! habíase alejado  
Y ya la encontré desierta.

En dura pena batallo,  
Páreceme oír su voz,  
Sigo sus pasos veloz,  
Y en ninguna parte le hallo.

Llámele, no me responde:  
En vano busco á quien amo:  
Silencioso á mi reclamo,  
No sé en que parte se esconde.

Encontré con los soldados  
Que rondan calles y muros,  
Y sordos á mis conjuros  
Me atropellaron osados.

Mi velo me arrebataron  
Llenándome de denuestos,  
Y al retirarse á sus puestos  
Me hirieron y lastimaron.

Hijas de Jerusalem,  
De pesares desfallezco:  
Si compasion os merezco  
Id á anunciarlo á mi bien.

## CORO DE DONCELLAS.

¿Qué tienes, esposa,  
Divina y hermosa,  
Que llenas los vientos  
De tiernos acentos,  
Desalada y tímida  
Buscando tu bien?

¿Qué hay en ese esposo  
Galan y dichoso,  
Que tanto le quieres,  
Y así lo prefieres?  
¿Por qué tan solícita  
Preguntas por él?

## -ESPOSA.

• ¿Sabeis quién es mi amado?  
Es blanco, rubicundo, y escogido  
Entre la juventud del pueblo amado.  
Su mitra de oro deja desprendido  
Cual renuevos de palma su cabello,  
Que baja en crespas ondas por el cuello.

Su luenga cabellera  
 (Cual plumage de cuervo) negra, oscura,  
 Hace sombra á su cara placentera.  
 La tímida paloma en la espesura,  
 Cabe las muchas aguas transparentes,  
 Envidiara sus ojos refulgentes.

Son sus frescas megillas  
 Un vistoso jardín de lindas flores,  
 Plantado de un arroyo á las orillas  
 Por la mano de diestros labradores;  
 Y nacen de sus labios encendidos  
 Olores, que enagenan los sentidos.

Ornan sus lindas manos  
 Anillos de esmeraldas; y distintos  
 Su peto y cinturon lleva adornados  
 Uno con perlas y otro con jacintos:  
 Calzada lleva por mayor decoro  
 Su planta de marfil sandalia de oro.

Su aspecto magestoso  
 Es cual cedro bellissimo y subido  
 Que descuella en el Líbano espacioso:  
 Es su acento dulcísimo al oído:  
 Tal es el caro amante á quien yo quiero,  
 Tal es el dulce esposo por quien muero.

## CORO DE DONCELLAS.

Dí ¿por qué rumbo  
 Partió tu amado?  
 De tí alejado  
 ¿Dónde se fue?  
 Contigo irémos  
 ¡O linda esposa!  
 Sin par hermosa,  
 Bella muger.

V.

ESPOSO. ESPOSA. CORO DE MANCEBOS.

CORO DE DONCELLAS.

ESPOSA.

¡Ay! venga mi amado  
 Al plantel ameno,  
 De frutales lleno,  
 De fuentes regado.

¡Hermosos jardines  
 De tempranas flores,  
 Do esparcen olores  
 Rosas y jazmines!

Yo soy de mi amado  
 Mi amado de mí:  
 Oculto le ví  
 Detras del cercado.

Eran azuzenas  
 De su frente adorno,  
 Soplaban en torno  
 Las auras serenas.

ESPOSO.

¿Qué dices, esposa,  
 Mas linda, mas bella,  
 Que súlgida estrella,  
 Que pintada rosa?

La escelsa Solima,  
 Ciudad consagrada,  
 No es tan celebrada,  
 Ni de tanta estima,

Como tú, que luces  
Cual signo celeste:  
El cielo te preste  
Sus eternas luces.

## CORO DE MANCEBOS.

Escuadron compuesto  
De bravos guerreros,  
Armado de aceros  
Y en batalla puesto,  
No causa arrogante  
Tan terrible efecto,  
Como el noble aspecto  
De la esposa amante.

## ESPOSO.

Aparta esos ojos  
Que roban los míos:  
Mis fuerzas y bríos  
Fueron tus despojos.

## CORO DE MANCEBOS.

Los vellones blondos,  
Que muestran las cabras  
De Galad, entre abras  
Y montes redondos,  
Nunca son tan bellos,  
Nunca tan vistosos,  
Como tus hermosos  
Y luengos cabellos.

## CORO DE DONCELLAS.

De blancas ovejas  
Cándido rebaño,  
Saliendo del baño  
Limpias y parejas.

Se estienden, pastando  
Campos no marchitos,  
Y sus corderitos  
Las siguen balando.

Su lana luciente  
No llega en blancura  
A tu dentadura  
Limpia y refulgente.

## ESPOSO.

De gasas velada  
Cual lucero brillas,  
Lucen tus megillas  
Como una granada.

## CORO DE MANCEBOS.

Hay en el jardín  
Princesas sesenta,  
Señoras ochenta,  
Doncellas sin fin....

## ESPOSO.

Y entre todas, una  
Que mi esposa llamo,  
La que adoro y amo  
Cual otra ninguna.

Doncella escogida,  
Virgen singular,  
Te tengo de amar  
Por toda la vida.

## CORO DE DONCELLAS.

De tu madre fuiste  
Cariñoso empleo:  
Reina del deseo,  
¿Qué no mereciste?

## CORO DE MANCEBOS.

En amor inflamas  
 Con tus luces bellas  
 Reinas y doncellas,  
 Princesas y damas.

Luego que te vieron  
 Feliz te llamaron,  
 Reina te aclamaron,  
 Parias te rindieron.

## CORO DE DONCELLAS.

¡Cielos! ¿quién esta  
 Niña soberana?  
 Corazones gana  
 Con risa modesta.

Como luna, bella,  
 Clara como aurora,  
 Como sol que dora  
 Los cielos, es ella.

## CORO DE MANCEBOS.

Y tambien terrible  
 Cual falange fuerte,  
 Que la misma muerte  
 Desprecia invencible.

## ESPOSO.

Descendí á mi huerto  
 De verdes nogales,  
 Por ver los frutales  
 Bajo el cielo abierto;

Y ver si brindaba  
 La vid sus tributos,  
 Si sus rojos frutos  
 Los granados daban;

Y entónces te ví,  
 Te seguí abrasado,  
 Absorto, agitado,  
 Y fuera de mí;

No de otra manera  
 Que en veloce carro  
 Vencedor bizarro  
 Vuela en la carrera.

## TODOS.

Vuelve, vuelve, princesa escogida,  
 A los brazos del rey que te adora,  
 Y concede á nosotros, señora,  
 Admirar tu virtud y beldad.  
 Esto piden con voto ferviente,  
 Al compas de instrumentos sonoros,  
 Entre acento de aplauso, los coros;  
 Esto el pueblo feliz de Judá.

## VI.

## ESPOSO. ESPOSA.

## ESPOSO.

¡Con qué elegancia caminas,  
 Oh princesa! Tu calzado  
 Por mano diestra formado  
 ¡Qué bien tu planta ciñó!  
 Al mirar con ojo absorto  
 De tu breve pié las huellas,  
 Siento en mi pecho con ellas  
 Los progresos del amor.

Anillo bien trabajado  
 Tu esbelta cintura enlaza,  
 Torneado como taza  
 Que encierra grato licor.  
 Origen de alta progenie  
 Tu seno casto y rotundo  
 Será, cual trigo fecundo,  
 Como azucena en candor.

Tus pechos, cual cervatillos,  
 Abultan tu seno bello,  
 Y se levanta tu cuello  
 Como torre de marfil.  
 El Líbano, si se mira  
 Frente á Damasco, no iguala  
 En su simétrica gala  
 Tu bien formada nariz.

Brillan tus ojos divinos  
 Como estanques transparentes,  
 Frecuentados de las gentes  
 A las puertas de Hesebon;  
 Y tu cabeza adornada  
 Ya con el purpúreo velo,  
 Es bella como el Carmelo,  
 Que al cielo su frente alzó.

Con tu gracia y donosura,  
 Princesa, robas el alma:  
 Airoso como la palma,  
 Mueves el talle gentil.  
 Son tus pechos, cual racimos  
 Que de ella penden airosos,  
 Y tus cabellos hermosos  
 Flotan al aire sutil.

Gozaré de amor los frutos  
 En tu seno reclinado,  
 Es tu amor mas estimado  
 Que el racimo de la vid.  
 Viertes néctar de tu boca,  
 Tu rostro el carmin inflama,  
 Y tu garganta derrama  
 Olores de mil en mil.

ESPOSA.

Tiempo es, querido esposo, que partamos  
 A do nos brinda amor bienes supremos:  
 Nuevo amante y amada allí serémos:  
 Pues aplacen los campos á do vamos,  
 Los campos habitemos.

Saliendo á la campaña con la aurora  
 Mirarémos las viñas florecientes,  
 Los granados vistosos y esplendentes,  
 La turba de los pájaros canora,  
 Y las risueñas fuentes.

Las mandrágoras llenan de fragancia  
 Los floridos vergeles que visitas,  
 Brotan los campos plantas infinitas,  
 Y los árboles dan con abundancia  
 Sus frutas esquisitas.

Nuevas y añejas frutas he guardado  
 Para darlas á tí, dulce bien mio:  
 A solas quiero hablarte; el bosque umbrío  
 Mi confidente ha sido, y mi cuidado  
 A su silencio fio.

ESPOSO. ESPOSA. CORO DE DONCELLAS.

ESPOSA.

¡Quién me diera, hermano mio,  
Que fueras un niño tierno,  
A quien su madre amamanta  
Y le mantiene en su seno!

Para tomarte en mis brazos,  
Para llenarte de besos,  
Sin que los ojos curiosos  
Se lastimaran de verlo.

Al encontrarte en la calle  
Te recostára en mi pecho,  
Sin temer los desacatos  
Del labio del vulgo necio.

¡Con qué gusto te llevara  
Allá á mi pajizo techo,  
En donde mora mi madre  
Y donde viven mis deudos!

Allí entre castas delicias  
Pasára contigo el tiempo,  
Y tus recientes amores  
Fueran mi dulce embeleso.

A tu voluntad rendida  
Servirte fuera mi empleo:  
De un corazon que avasallas  
Fueras soberano dueño.

Proporcionára á tus gustos  
Mil inocentes recreos,  
Sirviéndote por mi mano  
Licores y vino nuevo.

Vino que de mis granados  
Hice el otoño postrero,  
Misturado con aromas  
Y con esencias compuesto.

Mas ¡ay! en vano imagino  
Que le miro y que le tengo:  
En el vago laberinto  
De mis ficciones me pierdo.

¡Qué mal del objeto que amo  
La dura ausencia tolero!  
¡Qué lentas corren las horas!  
¡Qué de zozobras padezco!

Vuelve otra vez á mis brazos;  
Compadécete á lo menos:  
Atiende que soy tu esposa  
Y como amante te ruego.

Sobre tu diestra apoyada  
Permíteme estar al menos,  
Y con tu izquierda soporta  
Mi frente, que desfallezco.

(Cae desvanecida en brazos del esposo.)

ESPOSO.

¡Oh de Solima,  
Virgenes bellas,  
Tiernas doncellas  
Que andais aquí:

No con murmullo  
Turbeis el sueño,  
Mientras mi dueño  
Quiera dormir.

## CORO DE DONCELLAS.

*Voz primera.*

¿Quién es aquella  
Que aromas vierte,  
Y del remoto  
Desierto viene?

*Voz segunda.*

Llena de gozo  
De amores muere,  
Y entre delicias  
Ya desfallece.

*Todo el coro.*

La frente inclina  
Lánguidamente  
Sobre su amado  
Que la sostiene.

*(Vase el coro.)*

ESPOSO.

*(A la esposa que vuelve en sí.)*

Debajo de este manzano,  
A cuya sombra descansas,  
Naciste tú, hermana mía,  
Tan hermosa como el alba.

Desde entónçes á mis ojos  
Fuiste la prenda mas cara,  
Pues que creciste en virtudes,  
Y en hermosura y en gala.

Ponme á tu pecho por sello  
Y á tu derecha por marca,  
Mira que amor es potente  
Mas que la muerte inhumana.

Implacables son los zelos  
Cual del abismo las llamas,  
Lámparas inestinguibles,  
Que cuanto tocan abrasan.

Las corrientes de los rios,  
Del mar las profundas aguas,  
Jamás el amor destruyen,  
Ni sus ardores apagan.

Si el hombre da en recompensa  
De la prenda que mas ama  
Sus mas preciados tesoros,  
Lo reputará por nada.

ESPOSA.

Ya que en tí, querido esposo,  
Hallo mi dicha colmada,  
Permíteme te suplique  
Mires por mí tierna hermana.

Ella es niña todavía,  
Y sus formas delicadas  
Apenas se desenvuelven  
En su hermosura y sus gracias;

Y su virtud es tan firme  
Como un palacio de plata,  
Cuyas puertas son de cedro  
Y defienden las entradas.

ESPOSO.

Si es mi pecho firme escudo,  
Y mis brazos son muralla  
Con que á tí, querida esposa,  
Te preservo de asechanzas;

Yo tambien seré defensa  
Y refugio de tu hermana,  
Pues me place ver cumplida  
La felicidad de entrambas.

Tengo cerca de Solima  
Una viña bien lograda,  
La que diestros viñadores  
Constantes cuidan y labran.

Por premio de sus servicios  
Se las entregué arrendada,  
Y cada uno por sus frutos  
Me da mil siclos de plata.

Aunque yo conservo de ella  
La propiedad que gozaba,  
Te concedo sus productos:  
En ella dispon y manda.

ESPOSA.

Tú me colmas de finezas,  
Adorado esposo; basta:  
Los amigos que vinieron  
Contigo, inquietos te aguardan.

Vete breve, amado mio;  
Vete breve, y los alcanza,  
Cual corcillo que atraviesa  
Por la florida montaña.

Vete, y á mis brazos vuelve  
Despues, tranquilo y en calma;  
Vuelve á inundar de delicias  
Al pecho que te idolatra.

## JESUS

CON LA CRUZ A CUESTAS.

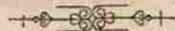


EL Hijo del Inmenso, el Infinito,  
Sale ya, de su Padre abandonado,  
Hacia el Calvario, con la cruz cargado,  
Gimiendo bajo el peso del delito.

Desde la eternidad estaba escrito—  
Muera el justo, libérese el culpado;  
Sea inocente Jesus sacrificado,  
Y alcance redencion Adan proscrito.

¿Qué te espera, Señor, sobre esa altura?  
Los clavos y la muerte tormentosa,  
La bebida de hiel y de amargura:

De tu Madre la vista lastimosa:  
La ingratitud del hombre.—;Y aun procura  
Llegar allí tu planta presurosa?



EN LA MUERTE

## DEL REDENTOR.

ALERE FLAMMAM  
VERITATIS  
(Imitación de Onofre Minzoni.)

CUANDO Jesus en su última agonía  
Conmovió de la tierra el fundamento,  
De su ignorada tumba soñoliento  
Entre sombras y horror Adán salía:

Alzado en pié, los ojos revolvia  
Lleno de admiracion y sin aliento,  
Preguntando ¿quién era el que sangriento  
Del árbol de la cruz así pendía?

Cuando lo supo, su cabello cano  
Arranca, y llanto de amargura vierte:  
Ultraja el rostro con su yerta mano:

A su muger clamando se convierte  
Con voz, que el monte ensordeció y el llano—  
¡Yo por tí he dado á mi Señor la muerte!

## A LA SANTA CRUZ.

SALVE, sagrada Cruz, firme confianza  
Del que vive espatriado en este suelo:  
De mi llagado corazon consuelo.  
Dulce objeto de amor, dulce esperanza:

Tú me guardas de la ira y la venganza  
Del Señor, que fulmina desde el cielo;  
Y apareciendo en el etéreo velo  
Eres seña de paz y de bonanza.

¡Ah! ¡cuál fuera sin tí la suerte mía!  
Lanzado á las tinieblas exteriores  
Nunca gozara de la gloria un día.

Oprimido de culpas y de errores  
Alcánzame piedad, y en mi agonía  
Cúbreme con tus brazos protectores.

## AL MISMO ASUNTO.

MISTERIO de la Cruz incomprensible:  
 Desprecio del gentil vano, orgulloso:  
 Escándalo al judío presuntoso;  
 Y del cristiano fiel signo visible:

Del que mora en la luz inaccesible  
 Hombre Dios, suplicio doloroso:  
 El serafin te adora silencioso:  
 Tiembla de tí Satan aborrecible.

Tú descubres verdades peregrinas  
 Al que humilde, de tí vive abrazado,  
 Y al empíreo segura lo encaminas.

Confie en sus victorias denodado  
 El guerrero, y el sábio en sus doctrinas:  
 Nosotros, en Jesus crucificado.

## DIOS.

AL SR. D. JOSE MARIA TORNEL.

(Traduccion de La-Martine.)

DEJANDO en este suelo la morada  
 De los torpes sentidos,  
 Y el peso de cadenas y dolores,  
 El alma sublimada  
 Vaga por otros mundos escogidos,  
 Llenos de inteligencias superiores:  
 Mirando con desden el bajo mundo,  
 Sin que la ciña término prescrito,  
 Vuela con libertad á lo infinito  
 Por el éter profundo.

Mi pensamiento atónito se embebe  
 Cual gota en el océano cristalino:  
 Audaz entónces á marcar se atreve  
 Al tiempo su camino.

Con escelso destino  
 La estension atraviesa del espacio:  
 Llegá á la inmensidad, pasa animoso  
 El abismo insondable y tenebroso,  
 Y abarcando en un punto la eesistencia,  
 Goza de Dios la inconcebible esencia.  
 Pero luego en mis labios desfallece  
 La palabra, si aspiro  
 A espresar lo que miro:

Mi lengua se entorpece  
Prorumpiendo en sonidos, que en el viento  
Pintan el pensamiento.

Un idioma fué al hombre concedido,  
Que vuela y se difunde,  
Y muere con la edad ó se confunde,  
A sus necesidades reducido.  
Otro hay sublime, universal, estenso,  
Lenguaje de la ciencia,  
Privativo de toda inteligencia.  
No es un sonido muerto, que circula  
Y lángido modula:  
Sino palabra viva y abrasada  
Que suena al corazón, y con la mente  
Habla, razona, y la verdad traslada.  
Por medio de suspiros y de ardores  
Mueve, ilumina, y respirando fuego  
Prorumpen en dulce ruego,  
Que conocen los tiernos amadores.

Ya no es en vano el tímido suspiro  
Con que mi pecho sus deseos ecshala:  
El entusiasmo santo me señala  
La celeste region á donde aspiro.

Su antorcha alumbra y guía  
Mi planta incierta en el caos profundo,  
Y en la region vacía  
Mejor que la razon me esplica el mundo.  
¡Ven, pues! y con vuelo arrebatado  
En sus alas de fuego y lumbré viva  
Dejemos olvidado

Este globo, en tinieblas sepultado:  
Y salvando los tiempos y el espacio  
Frente de la verdad clara y activa,  
Toquemos allá arriba  
El órden eternal con mas despacio.

Ese astro universal, que no declina,  
Sin noche y sin aurora,  
Es Dios á quien adora  
Naturaleza toda y se le inclina.  
En sí contiene el tiempo presuroso:  
Muda la inmensidad y la limita:  
En el espacio tiene su morada:  
Es á sus ojos nada  
La série de los siglos infinita.  
Él produce la luz de una mirada:  
El mundo es su retrato portentoso:  
Todo, á su sombra próspero subsiste:  
De su seno dimana cuanto ecsiste,  
Como blanca corriente  
Que en él tiene su origen y su fuente.

Sus prodigios sin término nos dicen  
Al nacer, que sus manos los producen:  
Respira, y sus hechuras le bendicen:  
Quiere, y sus obras por dó quier relucen:  
Su ser, es producir: consigo solo,  
Del uno al otro polo,  
A todo presta vida y movimiento:  
*El es la inteligencia que mensura  
La duración de todo á su talento;*  
Pero su voluntad fuerte, ordenada,  
Envuelve en sí equidad, sabiduría,  
A todo lo posible acomodada,  
De tal modo templada  
Que de la nada al ser sus pasos guía.  
Inteligencia, amor, vida, hermosura,  
Juventud y placeres,  
Sin tasa puede dar á la criatura:  
Da formas á la nada y la engalana,  
Y á la clase mortal de nuestros séres  
Convierte en una estirpe soberana:

La eleva disipando su ignorancia,  
La comunica fuego, esfuerzo y brío,  
Y hace resplandecer sin disonancia  
Su escelso señorío.

Este es el Dios á quien el orbe adora,  
A quien Abram servia,  
Veneraban Pitágoras y Sócrates,  
Y Platon entrevia.

Su Verbo le anunció sobre la tierra:  
Del justo es el apoyo y la confianza,  
Es del pobre esperanza;  
La razon de por sí nos le revela.  
No es el Dios del error y la impostura:  
No es Dios por mano de hombre fabricado,  
Con que engañar procura  
El falso sacerdote alucinado  
Al pueblo seducido:  
Es sábio, esclarecido,  
Eterno, único, solo, justo, bueno,  
Del cielo conocido,  
Señor del universo y Dios del trueno.

¡Feliz quien le conoce y quien le aprecia,  
Y mientras le desprecia  
El mundo corrompido,  
El, por la fe camina dirigido;  
Y á la luz de las lámparas sagradas  
Con que el cielo de noche se ilumina,  
Lleno de gratitud la frente inclina,  
Y con ardor intenso  
De su oracion ofrece el puro incienso!  
El alma por arreo  
Toma de arriba la virtud prestada  
Entónces, y en las alas del deseo  
Vuela, toda en ardores inflamada.

¡Quién viera en su inocencia  
Al hombre allá en los tiempos primitivos,  
En que hablaba con Dios, de su presencia  
Gozaba, y penetraba en sus caminos!  
¡Quién viera al mundo en su primera aurora!  
Naturaleza simple, encantadora,  
Alababa al Señor. Como diseño  
De su poder lucia,  
Marcada con el nombre de su dueño.  
Luego fué por los años olvidado,  
Y entre sombras y nieblas se oscurece:  
Pero él de nuevos rayos circundado  
Del hombre ante los ojos aparece.

Largo tiempo sus pasos dirigieras,  
Y cual hijo instruyeras,  
Mostrándote, Señor, fuerte y glorioso  
En la zarza de Oreb, so las encinas  
Del Mambré pavoroso,  
En los valles de Sénar, ó en las cimas  
Donde Moises hablaba  
Contigo, y tus preceptos promulgaba.  
De Abram la descendencia  
(Como primicia de la humana gente)  
Con maná mantuviste bondadoso  
Hablando con prodigios á su mente,  
Y mostrándote en todo poderoso;  
Y cuando torpe olvido  
Borraba de tus hechos la memoria,  
Tus nuncios á la tierra descendian  
Y tus altos portentos referian:  
Mas hora de tu gloria  
Los recuerdos huyeron  
O en la estension del tiempo se perdieron.  
Al mundo, por la edad envejecido  
Caduco y eclipsado,

Le dejaste de hablar. La mano lenta  
Del tiempo, borró todos tus vestigios,  
Y la duda se ostenta  
Entre tí colocada y tus prodigios.

El orbe envejecido  
No es trono á tu grandeza acomodado:

Tu nombre en el olvido

Se mira sepultado;

Y para conocerlo ya es preciso  
Volver atrás el curso de los días.

El ojo humano mirará indeciso

Las encumbradas vías

Del firmamento y sus eternos velos,

Sin conocer el brazo que dirige

Tantos lucientes soles en los cielos.

¿Quién su camino rige?

¿Dónde empieza su fúlgida carrera?

¿Es eterna ó lució por vez primera

Esa antorcha fecunda?

En vano en lo moral tu Providencia

Con ejemplos abunda,

Marcando en los sucesos tu existencia.

En vano como un juego, los imperios

Haces pasar á diferentes manos,

Que apelando al acaso, tus misterios

Desconocen los míseros humanos.

Acostumbrados á mirar tu gloria,

Y las grandes mudanzas de la suerte,

En olvido de muerte

Trocaron tu memoria.

Despiértanos, Señor, renueva el mundo:

Levántate, y dejando tu reposo,

Habla á la nada, donde mas fecundo

Saldrá á tu voz otro orbe portentoso.

A nuestros ojos da nuevos prestigios:

Obra nuevos prodigios:

Cambia el órden constante de esa esfera:

Otro sol luminoso

Sustituye al que hora reverbera:

Destruye este palacio ya ruinoso,

Indigno de tu gloria, y claramente

Manifiesta tu rostro, porque obligues

Al mundo á que te adore reverente.

Mas antes que en el cielo se oscurezca

El sol que hora relumbra,

Y del orbe la máquina perezca,

La fé que la alma alumbra

Tal vez á paso lento

Dejará de ilustrar el pensamiento;

Quedando todo el orbe desquiciado

En sempiterna noche sepultado.

## LA ORACION DE LA TARDE.

(Imitacion de La-Martine.)

En su carro de triunfo ya declina  
 El sol, cubierto de purpúreo velo,  
 Y con los rayos de su faz divina  
 Rompe el azul del apacible cielo:  
 A la sonora mar su frente inclina  
 Retirando sus luces de este suelo;  
 Y dorando las cumbres de los montes  
 Arde y camina á nuevos horizontes.

Entretanto la luna, adormecida,  
 En el Oriente su esplendor derrama,  
 Y cual lámpara de oro suspendida,  
 Con misteriosa luz brilla y se inflama:  
 La ropa de la noche desprendida  
 De cándidos luceros se recama:  
 Calla el mar, y los vientos enmudecen;  
 Los cielos y la tierra desfallecen.

Esta es la hora feliz en que natura,  
 Recogida un momento, á Dios presenta  
 La grata sombra de la noche oscura,  
 Y el tierno brillo que la aurora ostenta.  
 En silencio parece que procura,  
 Con esa indecision que representa,  
 Recordar aquella hora fortunada  
 En que se viò salida de la nada.

Esas llamas con órden repartidas,  
 Que brillan en la noche trasparente,  
 Son antorchas del templo, que encendidas  
 Arden á Dios con luz indeficiente.  
 Esas rosadas nubes, que impelidas  
 Se mueven de la Aurora al Occidente,  
 Rodando en torno del espacio inmenso,  
 Son de su trono celestial incienso.

¡Mas qué! Bajo esas bóvedas eternas  
 Alumbradas de espléndidos fanales  
 ¿No se oyen alabanzas sempiternas?  
 ¿No resuenan los himnos celestiales?  
 Supla mi débil voz á las alternas  
 Canciones de los coros inmortales;  
 Y prestándole vida á la natura,  
 A su Hacedor alabe la criatura.

En las alas del viento conducidas,  
 Y del fuego de ese astro alimentadas,  
 Irán mis oraciones, dirigidas  
 Al Eterno, en sus fúlgidas moradas.  
 El que oye las esferas, que movidas  
 Consueñan, en sus órbitas lanzadas,  
 También escuchará benigno luego  
 Mi ardorosa oración y puro ruego.

¡Salve, Dios poderoso, que fecundo  
 Llenas la inmensidad con tu presencia!  
 ¡Tú eres ordenador de aqueste mundo!  
 ¡Principio universal de la existencia!  
 Tuyo es el cielo, tuyo el caos profundo:  
 Alma, Padre, Criador de toda esencia:  
 Con todos estos nombres yo te adoro,  
 Y ante tus aras tu bondad imploro.

Con atónitos ojos miro escrito  
 En el cielo tu nombre refulgente,  
 Y en toda la creacion escucho el grito  
 Con que canta tu gloria reverente.  
 Dice el espacio, que eres infinito:  
 La tierra, que eres bueno y providente;  
 Los astros, mensageros de tu gloria,  
 Que eres Señor del trueno y la victoria.

Tus obras todas muestran tu hermosura  
 Y retratan tu faz como un espejo:  
 Belleza siempre nueva y siempre pura  
 De quien el mundo todo es un bosquejo.  
 Mi alma tambien en su mansion oscura  
 Es de tu imágen tímido reflejo:  
 Conozco en mí tus dones y tus frutos,  
 Y venero tus altos atributos.

No solo creo en tí, bondad suprema,  
 Sino que el pecho alienta tus amores,  
 Mi alma te busca, y en deseos se quema  
 De llegar á tus vivos resplandores.  
 Hora tocada de pasion estrema,  
 Como la esposa en tálamo de flores  
 Cuando siente abrasarse toda en fuego,  
 Alza á los cielos su lloroso ruego.

En tí siento, en tí pienso, en tí respiro:  
 Tu nombre ensalzará toda criatura:  
 Al traves de tus obras yo te miro,  
 En la tierra, el abismo y en la altura.  
 Por acercarme á tí, volé al retiro  
 Como el ave que vuela á la espesura,  
 Y contemplé tu luz divina y bella  
 Al ver salir la matutina estrella.

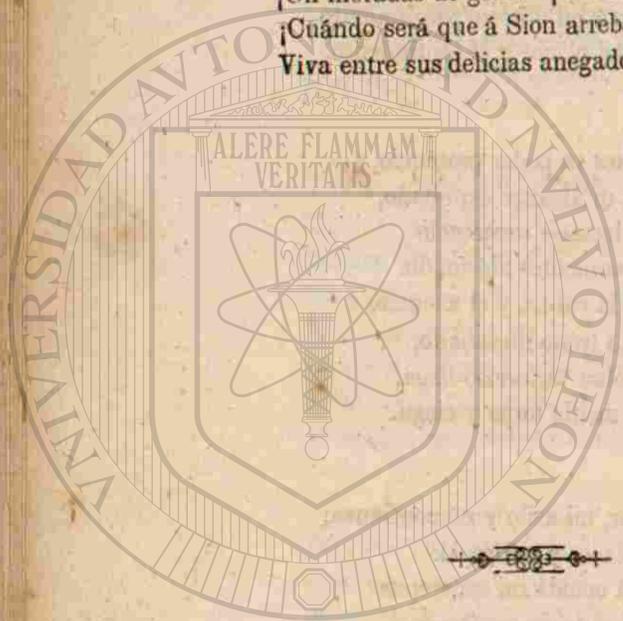
Cuando el sol, cual gigante luminoso,  
 Llenó de fuego la estension del cielo,  
 Sentí mi corazon, que fervoroso  
 Quiso volar á tí lleno de anhelo:  
 Tendió la noche el velo tenebroso,  
 Seguida de la paz y del consuelo,  
 Y has abierto á mi absorto pensamiento  
 Las fuentes del placer y el sentimiento.

En todas partes tu poder presencio,  
 Y mirando á tu alcázar estrellado,  
 Tus ocultos decretos reverencio  
 En altos pensamientos abismado.  
 En medio de la calma y el silencio,  
 Un rayo, de tu trono dimanado,  
 A mi alma pobre victorioso llega,  
 Ilustrando la mente torpe y ciega.

Tú eres, Señor, mi asilo y mi confianza,  
 Y mi único placer y refrigerio:  
 Sé que no está ceñida mi esperanza  
 A los dias de mi triste cautiverio.  
 Tu paternal cuidado á todo alcanza:  
 Todo lo abraza tu benigno imperio:  
 El alma, de tus labios inspirada,  
 Vivirá siempre en tu eternal morada.

En vano con espantos y temores  
 La vengadora muerte me acobarda,  
 Y el sepulcro voraz, lleno de horrores,  
 Los despojos del hombre, avaro aguarda:  
 Coronada de eternos resplandores  
 Mi alma saldrá de su prision, gallarda,  
 Y triunfante del bátrato profundo,  
 Volará libre en la estension del mundo.

Apresura, Señor, el día felice  
 En que libre de torpes ataduras,  
 Entre el coro inmortal que te bendice,  
 Pueda cantar tu gloria en las alturas.  
 ¡Oh día sin noche que la fé predice!  
 ¡Oh moradas de gozo! ¡Oh fuentes puras!  
 ¡Cuándo será que á Sion arrebatado,  
 Viva entre sus delicias anegado!



## LA LAMPARA DEL TEMPLO,

6

### EL ALMA A LA PRESENCIA DE DIOS

(Imitación de La-Martine.)

LAMPARA, que en el Santuario  
 Con llama remisa alumbras,  
 ¡Qué objeto ante los altares  
 Hace que así te consumas?

No es para marcar el vuelo  
 De la oracion que se encumbra,  
 Ni dar rayos al que reina  
 En trono de luces puras:

No para ilustrar del templo  
 Las altas naves confusas,  
 Cuyas sombras pavorosas  
 Envuelven tu llama mustia;

No para dar testimonio  
 Del fuego que á Dios circunda,  
 Ante cuyo solio penden  
 El sol radiante y la luna.

Otro objeto misterioso  
 Tu luz simbólica anuncia,  
 Cuando la brisa del templo  
 Tu llama en el ara impulsa.

Cuando mi mente te observa,  
Religiosa te saluda,  
Y admira, sin comprenderte,  
Que así tu destino cumplas.

Átomo tal vez brillante  
Tú de la creacion difusa,  
Prestas eterno homenaje  
Ante la presencia augusta.

Alma mia, entre las sombras  
De aquesta prision oscura,  
Para la deidad suprema  
¿Ardes en el mundo oculta?

No dejes jamas, no dejes  
De dirigirle tu súplica,  
Así como aquesta llama  
Sus ardores perpetúa.

Cuando de la vida corras  
Las soledades profundas,  
Vuelve de la fé los ojos  
A esa luciente columna.

En este mundo grosero,  
Do error y sombras abundan,  
Ecsiste una luz que en vano  
El hombre tocar procura;

Llama que de noche brilla  
Del monte en la cima ruda;  
Astro que las luces bebe  
Del sol que la esfera ilustra;

Fuego inestinguible que arde  
Oculto dentro de la urna,  
Y que el incienso del ruego  
Hace que al empiro suba.

Cuando á vista del Eterno  
El cuerpo en la huesa se hunda,  
El alma volará libre,  
Sin que su Autor la destruya.

Unida al disco supremo  
De la Deidad trina y una,  
Será tan solo un destello  
Del sol que jamas se ofusca;

Y brillará con los rayos  
De aquella lumbrera suma,  
Para quien son las estrellas  
Polvo que el espacio ocupa.

## ORACION

## DEL NIÑO POR LA MAÑANA.

(Traducción de La-Martine.)

PADRE Eterno, á quien mi padre  
 Dobla humilde la rodilla,  
 A cuyo nombre mi madre  
 Con fé y con temor se humilla:

Ya sé que ese sol brillante  
 Es de tu poder un juego,  
 Y ante tu rostro radiante  
 Encubre su luz y fuego:

Que en el campo haces nacer  
 A los tiernos pajarillos,  
 Y te das á conocer  
 A los infantes sencillos:

Que cuando de flores lleno  
 Se muestra el bello jardín  
 Y frutos el huerto ameno,  
 Tú los produces sin fin:

Que disfruta de tu afecto  
 Cuanto hay en el orbe entero,  
 Y aun del despreciable insecto  
 Cuidas con amor y esmero:

Que al cordero y al cabrito  
 Prestas alimento grato,  
 Y hasta el humilde mosquito  
 Gusta la miel en mi plato:

Que de la fecunda espiga  
 Das á la paloma el grano,  
 Mil despojos á la hormiga,  
 Al infante el pecho sano:

Que los bienes que atesora  
 Tu amor, los alcanza el hombre  
 De día, de noche, á la aurora,  
 Con solo invocar tu nombre;

Y que mi oracion sencilla  
 Llega á tu trono sagrado,  
 Donde se encoge y humilla  
 El Serafin abrasado.

Si oramos en tu presencia,  
 Dicen que placer te damos,  
 A causa de la inocencia  
 Que sin saberlo gozamos.

Y que igualando los niños  
 A los ángeles del cielo,  
 Son dignos de tus cariños  
 Cuando ruegan con anhelo.

Pues que de tu solio escuchas  
 Mis oraciones sin tedio,  
 De necesidades muchas  
 Voy á pedirte el remedio.

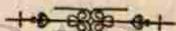
Dale á los campos rocío,  
 Alas al dulce gilguero,  
 Agua indeficiente al río,  
 Lana y abrigo al cordero.

Pan al mendigo y asilo,  
Al enfermo sanidad,  
Socorro al pobre pupilo,  
Al cautivo libertad.

Da familia numerosa  
Al padre que espera en tí;  
Corona á mi madre, honrosa,  
Dándome virtud á mí.

Pon en mi pecho justicia,  
En mis lábios la verdad,  
En tus leyes mi delicia,  
En mi alma docilidad.

Y que mi voz se levante  
Y llegue á tu solio inmenso,  
Cual de mano del infante  
En el altar el incienso.



## SALMO I.

## FELICIDAD DEL JUSTO.

Dichoso el que alejado  
De las juntas que tienen los impíos,  
No pisa descarriado,  
Divulgando funestos desvarios,  
La senda del pecado.

Mas en la ley divina  
Toda su voluntad tiene cifrada:  
Atento la ecsamina,  
Cuando la noche corre sosegada  
O la luz ilumina.

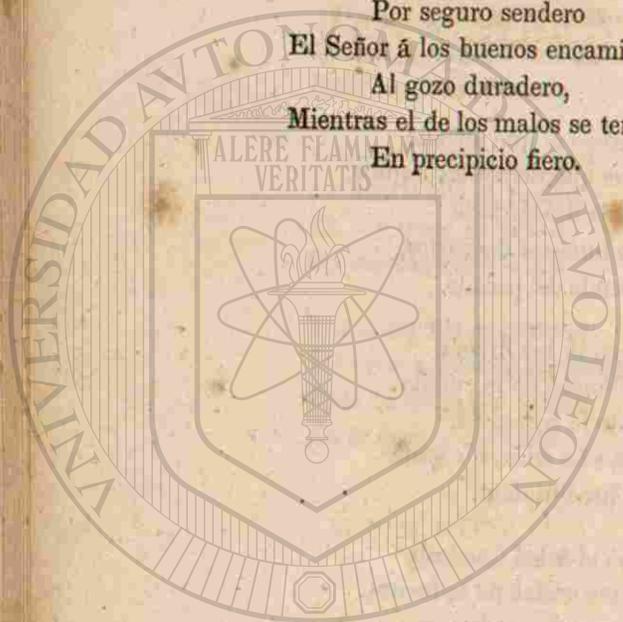
Como el árbol frondoso,  
Plantado á las orillas de la fuente,  
Que copado y vistoso  
Ofrece en la estacion correspondiente  
Su fruto delicioso:

Sin pena ni recelo  
Así será de próspero y felice  
El justo en este suelo;  
Mirándolo benigno lo bendice  
El Señor desde el cielo.

No así la suerte dura  
Será del pecador; cuyo destino  
Es muerte y desventura,  
Cual polvo que arrebatá el torbellino  
En tempestad oscura.

Eternos resplandores  
 No gozarán los malos, siempre llenos  
 De sustos y temores,  
 Ni entrarán al concilio de los buenos  
 Jamas los pecadores.

Por seguro sendero  
 El Señor á los buenos encamina  
 Al gozo duradero,  
 Mientras el de los malos se termina  
 En precipicio fiero.



## OTRA TRADUCCION.

FELIZ quien del impío  
 No asiste á los consejos,  
 Y de los pecadores  
 No pisa los senderos.

Ni en pestilente silla  
 Toma jamas asiento,  
 Sino que sigue humilde  
 La voluntad del cielo.

Obedece y medita  
 Las leyes del Eterno,  
 De dia entre sus labores,  
 De noche con silencio.

Como el árbol frondoso,  
 Que de ramos cubierto  
 Se eleva á las orillas  
 Del plácido arroyuelo,

Cuyas vistosas hojas  
 Le son verde ornamento,  
 Y sazonados frutos  
 Rinde copioso á tiempo.

Así será dichoso  
El justo en este suelo,  
Gozando mientras vive  
De prósperos sucesos.

Empero los impíos  
Todos serán dispersos,  
Cual polvo que arrebató  
El soplo de los vientos.

No se alzarán en juicio  
Al lado de los buenos,  
Y del concilio santo  
Serán echados lejos.

Por caminos felices  
Llega el justo á su término;  
Las sendas de los malos  
Perecen sin remedio.

## SALMO V.

Oracion de por la mañana.

ATIENDE ya al acento fervoroso  
Con que se vuelve á tí tu siervo indigno,  
Escucha el ruego humilde y ardoroso  
Que ecshalo en tus altares, Rey benigno;  
Deja que en tu presencia soberana  
Derrame mi oracion por la mañana.

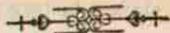
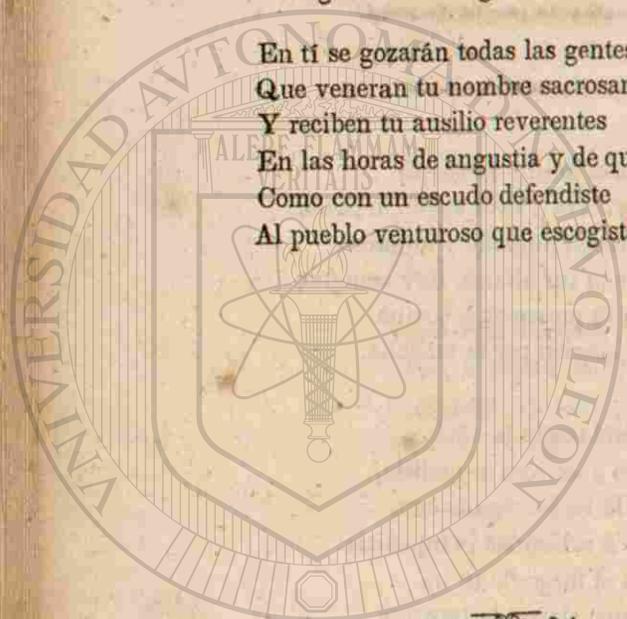
En tí meditaré desde la aurora,  
Sabiendo que aborreces la malicia,  
Y desechas la turba engañadora,  
Que comete á sabiendas la injusticia:  
Abrasas con el fuego de tu ira  
A todos los que siguen la mentira.

El hombre sanguinario y fraudulento  
Será de tí, mi Dios, abandonado,  
Mientras yo en tu divino acatamiento,  
Vivo bajo tu sombra resguardado,  
Y doblo ante tu templo la rodilla  
Con profunda humildad y fé sencilla.

Dirígeme, Señor, por sitio ameno,  
Abriendo ante mis pasos el camino;  
Líbrame del engaño y del veneno,  
Que esparcen los malvados de contino:  
Sepulcro destapado en su garganta,  
Que la inocencia con su aliento espanta.

Frústrense sus designios criminosos,  
Destiérralos, Señor, de tu presencia,  
No merezcan los impíos licenciosos  
Gozar de tu amorosa Providencia;  
Solo los inocentes y los buenos  
Contigo vivirán de gloria llenos.

En tí se gozarán todas las gentes  
Que veneran tu nombre sacrosanto,  
Y reciben tu auxilio reverentes  
En las horas de angustia y de quebranto:  
Como con un escudo defendiste  
Al pueblo venturoso que escogiste.



## SALMO XXI.

Jesucristo en la Cruz.

I.

Por qué, por qué, Dios mio,  
Así me desamparas?  
Por mas que yo te imploro,  
Veo la salud lejana.

Clamo durante el día,  
Y no oyes mis plegarias,  
Ni por la noche atiendes  
Mis dolorosas lágrimas.

Gloria nuestra, que habitas  
En tu escelsa morada,  
De tí los padres nuestros  
Su salud aguardaban:

Llamáronte, y sus vidas  
Fueron al punto salvas:  
Clamaron, y sus preces  
No fueron desechadas.

Yo, cual gusano inmundo  
Que en la tierra se arrastra,  
Tedio causo á las gentes,  
Odio á la plebe insana.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



Moviendo la cabeza  
 Con risa y algazara,  
 Cuantos me ven me insultan  
 Y con furor esclaman:

“Pues que en su Dios espera,  
 Y esto, dice, le basta,  
 Sávelo del peligro,  
 Puesto que tanto le ama.”

¡Oh Dios! tú que benigno  
 A tu siervo sacaras,  
 Desde el materno seno,  
 A ver la lumbré clara:

Aun era débil niño,  
 Que anhelante mamaba  
 A los maternos pechos,  
 Y ya eras mi esperanza.

Desde antes que naciese  
 Eras mi deidad cara:  
 Nací, y entre tus brazos  
 Con amor me estrechabas.

¡Ay! no de mí te alejes,  
 El tormento me acaba:  
 Me cercan los dolores,  
 Nadie de mí se apiada.

Mis crudos enemigos  
 Como toros me asaltan:  
 Cual leones sangrientos  
 Mi corazón desgarran.

El hórrido tormento  
 Mis huesos desencaja,  
 Y al dolor me disuelvo  
 Como la nieve en agua.

Mi corazón cual cera  
 Se funde en mis entrañas,  
 Y mi verdor se seca  
 Como el barro en las brasas.

Adherida la lengua  
 Al paladar, se abrasa,  
 Al polvo del sepulcro  
 Caminan ya mis plantas.

Como canes, que fieros  
 La presa despedazan,  
 Rabiosas me circundan  
 Estas gentes malvadas.

Clavan mis pies á un tronco,  
 Las manos me taladran,  
 Cuéntanse ya mis huesos,  
 Mortales son mis ansias.

Con atención observan  
 Si ya mi vida acaba;  
 Por suerte mis vestidos  
 Se parten y separan.

¡Dios mío! no te alejes,  
 Mi amor, mi confianza:  
 Tú me socorre y libra  
 Del filo de la espada.

Librame de las fieras  
Que de acabarme tratan:  
Quiebra al leon los dientes,  
Al unicornio el asta;

Y enseñaré tu nombre  
A tu familia cara,  
Y cantaré en la iglesia,  
Señor, tus alabanzas.

Alabad al Señor, ¡oh criaturas!  
Que temeis su virtud y poder:  
Engrandece á tu Dios bondadoso,  
¡Oh linage feliz de Israel!

La oracion fervorosa y humilde  
De su pobre jamas desdeñó:  
Al mirarme en dolores hundido  
Escuchóme y el rostro inclinó.

Mi alabanza ante el pueblo rendido  
A tí quiero, Señor dirigir;  
Y ante aquellos que temen tu nombre  
Mis promesas y votos cumplir.

De tu mano abastado el hambriento,  
Tu alabanza, mi Dios, cantará,  
Y pasando de un siglo á otro siglo,  
Satisfecho y feliz vivirá.

La estension de la tierra concorde  
Prestará su homenaje al Señor:  
A su ley convertidas las gentes  
Le verán con respeto y temblor.

Pueblos, tribus, imperios del mundo  
Te obedecen, callando ante tí:  
El monarca doblega la frente,  
Y el guerrero la erguida cerviz.

Reverente mi vida consagro  
De este mundo al supremo Hacedor:  
Mi familia obediente y sumisa  
Sus mandatos oirá con temor.

A la gente futura, los cielos,  
Revisiendo de gloria su faz,  
Hoy anuncian propicios, que vienen  
La justicia á la tierra y la paz.

## SALMO XXVIII.

*La Tempestad.*

Al Rey Supremo servid ¡oh reyes!  
 En sus altares poned las víctimas,  
 El culto dadle que le es debido,  
 Y honor y plácemes á su alto nombre:  
 Tras viento y fuego, su voz tremenda  
 Suena en las nubes, y al estampido  
 La etérea bóveda retumba cóncava,  
 Y el mar indómito se humilla y muge.  
 Su voz, del Líbano los cedros quiebra,  
 Altos abetos descuaja, y saltan  
 Como cabritos, que sueltos triscan.  
 Cual becerrillo medroso y tímido  
 Retiembla el Líbano, el Hérmon calla.  
 Voz es la suya, que entre tinieblas  
 Estalla, y lanza fuego y relámpagos.  
 Voz, que el desierto de Kádes mueve,  
 Los montes hiende, las selvas altas  
 Sin hojas deja, solas y yertas.  
 Mientras su pueblo su nombre honora,  
 Y de alabanzas llena su templo,  
 Él, que es del orbe Rey sempiterno,  
 Que desde lo alto vierte raudales,  
 Que las esferas subyuga inmensas,  
 Que enfrena el piélago y el mundo rige,  
 De fuerza y bienes lo colma pródigo  
 Y lo bendice plácido siempre.

## SALMO XXXVII.

*Oracion en tiempo de angustia.*

No con tu fuerte mano me destruyas,  
 Ni traspases con flechas mi costado,  
 No me increpes airado,  
 Ni con furor me arguyas:  
 Mira todos mis huesos quebrantados  
 Con el peso, Señor, de mis pecados.

De mi mucha maldad la cuenta larga  
 Sobrepuja y oprime mi cabeza:  
 Me agobia la tristeza  
 Como pesada carga;  
 Licencias que mis ojos cometieron  
 Las llagas de mi cuerpo corrompieron.

Pagando á la miseria su tributo  
 Empapo con mis lágrimas el suelo:  
 Cubierto estoy de duelo,  
 Y el corazon de luto:  
 Arden en mis entrañas derretidas  
 Del tormento las brasas encendidas.

Rompo el aire con ayes y gemidos,  
 Desfallezco entre sustos y temores,  
 Publico mis dolores  
 Con tristes alaridos:  
 Alivia la afliccion en que me veo  
 Tú, Señor, que conoces mi deseo.

Mi débil corazon atribulado  
 Respira con profundo sentimiento:  
 Con lágrimas sin cuento  
 Mis ojos han cegado:  
 Se alzaron contra mí todas las gentes,  
 Y huyeron mis amigos y parientes.

Urdieron sin cesar falsos testigos  
 Engaños contra mí de toda suerte:  
 Procuraron mi muerte  
 Mis fieros enemigos;  
 Y al mirar mis congojas y pesares  
 Prorumpieron en burlas y cantares.

En esta tempestad violenta y ruda,  
 Y entre tantos combates repetidos,  
 Me tapé los oídos,  
 Hice mi lengua muda,  
 Mostrándome á la injuria indiferente  
 Como aquel que no mira y que no siente.

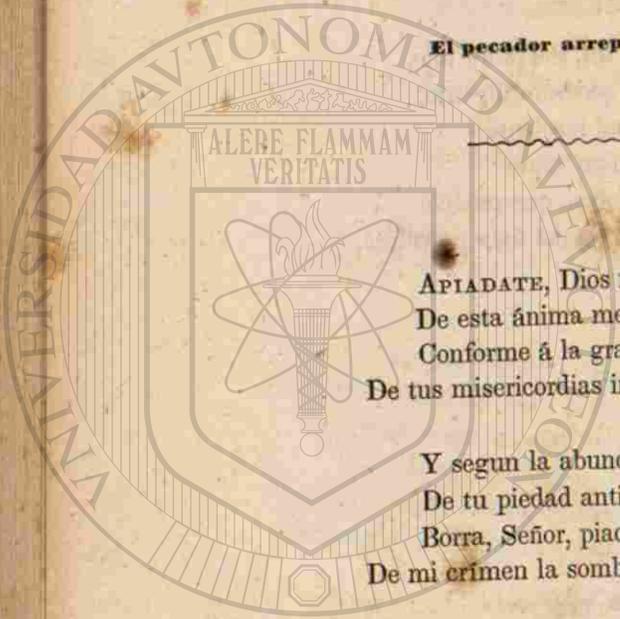
En tí, Señor, apoyo mi esperanza,  
 Da entrada á mis querellas en tu oído:  
 El adversario erguido  
 Perderá su confianza;  
 Y quitándole el gozo que tuvo antes,  
 Afirmarás mis pasos vacilantes.

Dispuesto estoy, mi Dios, y resignado  
 A sufrir de tus manos el castigo:  
 A detestar me obligo  
 Por siempre mi pecado:  
 En medio de amarguras tan inmensas  
 Borraré con mi llanto tus ofensas.

No te alejes de mí, Salvador mio,  
 Camina en mi socorro diligente,  
 Mira cual insolente  
 El enemigo impío  
 Tanto se multiplica, que parece  
 Que triunfa, y que del todo prevalece.

## SALMO L.

El pecador arrepentido.



APIADATE, Dios mio,  
De esta ánima mezquina,  
Conforme á la grandeza  
De tus misericordias infinitas;  
Y segun la abundancia  
De tu piedad antigua,  
Borra, Señor, piadoso  
De mi crimen la sombra denegrada,

La mancha vergonzosa  
De mis delitos, limpia,  
Y la asquerosa llaga  
De mis iniquidades purifica.

Conozco mi pecado,  
Miro la culpa altiva,  
Que alzada ante mis ojos  
Mis maldades inmensas atestigua.

Pequé contra tí solo,  
Hice el mal á tu vista,  
Si acaso me condenas  
Ninguno dudará de tu justicia.

Mas mira que engendrado  
Fuí de una raza inicua,  
Y fué mi carne frágil  
En error y pecado concebida.

Pues la verdad ingenua  
Pones en alta estima,  
Tus íntimos arcanos  
Manifiesta á mi mente oscurecida.

Lávame con hisopo,  
Y mi alma será limpia;  
Bañame, y al momento  
Quedaré blanco cual la nieve misma.

Si escuchar me dejares  
Tus palabras divinas,  
Mis huesos humillados  
Se llenarán de gozo y alegría.

La serie de mis culpas  
Aparta de tu vista,  
Y borra por tu mano  
El proceso espantoso de mi vida.

Un corazon ingenuo  
Dentro mi pecho cria:  
Infunde en mis entrañas  
Soplo de rectitud, que vivifica.

No apartes de tu rostro  
Mi súplica sumisa,  
Ni me quites airado  
Las luces de tu espíritu divinas.

El gozo de tu gracia  
Hoy á mi pecho inspira:  
Con superior aliento  
Mis nacientes propósitos confirma.

Enseñaré tus sendas  
A las almas perdidas;  
Los ímpios humillados  
Tu ley aceptarán con fé sencilla.

Líbrame de esa sangre  
Que por venganza grita,  
Y tus altas piedades  
Ensalzará mi lengua agradecida.

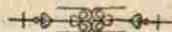
Abre, Señor, mis labios,  
Haz que la boca mia  
Prurumpa en alabanzas,  
Y en acciones de gracias sin medida.

Si ofrendas esigieras  
Yo las ofreceria;  
Mas sé que no te place  
La sangre en tus altares esparcida.

El sacrificio quieres  
Del ánima contrita,  
Del corazon mudado,  
Y de una voluntad simple y sumisa.

Desciendan tus palabras  
Hoy sobre Sion propicias,  
Y se alzarán al punto  
Los derrocados muros de Solima.

Aceptarás entónces  
Ofrendas de justicia,  
Oblacion, holocaustos,  
Y en tus aras la sangre de la víctima.



## SALMO LI.

Castigo de la calumnia.

¿Por qué así te glorias  
En tu misma maldad tan orgulloso?  
Engaños y falsías  
Está todos los dias  
Maquinando tu labio mentiroso.

Despedazas sañudo  
Con lengua infame la conducta buena:  
Como el puñal agudo  
Rompe el pecho desnudo,  
Que no sospecha la traicion agena.

El bien has desechado,  
A la verdad prefieres la mentira:  
Tu corazon doblado  
Cubre disimulado  
Con engaño, los ímpetus de ira.

Pronto verás tu ruina,  
Prófugo y arrancado de tu suelo:  
Ya contra tí fulmina  
La cólera divina  
Su flamígero rayo desde el cielo.

El justo temeroso  
 Esclamará mirando tu castigo:  
 "Este es el fin ruinoso  
 Del hombre poderoso,  
 Que tuvo á su Hacedor por enemigo."

Yo cual fértil olivo  
 Viviré para siempre en tus moradas  
 ¡Oh Dios eterno y vivo!  
 Con cántico espresivo  
 Allí serán tus glorias celebradas.

Resuene mi alabanza  
 Por tus hechos, Señor, eternamente:  
 En tí está mi confianza,  
 Pues eres la esperanza  
 De todo el que te adora reverente.

## SALMO LXVII.

**Traslacion solemne de la arca, y triunfos  
 del pueblo de Israel.**

~~~~~

FULMINANDO amenazas y castigos
 Se levantó el Señor: sus enemigos
 Confusos, asombrados,
 Como cera en el fuego consumida,
 Como arena á los vientos esparcida,
 Huyeron derrotados.

¡Justos, que presenciásteis la victoria,
 Entonad vuestros himnos en memoria
 De tan plausible día!
 ¡Alabad al Señor, santas criaturas,
 Levantando su nombre á las alturas
 Con voces de alegría!

En tempestosa nube va y camina,
 Y cielo y tierra y mares ilumina
 El que Jehová se nombra:
 A los justos alegra su presencia,
 Mientras con su terrible omnipotencia
 A los ímpios asombra.

Fijó en este Santuario su morada,
Do al huérfano y la viuda desolada
Entre sus brazos cierra:
Salva de la cadena al prisionero,
Propaga las familias, y severo
Al rebelde destierra.

¿Quién cantará, Señor, cuando salias
Al frente de tu pueblo, y lo regias
Por medio del desierto?
Las nubes á tu voz se liquidaron,
Los encumbrados montes retemblaron.
El Sínai quedó yerto.

Salvaste en las llanuras abrasadas
Con lluvias bienhechoras y templadas
Tu heredad afigida:
En medio del ardor y la sequía
Tu grey, que con la sed desfallecía,
Tornó de nuevo á vida.

Venciste al enemigo, y las doncellas
Referían, animosas cuanto bellas,
Lo que vieron sus ojos:
Atónitos los reyes se escondieron,
Y las mugeres débiles vinieron
A partir los despojos.

Aquel que en los bagages escondido
El combate evitara, ya salido
También su parte toma,
Haciendo alarde de vistosas galas,
Semejantes al cuello y á las alas
De la hermosa paloma.

Cuando venció á los bárbaros caudillos,
Manifestó el Señor con tales brillos
Su faz resplandeciente,
Que se ofuscó el Selmon; su cumbre helada
Mostró con menos rayos coronada
La nieve de su frente.

Esta santa montaña es la que quiere
Dios para su morada, y la prefiere
A otros montes vistosos:
En vano envidiareis tanta ventura,
Montes, engalanados de verdura,
Y de bosques frondosos.

Rodeado de huestes, en su carro
Sube á este monte el vencedor bizarro:
Los contrarios altivos
Postrados ya, lo adoran soberano,
Y sus dones reparte por su mano
A libres y cautivos.

Bendito seas, Señor, que poderoso
Rompes nuestras prisiones: bondadoso
Nos libras de la muerte;
Tus bienes con largueza nos prodigas,
Y las duras cervices enemigas
Quiebras con brazo fuerte.

*Del enemigo de Bazan astuto
Triunfarás; los abismos á pié enjuto
Vadearás sin recelo;
Romperás del contrario la coyunda,
Tus perros lamerán su sangre inmunda:
Dijo el Señor del cielo.*

Dijo, y su triunfo y su solemne entrada
 Los enemigos en su real morada
 Atónitos miraban:
 Salieron los cantores los primeros,
 Las vírgenes tocando sus panderos
 Seguian, y así cantaban:

"Gloria al Dominador, siempre triunfante,
 Que esas turbas con rayo devorante
 Dejó ya traspasadas.
 Celebrad su poder, tribus dichosas,
 Que fuisteis por sus manos poderosas
 Del polvo levantadas."

La pompa proseguia: ledos y ufanos
 Del pueblo de Judá los mas ancianos
 Caminaban delante;
 Los de Nephtáli y Zabulon seguian,
 Y los de Benjamin despues venian
 Con rostro jubilante.

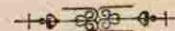
Haz, Señor, de tus obras larga muestra,
 Confirma las hazañas de tu diestra,
 Establece tus leyes:
 Poseidos de horror, llenos de espanto,
 Llevarán dones á tu templo santo
 Los príncipes y reyes.

De aquel pueblo falaz, que desde el Nilo
 Nos acecha cual fiero cocodrilo,
 Reprime los clamores;
 Y de éstos, que nos buscan coligados,
 Furiosos, como toros encelados,
 Enfrena los furores.

Enfrénalos, Señor, y verás luego
 Pedir la paz interponiendo el ruego
 Al Egipto insolente:
 El orbe callará bajo tu espada
 Y hasta la Etiopia bárbara y tostada
 Se postrará obediente.

Alabad al Señor, pueblos y gentes,
 Bendecid en idiomas diferentes
 Su nombre sin segundo:
 Ved, que sobre los astros se levanta
 Lleno de luces, y sus glorias canta
 La redondez del mundo.

¿Oís cual retumbó su voz sonora?
 Bendigamos su mano protectora,
 Su poder y su alteza:
 El es roca y presidio de afligidos,
 Pidámosle, y dará á sus escogidos
 Virtud y fortaleza.



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

SALMO LXXXIII.

Memorias de Jerusalem y deseos de volver á ella.

¡Que dulces son los recuerdos
De tus mansiones sagradas!
¡Que agradables las moradas
Donde resides, Señor!

Al contemplar ¡oh Dios vivo!
La hermosura de tu casa,
Todo mi pecho se abrasa,
Desfallece el corazón.

La tórtola querellosa
Halla á sus hijuelos nido,
Y el pájaro perseguido
Vuela á las selvas fugaz:
Cuando náufrago me via,
O estraviado en el desierto,
Era tu templo mi puerto,
Era mi nido tu altar.

Felices los que en tus atrios
Tus alabanzas entonan,
Y las bondades pregonan
De los que colmas allí.

Descanso logran y holgura
En tu santo domicilio:
Amor, protección, auxilio
Reciben siempre de tí.

Mas yo, peregrino errante,
Que de su patria se aleja,
Al viento echalo mi queja
En el valle del dolor;

Y mi corazón palpita
Cuando á mis solas contemplo,
En el camino del templo
Donde reside el Señor.

Fatigado del camino,
Páreceme que las fuentes,
Bajando por las pendientes,
Templan mi ardorosa sed;
Y que empapados mis labios,
Y restaurados mis bríos,
Gozan ya los ojos míos
De la vista de mi rey.

Escucha, Señor, mi ruego,
Muévate mi tierno llanto,
Alivia el duro quebranto
Que sufro ausente de tí.

Tú serás doblado escudo,
Que al enemigo resista,
Vuelve á tu unguido la vista,
Hazlo triunfante y feliz.

Mejor es en tus umbrales
 El breve espacio de un día,
 Que en pérdida compañía
 Un siglo de falso honor.

Yo prefiero allá en tu casa
 Ser un pobre y vil desecho,
 Que en rico y dorado techo
 Morar con el pecador.

Verdad y misericordia

Amas con suma estrechez,
 Gloria y bienes con largueza
 A tus servidores das.

Al varón que en tí esperando
 Camina con inocencia,
 Tus bienes y tu clemencia
 No le retiras jamás.

SALMO CXIII.

La libertad de Israel.

CUANDO del yugo bárbaro
 Fué Jacob redimido,
 Rompiendo las cadenas
 Del opresor Egipcio,

Entónces su potnecia
 Mostró el Señor Altísimo,
 Fundando entre nosotros
 Su estable poderío.

Las aguas al mirarlo
 Abrieron sus abismos,
 Y el Jordan caudaloso
 Retrocedió sumiso.

Saltaban los collados
 Llenos de regocijo,
 Cual suelen en el prado
 Triscar los corderitos.

¡O mar! ¿por qué tus senos
 Abriste de improviso?
 ¿Por qué, Jordan, tus ondas
 Vuelves á dó has nacido?

¿Por qué mostrais ¡ó montes!
Cual tiernos corderillos,
El gozo que os ocupa,
Con saltos repetidos?

Ya veo que el Eterno
Ostenta su dominio,
Dejando á una mirada
El orbe estremecido.

El torna en un estanque
El arenoso sitio,
Y en copiosos raudales
El escarpado risco.

Señor, no por nosotros,
Mas por tu nombre mismo,
Aterra con tu nombre
Al adversario impío.

Haz muestra desde el cielo
De tu poder invicto,
Apoyos de tu trono
Son la Verdad y el Juicio.

Cuando á insultarnos vengan
Esos pueblos inicuos,
Y pregunten con mofa
Dó esta tu domicilio,

Dirémos—En el cielo
Mora Dios de contino:
Con su poder inmenso
Produjo cuanto quiso.

No así los simulacros
Del ciego gentilismo,
Forjados de oro y plata
A golpe de martillo.

Lábios tienen y no hablan,
Sus ojos nada han visto,
Ni gozan los aromas
Que eeshala el sacrificio.

De fauces siempre mudas,
De piés siempre tullidos,
Tienen manos sin tacto,
Y sin oír, oídos.

Es á ellos semejante
El necio que los hizo
Y pone su confianza
En troncos sin sentido.

Mas el pueblo, que dócil
Sigue al Señor, propicio
Sobre él derrama el cielo
Su luz y sus auxilios.

Si en el Eterno espera,
Si lo adora rendido,
Si obedece sus leyes
Con corazón sencillo

Entónces á su sombra
Descansará tranquilo
De bienes abastado
Y de virtudes rico.

Nunca su pueblo caro
Entregará al olvido:
Es el constante objeto
De todos sus cariños.

Sobre todos derrama
Tesoros infinitos,
Y su favor alcanzan
Los gandes y los chicos.

Al justo favorece
 Con dones escesivos,
 Logrando sus piedades
 Los hijos de sus hijos.

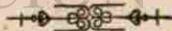
Los que seguís constantes
 Las sendas y caminos
 Del Dios de cielo y tierra,
 Seáis siempre benditos,

El reina coronado
 Allá sobre el emperio,
 Dejándonos del mundo
 El cetro y el dominio.

Danos, Señor, aliento
 Para cantar unidos
 Acordes alabanzas,
 Y reverentes himnos.

No con un golpe cortés
 De nuestra vida el hilo;
 ¿Quién cantará tu gloria
 En el sepulcro frío?

Mientras aquí vivamos,
 Señor, te bendecimos:
 Después te gozaremos
 Por siglos infinitos.



SALMO CXX.

Confianza en el Señor

VOZ DEL CREYENTE.

A los sagrados montes
 De dó viene el auxilio,
 Con lágrimas de gozo
 Alcé los ojos míos.

Lleno yo de esperanza
 En el Señor confío,
 Que estableció la tierra,
 Y que los cielos hizo.

VOZ DEL SACERDOTE.

Asienta sin tropiezo
 Tu planta en estos sitios,
 Que no se entrega al sueño
 Quien guarda tus caminos.

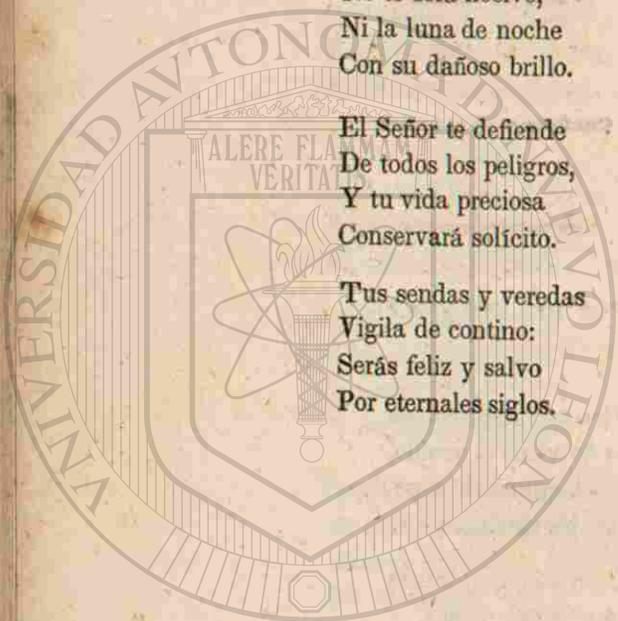
No duerme ni descansa
 Jehová para sus hijos:
 El te será custodia
 Y te verá propicio.

Su mano te hará sombra,
Y su favor divino
Derramará copioso
En tí sus dones ricos.

El sol con sus ardores
No te será nocivo,
Ni la luna de noche
Con su dañoso brillo.

El Señor te defiende
De todos los peligros,
Y tu vida preciosa
Conservará solícito.

Tus sendas y veredas
Vigila de continuo:
Serás feliz y salvo
Por eternos siglos.



SALMO CXXV.

El prisionero libre.

Hoy á Sion de sus cadenas
Libre hiciste tú, Señor,
En deleites convirtiendo
Su tristeza y su dolor.

No pudiendo tanto gozo
Nuestros pechos contener,
A los labios se difunden
El contento y el placer.

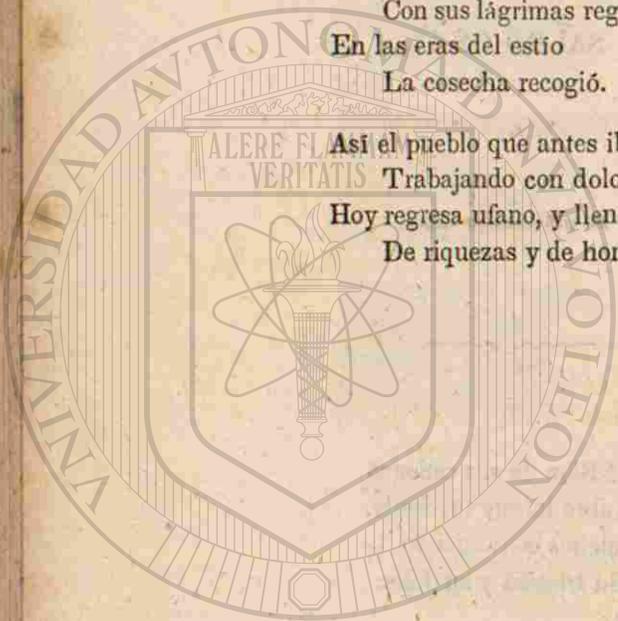
Entre gentes extranjeras
Con asombro se dirá:
¡Oh, qué santo es el Eterno!
¡Oh, qué grande es su piedad!

Y olvidando las desgracias
Que nos llenan de pavor,
Las victorias y los triunfos
Cantaremos del Señor.

Ven, Señor, con brazo fuerte
Esta cárcel á quebrar,
Cual torrente, que en el austro
Va los campos á inundar.

Quien los campos en invierno
Con sus lágrimas regó,
En las eras del estío
La cosecha recogió.

Así el pueblo que antes iba
Trabajando con dolor,
Hoy regresa ufano, y lleno
De riquezas y de honor.



SALMO CXXVII.

El padre de familia.

¡Dichoso tú que al mandato
De Jehováh la frente inclinas!
¡Dichoso tú, que caminas
Por las sendas del Señor!

La tierra que cultivares
Te brindará sus tributos,
Y gozarás de los frutos
De tu constante labor.

Como vid al olmo asida,
Siempre verde y siempre hermosa,
Así tu fecunda esposa
Florecerá junto á tí;

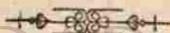
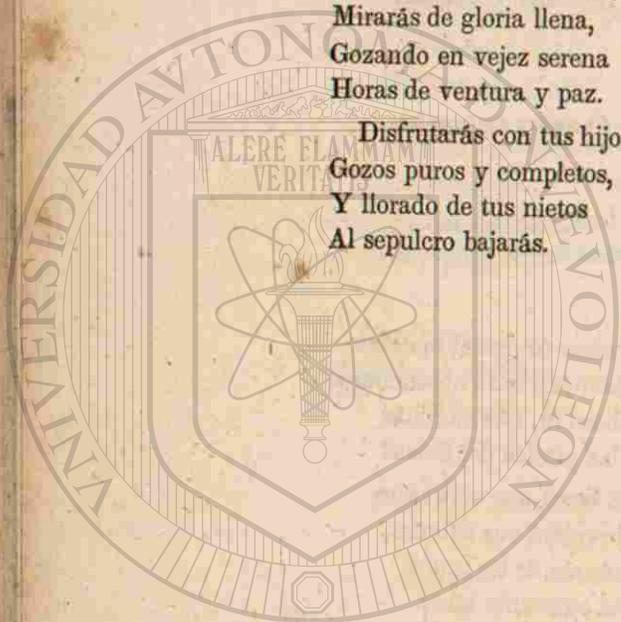
Y tus hijos cual renuevos
Del olivo bien logrados,
De tu mesa rodeados
Harán tu vejez feliz.

Quien respeta al Dios del cielo
Y sigue su senda santa,
Quien su ley jamas quebranta,
Logrará felicidad:

Dócil oye el canto mio,
Fiel atiende á mis lecciones,
Y el Señor sus bendiciones
Sobre tí derramará.

A Salen, tu patria amada,
Mirarás de gloria llena,
Gozando en vejez serena
Horas de ventura y paz.

Disfrutarás con tus hijos
Gozos puros y completos,
Y llorado de tus nietos
Al sepulcro bajarás.

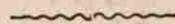


UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

SALMO CXXVIII.

La persecucion no dura siempre.



DESDE mi edad mas tierna
(Que mi pueblo lo diga)
Luché con una turba
De gentes descreidas.

Malvadas insidiaron
Mi juventud sencilla,
Y soltaron los diques
A toda su malicia.

Domeñaron mi cuello
Con la coyunda indigna,
Y agobiaron mi espalda
Con cargas escesivas.

Pero todas sus obras
Quedaron confundidas,
Y el Señor ha quebrado
Sus cervices altivas.

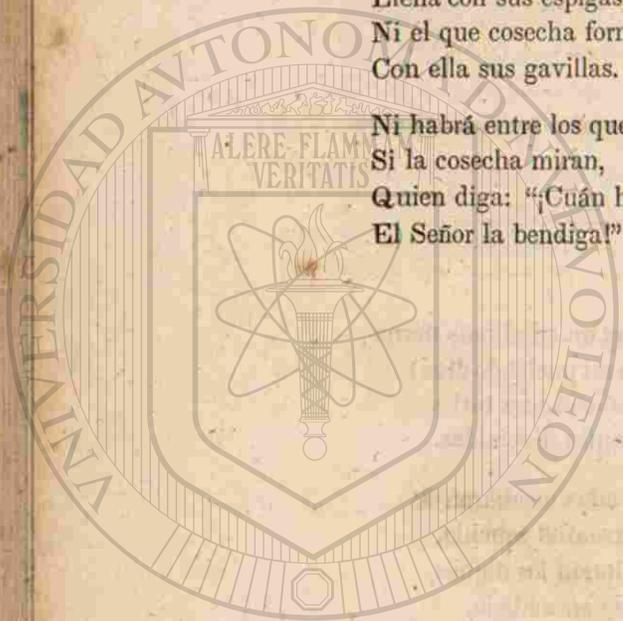
Perezcan los que osados
Contra Jehováh maquinan,
Y maldicen audaces
De su ciudad divina.



Serán sobre la tierra
 Como yerba tardía,
 Que nace en los tejados
 Y al punto se marchita.

Ni el segador la mano
 Llena con sus espigas,
 Ni el que cosecha forma
 Con ella sus gavillas.

Ni habrá entre los que pasan,
 Si la cosecha miran,
 Quien diga: "¡Cuán hermosa,
 El Señor la bendiga!"



SALMO CXXX.

Sumisión y confianza en el Señor.

SEÑOR, tú sabes
 Que este mi seno
 De orgullo lleno
 Jamas se ve:

Ni arrebatado
 De mis enojos
 Estos mis ojos
 Con ira alcé.

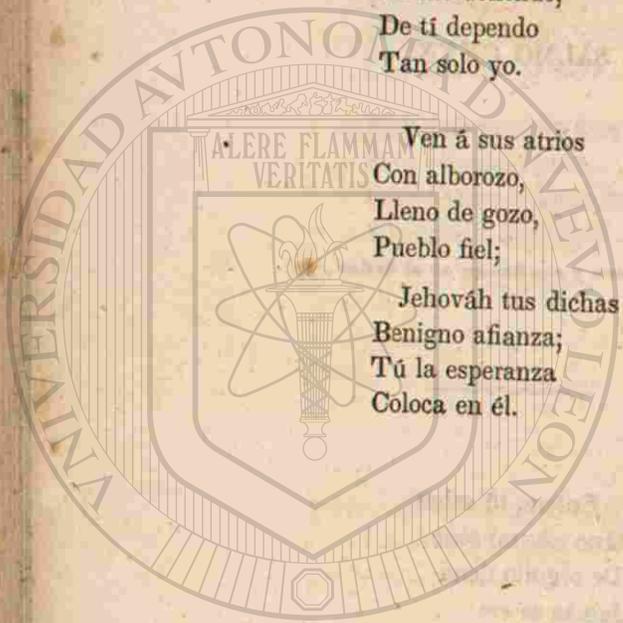
Deseos, que al alma
 La desvanecen,
 Jamas empecen
 Mi corazón;

Y porque humilde
 Quedé á tu planta,
 Tu mano santa
 Me levantó.

Cual niño tierno,
Que en lazo estrecho
Pende del pecho
Donde se crió,

Así en tus brazos
Yo me defiendo,
De tí dependo
Tan solo yo.

Ven á sus atrios
Con alborozo,
Lleno de gozo,
Pueblo fiel;
Jehováh tus dichas
Benigno afianza;
Tú la esperanza
Coloca en él.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

SALMO CXXXVI.

El Israelita prisionero en Babilonia.

DEL Eufrátes remoto en la orilla
De Judá me acordé con tristura,
Y al mirar su marchita hermosura,
La corriente con llanto aumenté.

De memorias funestas y amargas
Solo vive el dolor que alimento:
"En un sauce, ludibrio del viento,
"Para siempre mi lira colgué."

El tirano que allí nos oprime
Con cadenas y duros baldones,
Nos mandó repetir las canciones
Que entonamos en Sion otra vez.
¿Cómo fuera que en tierra enemiga
Profanara, cautivo, mi acento?
"En un sauce, ludibrio del viento,
"Para siempre mi lira colgué."

Si de ti me olvidare, Solima,
 Hierro agudo mi mano segregue,
 A las fauces mi lengua se pegue
 Si un recuerdo jamas te negué.
 Tú que fuiste en un tiempo mi gloria,
 Eres hoy de dolor monumento:
 "En un sauce, ludibrio del viento,
 "Para siempre mi lira colgué."

Cual gigante se alzó el Idumeo.
 Precedido del hierro y el fuego:
 Tú lo viste frenético y ciego,
 ¡Oh Señor! devastar á Salen.
 "¡Que perezca!" clamó como trueno,
 Y los muros derrumba violento:
 "En un sauce, ludibrio del viento,
 "Para siempre mi lira colgué."

Babilonia insensata, ya el cielo
 Te apareja tremendo castigo,
 El acero del crudo enemigo
 Templará con tu sangre su sed;
 Y verás como ardiente, insaciable,
 Se apacenta en tus hijos, sangriento:
 "En un sauce, ludibrio del viento,
 "Para siempre mi lira colgué."

PLEGARIA A MARIA.

A tí, Señora, poderosa y santa,
 Desfallecida el alma y sin aliento
 Dirige su plegaria, á tí levanta
 Su doloroso acento.

Si en negra tempestad vuelves los ojos,
 El cielo al punto muéstrase sereno,
 El piélago refrena sus enojos,
 Calla el rugiente trueno.

Al fiero Querubin, que un tiempo pudo
 Los cielos escalar, tú lo encadenas:
 Del pueblo religioso eres escudo,
 Y de valor lo llenas.

¿Quién eleva á tu trono su querella,
 Que socorro no encuentre en tí, María?
 Eres astro de luz, del mar estrella,
 Que á la salud nos guía.

Eres prenda feliz, arca de alianza,
 Del triste pecador dulce consuelo,
 Anuncio de la paz y la esperanza,
 Eres puerta del cielo.

En sombras y dolor vago perdido,
A mi auxilio, Señora, ven apriesa:
Contra mí el enemigo enfurecido
De maquinar no cesa.

Ten de mí compasion en aquella hora
Cuando prócsimo el término á la vida,
El alma desdichada gime y llora
Pensando en la partida.

Un lugar tenebroso se la espera:
De pecados y errores cuenta larga:
Castigo que las penas ecsaspera:
De Dios ausencia amarga.

¡Ah! que tu llanto, ante la cruz vertido,
No sea inútil ¡oh Madre de piedades!
Bálsamo sea del corazon herido,
Y limpie mis maldades.

MARIA EN EL CIELO.

—+—+—+—
DONDE el Empíreo candido y sereno
Mas sublime se encumbra,
Y el trono del Cordero, siempre lleno
De claridad, relumbra:

Do selvas inmortales y estendidas,
Tejidas de esmeralda,
De flores de carmin se ven vestidas,
De púrpura y de gualda:

Do al soplo de las auras bulliciosas,
En praderas amenas,
Se mecen los claveles y las rosas,
Y blancas azucenas:

Do la tórtola arrulla, y la paloma
Canta en el bosque denso,
Difundiendo á los vientos grato aroma
El nardo y el incienso:

Do se estienden las fuentes y los ríos
Y lagos transparentes,
Que retratan los árboles sombríos,
Y torres eminentes:

Do la celeste Sion, que allí aparece
Brillando en sus espacios,
Se ostenta misteriosa, y resplandece
Con muros de topacios;

Ciudad, en cuyas plazas y confines
Resuena dulce canto,
Y alaban sin cesar los serafines
De Dios el nombre santo:

Allí tiene su asiento soberano
La Madre de clemencia,
A quien colma de dones por su mano
La Suma Omnipotencia.

Guarda de sus alcázares la entrada
Ejército triunfante,
Laureada la sien, la diestra armada,
Vestido de diamante.

Al viento ondean, en torres y en almenas,
Banderas y pendones,
Que ven de gozo y de respeto llenas
Del cielo las regiones.

Allí la castidad cándida y pura
Sus pabellones alza,
Y la inocente y maternal ternura
Unida á Dios se ensalza.

Cuando en favor del hombre se levanta,
Mas bella que la aurora,
La que á toda criatura se adelanta,
Y el universo adora;

Vistela el claro sol de luz radiosa
Sin mancha ó sombra alguna,
Ciñen estrellas su cabeza hermosa,
Calza sus piés la luna.

Arco el fris le forma de colores
Variados, peregrinos:
El aire llueve inmarcesibles flores
Ante sus piés divinos.

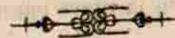
Entre nubes de olores la circundan
Espíritus alados,
Que del cielo los ámbitos inundan
Con cánticos sagrados.

Y llénanse los cielos de luz pura,
Los vientos de alegría,
Las moradas eternas de hermosura,
Sus coros de armonía.

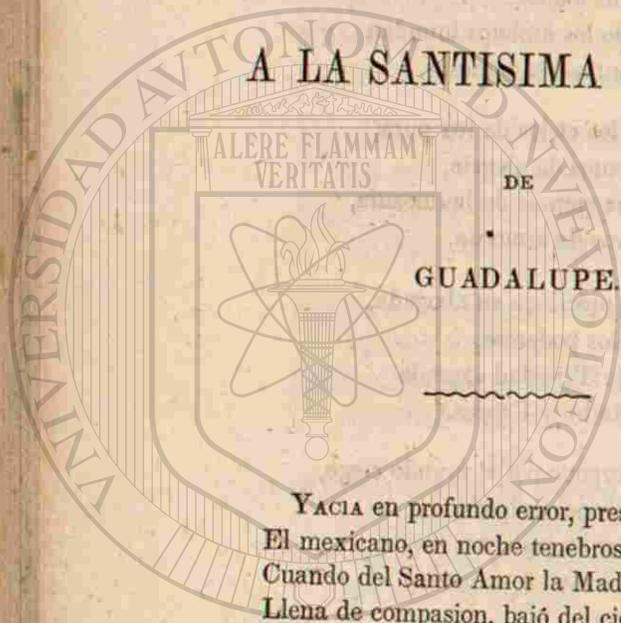
La tierra la proclama su abogada,
Los cielos poderosa,
Y la inefable Trinidad sagrada
Hija, Madre y Esposa.

Cuando interpone por el mundo ciego,
De crímenes culpado,
Ante el Señor su poderoso ruego,
Quita el rayo á su mano.

No hay lengua inteligible en que no suene
De María el dulce nombre:
Ella el imperio de los cielos tiene,
Y es la madre del hombre.



A LA SANTISIMA VIRGEN



YACIA en profundo error, presa del duelo,
El mexicano, en noche tenebrosa,
Cuando del Santo Amor la Madre hermosa,
Llena de compasion, bajó del cielo.

Rompe de su ignorancia el negro velo,
Muéstrale de la fé la luz gloriosa,
Y le deja en su imágen portentosa
La enseña de la paz y del consuelo.

Entre las rocas de la tierra indiana
La ave tierna cantó con melodía;
Nacieron flores en la nieve cana:

Los cielos se vistieron de alegría;
Y eterna fuente de piedades mana
Donde sus plantas asentó María.

ENSAYOS

Y
FRAGMENTOS EPICOS.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



FRAGMENTOS

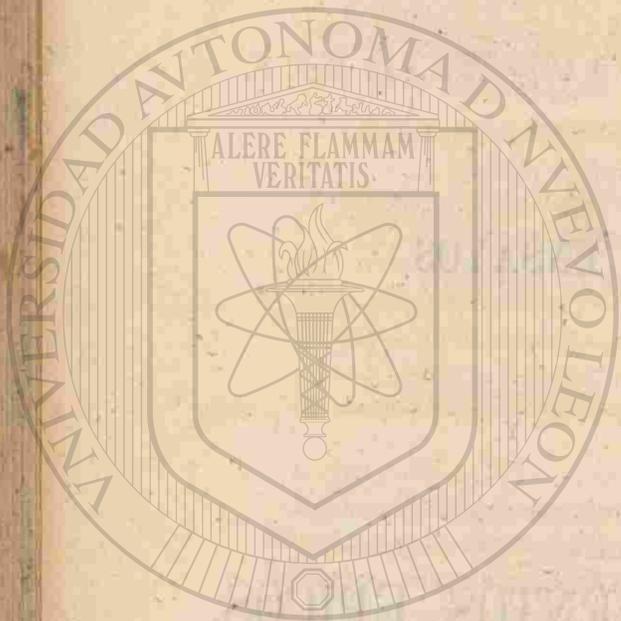
DE UN POEMA TITULADO:

MOISES.

I.

Pintura de Menfis y del palacio de Faraon.—Se presenta Moises ante éste.

EN las frondosas márgenes, que riega
 El raudo Nilo en dilatado curso
 La populosa Ménfis se elevaba,
 Célebre un tiempo en armas y doctrinas
 Y en placeres también. En sus espacios,
 En sus plazas y pórticos sonoros,
 Sostenidos de escelsos arquitevas
 Y columnas robustas, circulaba
 La multitud confusa: sus alcázares,
 Moradas de riquezas y deleites,
 Tocaban con sus cúspides al cielo:
 En sus frescos jardines, bajo sombras
 De vividoras palmas y de yedras



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Sonaban fuentes, querellosas flautas,
 Y el canto del amor: sus bellas hijas,
 Coronadas de rosas y de mirtos,
 Formaban danzas y lascivos coros.
 Todo en aquel lugar era contento:
 El poder derramaba allí su pompa,
 La liviana fortuna sus favores,
 Y el placer voluptoso sus delicias:
 Solo el nombre de Dios era olvidado,
 Y el fiel adorador era oprimido.
 En medio la ciudad, bajo alto techo
 De vistosos y ricos artesones
 En que el oro y colores relucian,
 Sobre sublime asiento reclinado
 Se mostraba Faron, á cuyas plantas
 La rodilla inclinaban obedientes
 Ciudades grandes, numerosos pueblos,
 Y naciones y tribus. Ante el sólio
 Elevado y magnífico, asistian
 Con sumiso ademan magos y ancianos
 Dotados de saber, guerreros fuertes
 Con doblados aceros en las diestras.
 Del monarca eran leyes las palabras,
 Las miradas mandatos. ¿Quién osado
 Burlára su poder? ¿Quién sus preceptos
 No acatára temblando?

El sol ardia,
 Y espléndido su curso promediaba
 Iluminando el mar, la tierra, el éter:
 Su disco de oro se espejaba trémulo
 Del ancho rio en las movibles ondas;
 Y la brisa con alas empapadas
 De esencias y gratisimos olores
 Giraba levemente, levantando
 Fragante nube de ligero incienso
 Del trono en derredor. Un noble prócer

Inclinándose ante él, y entrambos brazos
 Cruzando al pecho con respeto, dijo:
 "A tus puertas ¡oh rey! dos forasteros
 Permiso piden para entrar, y escigen
 Llegar á tu presencia, su demanda
 Esponerte, Señor, y ver de cerca
 Tu escelsa magestad."—Silencio breve
 Reinó en la estancia, y el monarca alzando
 Su cetro de oro concedió el permiso.
 Dos personas llegaron, y ante el trono
 Hicieron respetoso acatamiento.
 Eran Moisés y Arón, enviados ambos
 Por Jehováh soberano al pueblo suyo
 A romper la cadena en que gemia
 Como esclavo infeliz en aquel suelo.
 Atrayendo de todos las miradas,
 Y pendiente el concurso de sus labios,
 Moises, volviéndose al monarca, dijo:—

"Permite, oh rey, que en libertad anuncie
 La divina mision con que el Eterno
 A tí me envía y su querer declare.
 No te empezca, Señor, si de mi boca
 Desnuda sale la verdad, y pido
 (De vil temor y de altivez escento)
 Para mi pueblo libertad. Escucha
 Benigno mis razones, y hallen ellas
 Allá en tu corazon grata acogida.
 De Jacob la familia á estos lugares
 Con permiso del rey un tiempo vino
 Y en ellos se estendió. Benigno el cielo
 La colmó de favor. Cual la semilla
 Con el riego y cuidado se propaga,
 Y crece y fructifica, así este pueblo
 Se propagó sin término, abastado
 De bienes y ventura. Mas no altivo
 Hizo á tus leyes resistencia: siempre

Te obedeció, señor, dando el ejemplo
De sometido y fiel. Despues sin causa
Reducido se vió á la servidumbre.
Plégate de ella desatarlo y darle
La dulce libertad que antes gozaba.
Sabe que desde el cielo Dios ha visto
Su lamentable suerte, y ha dispuesto
Que destrozado el yugo que lo agobia,
Salga de esta mansión, y agradecido
Le ofrezca en el desierto un holocausto,
Siendo yo quien lo rija y lo conduzca:
Concédeme que cumpla sus preceptos."

El rey con estrañeza así responde:
"¿Quién eres tú, que á mí locas demandas
Te atreves á poner? ¿Qué Dios es ese
Para que así le escuche, y necio rompa
La cadena, yo mismo, con que atado
Sirve ese pueblo vil?"

Los dos entónces

Aaron y Moises así replican:
"Del Supremo Señor que rige el mundo,
Y dá el imperio y del poder despoja,
Ministros somos. Por su voz llamados
Debemos dirigirnos al desierto,
Donde con pecho y corazon sencillos
Un sacrificio le ofrezcamos...."

"Cese
Vuestro indiscreto hablar, clamó indignado
El monarca, callad: yo haré severo
Que ese pueblo insolente se reprima
Con debido rigor. De sus tareas
No desviarlo intenteis, si de mi enojo
No quereis que os oprima el grave peso.
¡Ministros! redobladle los trabajos

Duplicadle el afán: mirad que audace
Se aumenta con el ócio y se envanece,
Maquinando proyectos con que aspira
A sacudir el yugo de sus hombros.
Enmudezca, y conozca que ha nacido
Para vivir tan solo en la obediencia."

Sin escucharlos mas, llenos de oprobio
Ambos de aquel lugar echados fueron,
Fulminando sobre ellos amenazas.
Silencioso Moises fuese llorando
Del cáudaloso rio por la ribera.

II.

Esclavitud de los Israelitas.

Entónces mas que nunca encrudecida
Se alzó la tiranía. La tierra dura
Regada del esclavo miserable
Con el triste sudor, dábale apenas
Sustento escaso. De su mano débil
El fruto opimo á su Señor pasaba.
Sin patria y sin hogar, destituido
De bienes y consuelo, le eran propios
Solo la desventura y el trabajo.
Cuando la aurora con remisas luces
Despuntaba en Oriente, dando vida
Al universo, comenzaba entónces
Su difícil tarea. Cuando á la cumbre
Tocaba el sol del abrasado cielo,
Ruda lo molestaba sin descanso
La bronca voz de agreste sobrestante;
Y despues que la noche silenciosa
Largo tiempo en el cielo discurría,

Apenas le era con rigor medido
 Tiempo para el sosiego. Su cabeza
 Agobiada de horror y pesadumbre
 Jamás al sueño se entregó, apacible;
 Que en medio de él la imágen le aterraba
 Del tirano cruel. Los blandos lazos
 De amor, fueron para él duras cadenas
 Y origen de pesar. Triste y esclava
 A su esposa miró, y al hijo tierno
 También esclavo. Cuando el pecho estéril
 La triste madre con dolor le daba,
 Mezclaba con sus lágrimas la leche:
 Furtivo el beso le aplicó á sus labios:
 Nunca en descanso lo estrechó á su seno,
 Ni pudo prodigarle sus caricias.
 El cuerpo, los sentidos, las acciones,
 Los subyugó un señor, que aspiró impío
 A dominar también la inteligencia,
 Y ofuscar la razón y oprimir la alma,
 Del Hacedor clarísimos destellos.

De llanto y de terror aquellos días
 Fueron para Judá. Sus tiernas vírgenes
 Lamentaron con lúgubres endechas
 Su perdido valor, su faz marchita,
 Y ofuscada su luz. Alto gemido
 Resonó por los campos y ciudades.

III.

Alocución de Moises á los Ancianos de Israel.

Ancianos de Judá, prestad oído
 De mi labio á la voz, baje mi acento
 A vuestro corazón, no como el rayo
 Que la alta cumbre con estruendo hiere

Y la quema y abrasa; mas cual lluvia
 Que cayendo benigna de las nubes
 Empapa blandamente las campiñas.
 Mi lengua narrará desde su origen
 Lo que ordenó el Señor. En otro tiempo
 Prófugo me ausenté de estos lugares,
 Huyendo del rigor que en ellos sufre
 Nuestro pueblo infeliz; y allá en la tierra
 Lejana de Madian, viví tranquilo
 De mi suegro cuidando los rebaños
 Como simple pastor. De las ciudades
 Aborrecí la pompa, y mis deseos
 No salían de las tiendas y rediles.
 Memorias dolorosas de mi pueblo
 Con frecuencia venían á conturbarme,
 Y destrozár mi seno. Contemplaba
 Con intenso pesar su servidumbre,
 Y derramaba lágrimas estériles.
 La esperanza perdí de su rescate
 (Al menos en el curso de mi vida)
 Y si acaso una ráfaga ligera
 Alguna vez miré, fué cual relámpago
 Que hace en la sombra un sulco y desaparece.
 Un día que el ganado apacentaba
 Penetré por acaso en el desierto,
 Y en el Oreb entré, monte sagrado:
 Donde ví de repente, que una zarza
 Envuelta en vivas llamas, toda ardía
 Sin consumirse, y dije sorprendido:
 Voy á ver por mi vista este milagro:
 ¿Cómo es que arde la zarza y no se quema?
 Entonces una voz de entre las llamas,
 “Moises, Moises,” me dijo:—y yo repuse,
 Señor, aquí me tienes.—“No prosigas,
 Continuó, mas desata tus sandalias,
 Porque es santa la tierra que hora huellas.
 Yo soy el Dios de Abram, el de tu padre,
 Y el de Isac y Jacob.”—Cubrí mi rostro

Sin atreverme á ver tanto prodigio,
Y desligué el calzado de mis plantas.—

“Yo ví (siguió la voz) desde los cielos
Lo que sufre mi pueblo, sus clamores
Llegaron á mi oído, y he bajado
A templar su dolor, á darle ensanche,
Sacarlo del destierro, y conducirlo
A otra tierra feráz, buena, espaciosa,
Que brota de su seno miel y leche:
La que á Abram ofrecí y á su linage
En perdurable don. Vé, y te apresura
Para partir á Egipto, donde quiero
Que á su Farón intimes de mi parte
Deje salir en paz el pueblo mio.”—

¿Quién soy, repuse yo, para que logre
Persuadir al monarca á dar al pueblo
Soltura y libertad? Yo sé que tú eres
El Dios de nuestros padres, y conozco
Tu infinito poder; mas si me piden
Que declare tu nombre ante las gentes,
Entonces ¿qué diré? Mira que me hallo
Sin gracia y valimiento, ¿cómo puedo
Lo que mandas, cumplir?—“Yo iré contigo,
El Señor replicó, y mi nombre es este:

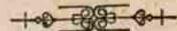
EL QUE ES: con esta voz en todos tiempos
Conocido seré. Yo formé el mundo,
Dueño soy de los cielos y la tierra,
Soberano y Eterno. Mis mandatos
Despreciará Farón; lo sé, y por esto
Estenderé mi brazo poderoso,
Quebrantaré su pueblo, y con prodigios
Salvos os sacaré de entre sus manos.—”

Mal seguro y dudoso todavía
Le repliqué, Señor, y si dudaren
De la verdad ¿qué haré?—“Toma tu vara,
Dijo el Señor, y arrójala en la tierra.”—
Hícelo, y al momento convertida

Quedó en una serpiente, que veloce
Giraba por el suelo, y tortuosa
Con nudos y revueltas se enredaba.
Huir quise espantado, mas me dijo
El Señor, la cogiera, y al momento
A recobrar volvió su forma antigua.
Al seno me previno que metiera
La mano, y la sacára, y la ví toda
Mas blanca con la lepra que la nieve;
La volví á introducir y quedó limpia.—
“Si cuando intimes tú mi órden suprema
Crédito no te dieren, un prodigio
Harás, dijo el Señor: si persistieren
En su necia ceguera, haz á sus ojos
Manifiesta una nueva maravilla;
Y si aun no me dieren obediencia,
Descargaré sobre ellos mis furores,
Volveré sangre el agua de su río,
Los llenaré de plagas, y la muerte
Derramará el espanto en sus moradas.”—
Prometiome de nuevo sus ausilios,
Y me mandó por último tomase
Por compañero á Arón de aquesta empresa.
Partí de aquel lugar lleno de asombro,
A mi casa volví, tomé mi esposa,
Que de su padre se apartó llorando,
Y yo tambien llorando, adios le dije.
Emprendí mi camino pobremente
Por arenas y estériles quebradas,
Con ánimo y valor. La suma empresa
De que vengo encargado, combatia
Con viva agitación mi pensamiento:
Miraba por delante mil peligros,
Zozobras, riesgos, azarosos lances
Que á prueba ponen la constancia: via
Las dudas de mi pueblo, sus sospechas,
Y la dureza de Farón; mas nada
Pudo ya detenerme, que el Eterno
Me alienta y fortifica: sus preceptos

Viven en mí grabados. Una tarde
 Cuando el sol ocultaba ya sus luces,
 Al rendir con cansancio la jornada
 Un Angel ví, que alzándose terrible
 Sale à mi encuentro y me amenaza airado,
 Diciéndome:—"Si eres israelita,
 ¿Còmo tienes un hijo incircunciso?"—
 Al punto mi muger toma temblando
 Un pedernal, y al niño circuncida
 Y bañando mis piés con sangre, esclama:—
 "¡Eres tú para mí sangriento esposo!"—
 El ángel se ausentó diciéndome antes:—
 "El que escogió el Señor para ser guía
 De los demas, y guarda de sus leyes,
 Perfecto debe ser."—Yo mi camino
 Seguí de nuevo, y al Oreb llegando,
 Lugar de la vision, monte eminente,
 Veo que mi hermano Arón viene, y el ósculo
 Dándome de salud—"A tí me envía
 El Señor, dice, y seguiré constante
 Tus huellas."—Yo le estrecho entre mis brazos,
 Pongo en su boca las palabras santas
 Que escuché del Señor, y le confío
 La misteriosa vara. Caminamos
 Muchos dias por el árido desierto:
 Toqué del Sinai las quebradas faldas,
 Vi del Mar Eritreo las turbias ondas,
 Y circundé solícito su orilla.
 Dejé los anchos campos que me dieron
 En mi persecucion seguro asilo,
 Y de nuevo miré la tierra fértil
 Del celebrado Egipto. ¡Cuán hermosa
 Apareció á mis ojos! ¡Qué recuerdos
 Tan opuestos sentí! Si era mi patria
 Era tambien suplicio de mi pueblo.
 Entónces os junté, y presente os hice
 La aparicion de Dios, sus prevenciones

Y estas mismas palabras que hoy refiero:
 (Perdonad si mi labio las repite)
 Al rey me dirigí, cuya soberbia
 Se irritó con oirme, y mando al punto
 Acrecentar al pueblo sus trabajos
 Sin tasa y miramiento. Desde entónces
 Vive el dolor tenaz en mis entrañas,
 Vive la compasion, mas tambien vive
 Firmísima esperanza. El Dios escelso
 Que de los hombres las acciones pesa
 En eterna balanza, y que escudriña
 Los corazones con su luz, permite
 En el rey de la dureza, por castigo;
 Y en nosotros, por prueba. Estoy seguro
 De la eterna verdad de sus promesas:
 Son mas firmes y estables que los montes:
 Mas que el sol y la luna permanentes:
 Primero faltarán los astros todos
 Que ellas, en solo un ápice. Dispuesto
 Estoy á sostenerlas y á sellarlas.
 Derramando mi sangre. Hermanos míos,
 No ofendais al Señor con vanas dudas:
 Dejarémos bien pronto esta morada
 De amargura y tormento, y pasarémos
 A otro suelo feliz de paz y dicha,
 Do crezca nuestro pueblo y se dilate,
 Y en él erija el culto verdadero:
 Do nazca el Salvador, que de la tierra
 Entera lanzará la servidumbre,
 Y el reino afirmará de la justicia
 Por siglos y mas siglos. ¡O tú, cielo,
 Apresura este plazo, y nos envia
 Noble resolucion y alta esperanza,
 A fin de que ayudemos esforzados
 A que tengan efecto tus promesas.



PRINCIPIO

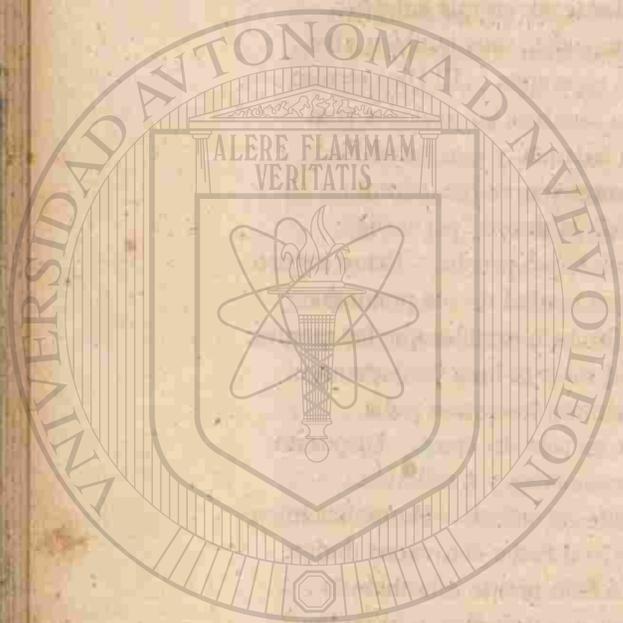
DE UN POEMA TITULADO:

LA REVELACION.

Proposicion e invocacion.

El fin de aqueste siglo de malicia,
 El triunfo de Jesus sobre el pecado,
 La ruina del error y la injusticia,
 El orbe en nueva gloria trasformado,
 Y el reino de verdad y de justicia
 Sobre eternos cimientos levantado,
 Pretende celebrar humilde y pia,
 Timida, la cristiana Musa mia.

Espíritu divino, que antecedes
 A los remotos siglos mas lejanos,
 Que Dios en ser, consubstancial procedes
 Tú del Padre y el Hijo soberanos;
 Luz aspirada y viva, que concedes
 Al hombre, que se acerque á tus arcanos,
 Vivifica, Señor, Unico, Sabio,
 Del hijo de la nada el yerto lábio.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

Tú viertes en las horas de quebranto
 En mi doliente pecho la dulzura,
 Rompes las fuentes del copioso llanto,
 Y abres mi corazón á la ternura:
 Hora que de la noche el negro manto
 Se estiende, y reina la tiniebla oscura,
 Baja piadoso á mi alma, la ilumina,
 Y á tus altas moradas la encamina.

Que solo así este polvo, que te implora,
 Llegará á tu adorable acatamiento,
 Sin que tu llama activa y vengadora
 Castigue su liviano atrevimiento;
 Y admirará tu ciencia, triunfadora
 Del humano rebelde entendimiento:
 En toda inteligencia, sin tu ayuda,
 La mente es ciega y la palabra muda.

Escelso Ser, altísimo Misterio,
 Lumbre á mis pasos, de mis dudas calma,
 Alivio en el dolor y refrigerio,
 Única vida indeficiente al alma;
 Librame del terreno cautiverio,
 Dame que obtenga la triunfante palma
 De mis antiguos yerros y pasiones,
 E inunde en mí tus soberanos dones.

Y tú, Criatura hermosa, que pasaste
 De esta tierra infeliz, con blando vuelo,
 A esa región de paz, donde encontraste
 Reposo sin afán, gozo sin duelo;
 Pues que llena de gloria, no olvidaste,
 Al pisar los alcázares del cielo,
 El afecto de esposa, con que un día
 Tu esposo coronaste de alegría:

Vuelve la vista, amada Elisa, y mira
 Esta obra, que consagro á tu memoria,
 Renovando las cuerdas de mi lira,
 Que de tu huesa al pié yace sin gloria;
 Y á tu amador ardiente, que suspira
 Por dejar esta vida transitoria,
 Abreviando los plazos de tu ausencia,
 Ruega al Señor conceda su asistencia.

*El Alma en una vision se separa del Cuerpo.—El Angel
 de la guarda.—Reino de la Muerte.*

DESDE aquel triste y espantoso día
 En que Elisa murió, bella y serena,
 Y puesta en el sepulcro, parecía
 Desfallecida y lánguida azucena;
 Su morada quedó yerma y sombría,
 De amargo llanto su familia llena,
 Y yo ¡triste! oprimido, con tributo
 De horrenda asolación y negro luto.

Una vez, que mis ojos se cerraron,
 Con doloroso llanto adormecidos,
 Y tras lengua vigilia se entregaron
 A penoso letargo mis sentidos,
 Pavorosas sentí que resonaron
 Las voces de la muerte en mis oídos:—
 “Se va á extinguir el soplo que te alienta,
 Rinde, mortal, de tus acciones cuenta.”—

Gimo, y mi corazon duda y se arroja
 A nueva lucha, palpitando incierto;
 Y el ánimo oprimido de congoja,
 El rostro frio de sudor cubierto,
 Conozco como el alma se despoja
 Con íntimo dolor del cuerpo yerto;
 Como aquella, á su Dios temblando vuelve,
 Y éste, en pura materia se resuelve.

Hállome solo, á la espantosa orilla,
 Que divide los términos del mundo:
 Nebulosa region, do el sol no brilla
 Y turbulento bate un mar profundo.
 Al punto en una misera barquilla
 Cubierta de algas, entre cieno inmundo,
 Un Angel me tomó, partió violento,
 Y el agua hendió con raudo movimiento.

La interrumpida luz, fúnebre, escasa,
 De un fuego subterráneo, que á lo léjos
 Un monte inmenso retumbando abrasa,
 Entre nieves lanzando sus reflejos,
 El rastro alumbra, do la barca pasa.
 Atónitos mis ojos y perplejos
 Ven las olas rodar, correr los montes,
 Y ensancharse los negros horizontes.

De luz teñida, entre la sombra muerta,
 Resaltaba brillando la figura
 De mi Angel tutelar, toda cubierta
 De una rica y espléndida armadura:
 Rige firme el timon su diestra esperta;
 Con la otra mano, lleno de tristura,
 Cubre el bello semblante pensativo,
 Y su mismo pensar lo muestra esquivo.

Despues de una pasmosa travesía,
 Tan veloz como el mismo pensamiento,
 De amarrida la vista discurria
 Entre objetos de horror con desaliento;
 Y el ánimo agitado padecía
 De incierto porvenir todo el tormento;
 A una isla sin verdor la barca llega,
 Y en sus playas estériles me entrega.

Allí sobre un peñon, á quien reviste
 De defensa y terror un muro fuerte,
 Un alcázar se eleva, donde asiste
 Incesorable y ávida la Muerte.
 De sus negras estancias, la Hambre triste,
 La Peste asoladora, el Tédio inerte,
 Los Males todos entre sí ligados
 Salen, contra los hombres conjurados.

La Muerte misma entre confusa niebla
 Asoma alguna vez su frente pálida,
 Asqueroso el cabello que la puebla,
 Ojos hundidos, la figura escualida;
 Sepultando en olvido y en tiniebla
 La tierna juventud, la edad inválida,
 Inocencia, beldad, siervos, monarcas,
 Y ciudades enteras y comarcas.

Allí la cruda y espantosa Guerra,
 Sobre peñascos ásperos ligada
 Con cadenas durísimas, aterra,
 Bramando, la comarca desolada:
 Cuando el brazo de Dios la echa á la tierra,
 Parte, como una furia encarnizada,
 Agitando en sus manos giganteadas
 Sangrientas armas y encendidas teas.

Por altas peñas, entre arenas muertas,
 Turbas de toda edad ví numerosas,
 Que clamando tendian sus manos yertas:
 Ví desangradas sombras, que medrosas
 En silencio á su fin iban inciertas:
 Así del mar las olas presurosas,
 Que en sucesivo afan la orilla hieren,
 Se agrupan, corren, y llegando mueren.

No hay un solo mortal que no visite,
 Para nunca volver, esta ribera,
 Que el plazo funeral llorando evite,
 Ni ablande con gemir la suerte fiera;
 Y que en silencio allí no deposite
 Su esperanza, su amor, su gloria entera:
 De mil reyes los nombres celebrados
 En rota losa ví, casi borrados.

Esto miraba yo, cuando á su planta
 Me hizo doblar el Angel la rodilla
 Do, tremolando al viento, se levanta
 La enseña de las tumbas amarilla:
 Formó de polvo con su mano santa
 En mi frente una cruz, y mi megilla
 Tocó diciendo: —“esta señal te advierte
 Que el hombre triste en polvo se convierte.”—

Aquel reino de espanto, en un momento
 Cayó en nuevo pavor: la luz se agota:
 Cesa del mar el rudo movimiento
 Con que las rocas cóncavas azota:
 Calla la Guerra, que con ronco acento
 La comarca tristísima alborota;
 Y de la destruccion al grito alterno
 Suceden soledad, silencio eterno.

*El Espacio.—Abandonada la Alma en él, teme
 por su suerte futura.*

EL Alma entónces vaga dolorida
 De sombra en sombra, en dudas abismada,
 Como piedra al acaso desprendida
 En los antiguos senos de la nada:
 Ni término, ni asiento, ni medida
 Encuentra en la estension inanimada
 Que recorre, buscando el bien natío,
 Y do quiera se encuentra en el vacío.

¡Terrible situacion! La inteligencia
 Con que el hombre al nacer se vió dotado
 Para gozar de Dios la suma esencia,
 De inestinguible amor centro abrasado,
 Cediendo con despecho á la violencia
 Que la aparta del término anhelado,
 En tinieblas densísimas se ofusca,
 Y se aleja del bien cuando le busca.

Dónde estoy? ¡á dónde voy? ¡qué dura suerte
 Así me oprime cual pesada carga?
 ¿Seré presa indefensa de la muerte?
 ¿Al tédio cederé que me aletarga?
 ¿O superando las edades, fuerte,
 Viviré siempre en soledad amarga,
 Sin gozar de la vista clara y pura
 Del que es Primer Amor, Suma Hermosura?

Tú, que llenas de brillos á la aurora
Y coronas de rayos la mañana,
Que haces nacer el sol, que el mundo dora,
Y vistas de candor la nieve cana;
Tú, á cuya voz su luz consoladora
La luna esparce por su esfera vana,
Cuando la muda tierra se adormece,
Y el cielo vigilando resplandece:

Tú, que escitas los íntimos ardores
En que la esencia inmaterial se abrasa
De llegar á tus vivos resplandores,
Y en tí los bienes merecer sin tasa:
Tú, que infundes amor, y eres de amores
Fuente siempre perenne, nunca escasa,
¿Condenas á este objeto, dulce y caro,
A terrible orfandad y desamparo?

Tarde te conocí, Criador amable,
Belleza siempre nueva y siempre antigua,
Lazo blando de afecto deleitable,
Dulce solaz que el ánimo apacigua:
Tú solo eres contento perdurable:
Sombra que los ardores amortigua:
Se hallan en tí, sin repugnancia unidos,
Encanto al alma y gozo á los sentidos.

¡Oh! ¿qué será de mí, si á ese tu centro
No vuelo desatado en viva llama,
Tras el deseo férvido, que dentro
Del seno vive y sin cesar lo inflama!
Si movido de amor, amor no encuentro,
¿A dónde mi existencia se derrama?
¿Qué es el vivir, si el corazón no quiere?
¿Y qué la voluntad si el amor muere?

Si á tí, Sagrado Fin, no ecsisto junto,
Ni he de mirar tu faz cabe tu asiento,
Si soy objeto de ódio, venga al punto
Mi total destruccion y acabamiento,
Y el inmortal espíritu, difunto,
Perezca con el cuerpo macilento:
Si el alma de la nada fué formada,
Condénala otra vez á que sea nada.

¿Mas qué digo, insensato? ¿qué pronuncia
Movido de terror el torpe lábio?
¿El alma morirá, si ella renuncia
La vida, de su esencia con agravio?
¿Inútil esperar! Todo me anuncia
Que al formarme de Dios el dedo sábio,
Con libertad y con razon cumplida,
Me dió tambien perpetuidad de vida.

¿La nada! . . . ¿qué es la nada? en la materia
Podrá ejercer acaso sus rigores,
Mas no en el alma, que inmortal, no feria
Por muerte vil sus dotes superiores:
Será eterna su dicha ó su miseria,
Perpetuos sus placeres ó dolores;
Mas no se logrará que ella sucumba
Al inútil reposo de la tumba.

Jamás seré tu presa, nada odiosa:
Yo sostendré contra tu fuerza inerte
El rigor de una vida trabajosa,
Unido á las congojas de la muerte.
Dilata mi ecsistencia dolorosa,
Que vivo ¡oh Dios! en tu rigor me advierte;
Libra mi esencia de la nada fria,
Y prolonga por siglos mi agonía.

Asi clamando contra mi batallo,
Y al dolor y tormentos me sentencio;
Mas do quier que me vuelva, solo hallo
Delirios, soledad, sombras, silencio.
Me hundo en nuevos abismos, tiemblo, callo,
Y ni lugar, ni tiempos diferencio:
Paro en un punto, y con igual suceso
La eternidad me abrumba con su peso.

*Presencia de Jesucristo.—Juicio particular.—
Intercesion de Elisa.*

CUANDO he aquí, que de súbito aparece
Lejano resplandor que me deslumbra,
Y en forma circular se acerca y crece
Astro sereno, que el espacio alumbrá:
En medio un trono fúlgido se ofrece
Que con vivos crisólitos relumbra;
Y de oro en candelabros diferentes
Siete antorchas lo cercan refulgentes.

* Sostienen su peana extraordinaria
Entre nubes, alados querubines:
Formanle al rededor corona varia
Hermosos y abrasados serafines:
Los rayos de la escelsa luminaria
Penetran del espacio los confines:
Asombróse de ver la Noche negra
En sus reinos la luz, que el cielo alegre.

Sobre el trono se ostenta fulminante
El Hombre Dios, con magestad ceñido
De una dorada zona rutilante,
Y de bordada púrpura vestido.
Rayos sus ojos son, sol su semblante:
Su cabello de luz brilla teñido:
Y calzados sus piés con rico adorno,
Lucen cual oro derretido en horno.

Quando su diestra en la estension levanta
Cércanla en derredor siete luceros,
Que jamas otros de belleza tanta
Vió el empíreo cruzar por sus senderos:
Proceden de su boca sacrosanta
De espada de rigor dobles aceros:
Resuena de sus lábios el acento
Como el mar agitado por el viento.

Herido de su luz con el torrente,
Que absorto miro y temerario arrostro,
Me abandonan las fuerzas de repente,
Súbita palidez cubre mi rostro,
Y ante el sólio del Hijo Omnipotente
Temblando caigo, y con pavor me postro:
La inmensa claridad en que me aniega
Es rayo que me abate y que me ciega.

Sonó su voz, y penetró en mi oído
Aturdido de horror, de espanto lleno,
Cual si oyera con hórrido estampido
De monte en monte retumbando el trueno.
—“Yo soy, dijo, principio conocido
Y único fin tambien de cuanto ordeno:
Yo tengo con dominio sempiterno
Las llaves de la muerte y del infierno.

“Apréstate, mortal, y de tu vida
A mi justicia rinde estrecha cuenta.”—
Al momento una luz desconocida
Dejó mi mente de ilusión esenta,
Y con asombro ví, no interrumpida,
La série de mi vida turbulenta:
Las horas de mi edad todas vinieron,
Y contra mí los años renacieron.

Como en cueva profunda, tenebrosa,
Por edades cerrada entre malezas,
Si repentina antorcha luminosa
Penetra por sus hondas asperezas,
Se ofrecen á la vista temerosa
De monstruos mil cristadas las cabezas,
Que al súbito fulgor rugen, se erizan,
Y entre sí se destrozán y encarnizan:

No de otra suerte en la conciencia mía
Monstruos se sublevaron horrorosos,
Aletargada turba, que dormía
En los senos del alma misteriosos.
¡Oh Dios! ¡cuál fué mi espanto, mi agonía,
Cuando en tenaces círculos nudosos
Sierpes venenosísimas me ligan,
Rabiosas me sofocan y atosigan!

Alzo la vista con agudo grito,
En lazos de dolor inmóvil y preso,
Y ante el sòlio de Dios encuentro escrito
En tablas de diamante mi proceso.
Una contiene número infinito
De culpas y de errores, cuyo peso
Vence la tierra y mar con sus arenas:
Otra, ¡cuán limitadas obras buenas!

Junto aquella, Satán, fiero enemigo,
Espíritu del mal, con torvo ceño,
Terrible acusador, sagaz testigo,
Encarece mis culpas con empeño,
Y demanda insolente mi castigo
Como el de siervo vil áspero dueño:
Horroriza á los ojos su figura
Negra en color, gigante en estatura.

Al lado de ésta lagrimoso asiste
El Espíritu ilustre de mi guarda,
Intentando librar á mi alma triste
De la desgracia eterna que la aguarda:
A los ataques de Satán resiste,
Y el breve plazo funeral retarda:
En esto el sumo Juez cerró la audiencia
Para dar de sus lábios la sentencia:

Y tomando en sus manos la balanza
Con que del hombre las acciones pesa,
Y el premio y el castigo, sin mudanza
Distribuye, conforme á su promesa:
Cuando la débil luz de mi esperanza
En humo se echaba y en pavesa,
Creuyendo oír con penetrante grito:
De mi presencia apártate, maldito!

Una hermosa muger ví que venía
A quien ligera nube circundaba,
Los ámbitos llenando de alegría
Que con sereno vuelo atravesaba:
Rastro estenso de luces la seguía:
Aromas á su paso derramaba:
Nunca tan linda la risueña Aurora
Nace del terso mar, y el cielo dora.

Viste preciosa túnica de lino,
 Mas cándida y mas pura que la nieve,
 Que en monte escelso, al cielo convecino,
 Del sol en su zenit los rayos bebe:
 Cubre un velo su rostro peregrino:
 Calza sandalia de oro su pié breve:
 Llega al sólio, descúbrese y rendida
 Dijo, con voz de mí reconocida:—

“Soberano Señor, si á esta tu sierva,
 Que ante tu acatamiento se anonada,
 Tu clemencia sin límites reserva
 Que merezca esta vez ser escuchada,
 Por un Sér infeliz, á quien conserva
 Mi no olvidado amor la fé jurada,
 Imploro tu piedad: pecó como hombre,
 Pero nunca, Señor, negó tu nombre.

“Que en su inmortal espíritu, nacido
 Para la eternidad, objeto de ella,
 Ofuscado se vió, mas no estinguído
 El rayo hermoso de tu lumbre bella:
 Como en el pedernal endurecido
 Oculta permanece la centella,
 En su alma conservó tu fé divina,
 Cual luz inestimable, peregrina.

“¿Qué de veces absorto, viendo escrito
 Tu refulgente nombre allá en el cielo,
 Lloró su triste corazon marchito,
 Henchido de dolor, presa del duelo;
 Y llamado de tí, Bien infinito,
 El fango desdeñó del hondo suelo,
 Aspirando con ala voladora
 Tocar al trono, dó tu Esencia mora!

“¡Oh, si en objetos viles, subalternos,
 No se hubieran sus ojos engañado,
 Ni con pasos indóciles, alternos,
 De tus santos caminos descarriado,
 Hora en tus tabernáculos eternos,
 La sien ceñida de laurel sagrado,
 Asentado á tu mesa gozaria
 Perpétua holgura en sempiterno dia.

“¿Y qué, Dios de bondad, tú has prevenido,
 Por decreto absoluto, irrevocable,
 Que este Sér con tu sangre redimido,
 Sea tizon del abismo miserable?
 ¿De su eterna heredad desposeido,
 Vaso de horror, objeto abominable,
 Privado de tus vivos resplandores,
 Gemirá en las tinieblas exteriores?

“¿Podrá estar limpio el hombre á tu presencia,
 Sulcando de la culpa la mar ancha,
 Si la luz de tu pura inteligencia
 En los Angeles mismos halló mancha?
 ¡Ay! su desgracia muévate á clemencia,
 Alivia su afliccion, su ánimo ensancha,
 No le niegues airado tus consuelos,
 Ni le cierres la puerta de los cielos.

“¿Querrás, que de dos almas que se amaron
 Desde que criadas por tu soplo fueron,
 Que en la tierra gozosas se encontraron,
 Y con amor recíproco vivieron;
 Que juntas por la vida caminaron,
 Y una misma esperanza mantuvieron,
 Una quede en tu gloria permanente,
 Y que la otra perezca eternamente?

"No lo quieras, Señor, piadoso, bueno,
 (Anegada en sollozos le decia)
 De tu justo furor depon el trueno,
 Perdona la mitad del alma mia."—
 Dijo, y el lábio de amargura lleno,
 En la diestra del Dios fuerte imprimia,
 Y apagó en ella con su dulce llanto
 El rayo que brillaba con espanto.

Y elevando despues su rostro bello,
 En los ojos del Juez clavó sus ojos,
 Suelto en profusos rizos el cabello,
 Pálidos de temor sus lábios rojos;
 Y creyendo en Jesus ver un destello
 De compasion, templados sus enojos,
 Tímida, vacilante, sin sosiego,
 Llorosa renovó su ardiente ruego.—

"A tu bondad divina sin medida,
 Escelsa y suma, cual tu misma esencia,
 A la piedad humana, que se anida
 En tus puras entrañas de clemencia,
 Se acoge desolada y afligida
 Quien tus juicios temblando reverencia:
 Perdona, ¡oh Dios! la hechura de tus manos,
 Y apiádate, Señor, de tus hermanos.

"Conozco que mi ruego no es bastante
 Para impetrar de tí la voz de olvido;
 Pero pongo tus méritos delante
 Y la sangre preciosa que has vertido:
 Piedad te pido, humilde y suplicante:
 En nombre de tu Madre te la pido:
 Es mi Madre tambien, ella me guia:
 ¿Desdeñarás los ruegos de María?"—

Perdon del pecador.—Jesus anuncia el fin de los tiempos.—Los Angeles predicen el triunfo de Jesus y de su Iglesia.

Oyó este nombre, y su semblante airado
 El Juez bañó con plácida sonrisa,
 Como en el cielo oscuro y anublado
 Blanda luz de repente se divisa,
 Que al náufrago en las ondas agitado
 Seguro puerto y dulce calma avisa:
 Callan los vientos, se despeja el cielo,
 Y el iris tiende su gayado velo.

Parte Satán con vergonzosa huida
 A las hondas cavernas del tormento,
 Como el ave nocturna, perseguida
 Del sol, que sube á su inflamado asiento:
 Goza mi rostro el aura de la vida,
 Me inspira la esperanza nuevo aliento,
 Y cual renuevos del rocío bañados
 Alégranse mis huesos humillados.

Jesus abriendo sus purpúreos lábios,—
 "Ceda el rigor á la clemencia, dijo:
 Mi venganza remito y mis agravios,
 Y logre el pecador el nombre de hijo.
 Yo determino en mis consejos sábios
 Que el plazo en éste de su vida fijo
 Se prorogue una vez, y allá en el mundo
 Expié sus yerros con dolor profundo.

“Pero antes mirará de mi venganza
El tremendo lugar, do entre castigos
Penan los que sin luz, sin esperanza,
De su Dios y de sí son enemigos:
Las regiones de paz y bienandanza
Donde colmo de gozo á mis amigos,
Divisará tambien: á un tiempo mismo
Verá el cielo, la tierra y el abismo.

“Verá el tremendo dia, que ya preparo
Para dar en el mundo delincuente
Castigo al vicio, á la virtud reparo,
Enarbolar mi cruz gloriosamente,
Romper el seno de la Muerte avaro,
Dar á mi Iglesia triunfo indeficiente;
Y con candado encarcelar eterno
Las rebeldes legiones del Infierno.

“Ya se aprocsima la hora, que dispuso
Mi Padre en sus recónditos arcanos,
De que fenezca el mundo, y en que puso
Las suertes de los hombres en mis manos.
El torpe reino del Error confuso
No regirá los míseros humanos,
En cuyas sendas brillará constante
Siempre la claridad de mi semblante.

“Angeles de Jehováh, ministros míos,
Requerid, requerid vuestros aceros,
Que tiempo es ya de encadenar los brios
Del Crimen y el Error, déspotas fieros;
Que desatados de sus antros frios
Pisan mi ley osados y altaneros:
Mi Providencia de temor arguyen,
Talan mi campo, y mi heredad destruyen.”—

Dijo, y estas palabras resonaron
Del cielo por las bóvedas estensas,
Y del profundo abismo penetraron
A los antros de horror y sombras densas.
Escuadras mil de Espíritus bajaron,
Que de Jesus en derredor suspensas
Himnos cantaban en unido coro,
Acompañadas de sus arpas de oro—

“Gloria, decian, á tí, que descendiste
De tu asiento inmortal de luces bellas,
Y la llorosa humanidad vestiste
Bañando en sangre de dolor tus huellas:
Triunfante del pecado, el cielo abriste
Al hombre y lo elevaste á las estrellas:
Los cielos se te inclinen y te honoren,
Los hombres y los ángeles te adoren.

“Muéstrate ya, Monarca poderoso,
Ciñe al muslo tu espada reluciente,
Y lleno de hermosura y victorioso
Procede, triunfa, y reina felizmente:
Al imperio te eleven poderoso
Los hechos de tu diestra prepotente,
Y te coloque en escelsa cumbre
Unidas la Justicia y Mansedumbre.

“¿Qué importa que las gentes y naciones
Contra tí se levanten coligadas,
Si á todos los contrarios corazones
Traspasaran tus flechas herboladas?
Tus tendidas banderas y pendones
Harán sombra en regiones apartadas:
El cetro del poder tendrás brillante;
Será inmóvil tu trono de diamante.

"Amaste la virtud, y en los palacios
Dó lleno de esplendor alumbró el día,
El Dios, que vivifica los espacios,
Te ungió en premio, con óleo de alegría.
Coronado de auríferos topacios,
Vertiendo mirra, casia y ambrosía,
Te unirás á tu Iglesia, digna esposa,
Y á tí la elevarás limpia y hermosa.

"Ella, con vestidura donde pinta
Mano divina, para mas decoro,
En rojo fondo de encendida tinta
Cándidos lirios y recamos de oro,
Y entre sus cercos de labor distinta
De perlas derramó rico tesoro,
Se acercará á su Esposo, tierna amante,
Como de aromas mil nube fragante.

"Oye, Esposa sagrada, atiende, inclina
Tu oído á la alta inspiración del cielo,
Deja esa tierra, que de tí no es dina,
Valle opaco de duda y desconsuelo,
Y eleva el vuelo á la región divina
Dó la santa verdad luce sin velo:
Abandona del mundo la bajeza,
Que el mismo Dios codicia tu belleza.

"Mira, que va á cesar de tu amargura
El tiempo prevenido en sus decretos,
En gozo trocarás la ausencia dura,
El desprecio y oprobios en respetos:
En alas del amor, brillante y pura,
Entrarás á sus íntimos secretos;
Y ornada de laurel tu noble frente,
El orbe á tí se postrará obediente."

Cesaron de los coros los acentos
Que á intervalos el eco repetía,
Y vagos se estendieron por los vientos
Derramando dulcísima armonía.
Los altos cielos al prodigio atentos
Se vistieron de gloria y alegría:
Sonó en ellos la voz de la esperanza:
Solo el monstruo gimió de la venganza.

Las Escuadras Angélicas cercaron
A Jesús, entre nubes fulgorosas,
Y en sus carros flamígeros lo alzaron,
Resonando las llamas luminosas.
Al encumbrado empíreo penetraron,
Cuyas puertas, abriéndose gloriosas,
Dejaron ver, patentes y serenas,
De la ciudad del gozo las almenas.

A los muros entró la pompa augusta
Y la visión al fin desaparece:
Tiende sus alas la tiniebla adusta
Y de nuevo el Espacio se oscurece.
El alma santa, que amorosa y justa
A los ojos de Dios tanto merece,
Que alcanzó mi perdón, Elisa bella,
Sola quedó cual vespertina estrella.

Ausencia de Elisa.

Estática la ví, y á par sumisa
 De los cielos beber la luz fulgente,
 Despues envuelta en esplendor y en risa
 Miróme y ausentóse de repente.
 ¡A dó vas? ¡á dó vas, amada Elisa?
 Ven en mi ausilio, ven, clamé doliente:
 No te alejes, y ocultes tu hermosura....
 Dije así, y se cerró la noche oscura.

Densa niebla me estrecha y me circunda,
 Y sombra de amargor y de recelo,
 Largo llanto mis párpados inunda
 Privados de la gloria y luz del cielo;
 Y me hallo ausente en soledad profunda,
 Sin la que fué mi escudo y mi consuelo,
 Y al ausentarse me dejó en despojos
Miedo en el corazon, llanto en los ojos.

Recuerdo entónces de mis tiernos años,
 Las dulces horas con placer corridas,
 Cuando fueron mis plantas sin engaños,
 Por la materna mano dirigidas.
 ¡Qué de yerros despues, qué grandes daños!
 ¡Qué de estériles lágrimas vertidas!
 ¡Cuántas veces con soplo turbulento
 Abrasó el infortunio mi contento!

Y recuerdo aquella hora venturosa,
 Orígen de mi amor y mi alegría,
 En qué tu talle ví, tu faz de rosa
 Llena de timidez, Elisa mia;
 Y luego aquella en que tu voz graciosa
 En las aras juró que me queria,
 Nuestras almas dejando enamoradas,
 Con afecto dulcísimo enlazadas.

El áspero sendero de la vida
 De flores, por tu mano, ví adornado,
 Y tambien en la tumba, tan temida,
 El árbol de esperanza ví plantado:
 Arbol que elevará su copa erguida,
 Con nuestras mútuas lágrimas regado,
 Y defendido con cuidados tiernos
 Vencerá del sepulcro los inviernos.

Símbolo bello de tu amor precioso
 Protegido de tí dará sus frutos,
 Y con tu influjo rendirá copioso
 De mi arrepentimiento los tributos;
 Hasta que en otro mundo mas hermoso,
 Mis ojos de llorarte nunca enjutos
 Gocen, sedientos de tus claras luces,
 La gloria accidental que tú produces.

*El Angel de la Guarda se aparece de nuevo al Alma,
y la conduce por las regiones del antiguo Caos á la puer-
ta del Infierno.*

ALERE FLAMMAM
VERI EN pavorosa noche así gemia,
Ciegos los ojos, tímida la huella,
Cuando de pronto en la region vacía
Altísima miré débil centella,
Que en círculos estensos descendia
Luciendo en las tinieblas como estrella,
Al acercarse conocí en su vuelo,
Que bajaba un Espíritu del cielo.

Y la figura distinguí, gallarda,
Del Númer que benéfico me ausilia,
Que entre peligros mi ecsistencia guarda
Y defiende mi sueño, y mi vigilia:
Hace que el pecho en las virtudes arda,
Consuelo y paz al ánimo concilia,
Sus alas sobre mí plácido tiende,
Y del sagrado amor la antorcha enciende.

Quando deja su patria refulgente
Para que el cuerpo en su prision la cifa,
Todo lo olvida el Anima inocente,
Ingenua y candorosa como niña:
Sus conceptos espresa balbuciente:
Tímida los objetos escudriña;
O ciega acaso con tupida venda,
Del mundo material pisa la senda:

Pero entónces el Númer misterioso
Que compasivo el cielo le prepara,
De la diestra la toma cariñoso,
La encamina y solícito la ampara.
Este, que me dirige cuidadoso,
A mí volvió benévolo la cara,
Y trabando mi mano de su mano
Me habló, como el hermano habla al hermano—

“Desde que á los umbrales de la vida
En orfandad te hallaste abandonado,
Has sido tú, sin término y medida,
El amoroso fin de mi cuidado:
Si alguna vez tu planta divertida
Vagó en las selvas del placer vedado,
A tus pasos quité sierpes astutas,
Y de tu mano venenosas frutas.

“Y hora que el Juez Supremo te destina
A recorrer el laberinto ciego,
En donde al bando réprobo fulmina
Rayos, que lo reduzcan á sosiego,
Y para reprimir su audacia, empina
Montes sobre sus cárceles de fuego,
Entre las sombras de su seno rudo
Yo tu antorcha seré, seré tu escudo.

“Ven, pues, y con valor y fuerza entera
A ver el hondo Abismo te apresura.”—
Así dijo; y cual águila altanera,
Que su presa mirando en la espesura,
Se abate rapidísima y ligera,
Commigo descendió desde la altura:
Cruza inmensos espacios, resplandece,
Y corriendo veloz, desaparece.

Al esplendor templado, que derrama,
Del antiguo Caos vi los asientos,
Donde oculta en la tierra está la llama,
Y mezcladas las aguas con los vientos.
Allí el Criador, que con su soplo inflama
La vida, reservò los elementos
Con que al morir este orbe ya infecundo,
Edifique otros cielos y otro mundo.

Sobre una mole peñascosa y basta,
Armado un Nùmen de bruñido acero,
Las iras templa y el furor contrasta
De aquel abismo tenebroso y fiero:
Sofoca el fuego en la montaña vasta:
Enfrena el rayo fùlgido y ligero:
Los vientos, de sus alas despojados
Braman ante sus piés encadenados.

Que si no, con impulso furibundo
Raudos arrebatàran en su vuelo
El mar, la tierra, la estension del mundo,
La portentosa máquina del cielo:
Caliginosa sombra, horror profundo,
La inmensidad cubrieran con su velo;
Y á la obra del Señor aniquilada
Sucediera el imperio de la nada.

Allá en antros eternos sepultados
Se anuncian, bajo formas diferentes,
Sucesos infinitos, variados,
De mundos, de naciones y de gentes:
Allí de modos mil eslabonados
Los futuros se inician contingentes;
Y como ensueños vagos, no visibles,
Abortan y perecen los posibles.

Un desierto despues miré espantoso,
Con charcos y con yelos impedido,
Sin senda, sin vestigio, triste, odioso,
Yerma region de lágrimas y olvido:
Un rio lo atraviesa silencioso,
Donde todo consuelo huye perdido:
La Tristeza con llanto interminable
Crece y aumenta el curso miserable.

Descúbrense de allí los altos montes
Que espiran rojas llamas de su asiento,
Y empañan los remotos horizontes
Con el vapor que sube al firmamento.
Toqué sus cimas negras y bifrontes,
Y bajando à las rocas del cimientto,
Hallé el anuncio del dolor eterno
En la terrible puerta del Infierno.

*El Alma acompañada del Angel de la guarda visita el
Infierno.—Pintura de este lugar.*

LA mano del Eterno me dispuso
Antes que cielo y tierra fuesen criados,
Y en círculos diversos me compuso
Al dolor y tormento preparados,
Do en perpetuo gemir vivia recluso
El bando de los réprobos malvados:
La dulce compasion aquí no alcanza:
DEJAD LOS QUE PASAIS TODA ESPERANZA.

Estas palabras ví con negra tinta
De la alta puerta en el dintel impresas,
Y en ellas la sentencia hallé sucinta
Que condena las ánimas opresas.
Quedó en mis labios la color estinta,
Inundaron mi faz lágrimas gruesas,
Tembló mi corazon, y un yelo frio
Cuajó mi sangre, encadenó mi brio.

Volvierá atrás la temerosa planta
Oprimido de horror, presa del miedo,
Si mi Angel tutelar, con mano santa
No me tuviera en aquel trance quedo:
Mi contristado espíritu levanta,
Y signando mi frente con el dedo,
Al mismo Infierno me volvió invisible,
Y á su fuego y ardores impasible.

Pasé asombrado la terrible puerta,
Y una ancha escala bajé, tortuosa,
Tajada en vivas rocas, y cubierta
De una bóveda negra y peñascosa:
Desciende en vueltas mil, y deja abierta
Entrada á una caverna pavorosa,
Do empiezan del Infierno las regiones,
Y sus senos de horror, y sus prisiones.

Jamás, tierra infeliz, en tí se anida
El ave tiernamente enamorada,
Ni en tu profunda noche es percibida
La música de amor, dulce, acordada;
Ni menos en tus sombras fué sentida
La voz de esposo, ni de esposa amada,
Que espresa con recato, entre caricias,
De una casta pasión blandas delicias:

Mas solo de la rabia, y las injurias
En tu ámbito letal suena el acento,
De la culpa salaz hijas espúrias,
Hermanas del atroz remordimiento.
Yo vi en tu seno las terribles Furias
Cuyas sierpes silbaban en el viento,
Romper con duros brazos despiadados
El negro corazon de los malvados.

Ví allí á Nembrot, por su soberbia loca,
Ligado con cadenas diferentes
Sobre el áspero lecho de una roca,
Cercado en derredor, de ascuas ardientes:
Espumas derramaba de la boca,
Volvia los ojos y crugia los dientes,
Espresando en sus miembros retorcidos
El intenso dolor de sus sentidos.

Al Rico Avaro ví, torpe, encogido,
De piedra el pecho, el corazon de acero,
En un punto quedar todo encendido
Con fuego abrasador, con soplo fiero;
Y en castigo á su culpa merecido
Alzar en vano el grito lastimero,
Mientras de sus hundidos ojos brota
El llanto de dolor, gota por gota.

Ví de Onan castigada la lascivia,
Vertiendo de sus miembros macilentos
Corrumpida materia y sangre tibia,
Que mil gusanos recogian hambrientos:
Parece á veces que su mal alivia
Y que cierra sus ojos soñolientos,
Cuando lluvia de azufre y viva llama
De repente en sus carnes se derrama.

¡Cuánto castigo, oh Dios, cuánto suplicio,
 Cuántas nuevas maneras de rigores
 Vi en aquel triste y doloroso hospicio,
 Dó siempre morarán los pecadores!
 Duras cadenas, áspero ejercicio,
 Rígidis hielos, férvidos ardores,
 Vigilia, llanto, sempiterno duelo;
 ¡Y nunca ver el apacible cielo!

Hay en aquellos campos una fuente
 Que turbia nace entre cavernas hondas,
 Y allí penando innumerable gente,
 Atascada en sus márgenes hediondas:
 En accesiones de una fiebre ardiente
 Beben los tristes las dañosas ondas;
 Hinchanse, se corrompen, y entran luego
 En rabioso delirio sin sosiego.

Bajan las aguas lentas y pesadas
 A formar en un valle un lago estenso,
 Que á un lado ciñen rocas escarpadas,
 Al otro un bosque pavoroso y denso:
 La arena de sus playas abrasadas
 Cubre de sierpes mil número inmenso:
 No la ancha Libia, fértil en venenos,
 Vió con mas sierpes sus desiertos llenos.

Donde quiera la planta temerosa
 Con abrojos y víboras tropieza:
 En unos, picadura dolorosa
 Castiga la desidia y la pereza:
 En otros, mordedura venenosa
 La presuncion altiva y la aspereza:
 El aire corrompido, donde toca,
 Comprime el pecho, el corazon sofoca.

Un fugitivo en una senda estrecha
 Buscaba amparo bajo el bosque umbrío,
 Cuando un dragon horrible, que lo acecha,
 Al encuentro salió contra él, bravío:
 Lo oprime entre sus garras y lo estrecha,
 Lo hace gemir con doloroso ahogüo:
 Su venenoso aliento en él infunde,
 Y aquel sér en su sér une y confunde.

Sepáranse despues el hombre y fiera
 En un círculo de humo dilatado.
 Quedando aletargada la primera
 Y de su piel el hombre despojado:
 Una nube de tábanos ligera
 Se asentó sobre el cuerpo ensangrentado,
 Castigando, violentos é insaciables,
 Al que robó á los pueblos miserables.

Guerreros miré allí, conquistadores,
 Del bosque por las ramas suspendidos,
 Sufrir de un vivo incendio los ardores,
 De inflamadas materias revestidos;
 Y en tanto que publican sus dolores
 Con agudos lamentos y alaridos,
 Cae de sus cuerpos la encendida grasa,
 Quema los troncos y la arena abrasa.

Interminable série de cavernas
 Abiertas de la playa en rocas duras,
 Prisiones asperísimas y eternas
 Donde penan las ánimas impuras,
 Brillan con rojas llamas sempiternas
 Entre las sombras del abismo, oscuras:
 La triste luz de sus ardientes fraguas
 Refleja á trechos en las muertas aguas.

De sus breves placeres arrancado
 Esclama un pecador: ¡ay triste! ¿dónde
 Me encuentro?—EN EL INFIERNO CONDENADO—
 Una voz misteriosa le responde.
 Otro, por largos siglos abrasado
 En el fuego y el humo, que lo esconde,
 Pregunta con despecho: ¿qué hora es esta?
 Y aquella voz—LA ETERNIDAD—contesta.

Oh Eternidad terrible y espantosa,
 Duracion para el hombre incomprendible!
 Sola tú te levantas poderosa
 Contra el tiempo y sucesos, invencible:
 De encima de tu mole portentosa,
 Mas alta que la máquina visible,
 En regiones tranquilas y serenas
 Con sublime mirar, todo lo llenas.

Las corrientes del tiempo asoladoras
 Se agolpan de tu trono á los cimientos,
 Sin que basten sus ondas rugidoras
 A mover tus perpetuos fundamentos:
 Las edades del mundo son tus horas,
 Los dilatados siglos tus momentos,
 Todo se hunde á tus piés, todo se abisma,
 Y eres perpetua tú, siempre la misma.

No llegan á tu oído incesorable
 Los ecos del dolor y el blando ruego:
 La dicha de los justos inefable
 Ves con serenidad y con sosiego:
 Debajo de tu trono perdurable,
 Abismada en sus cárceles de fuego
 El ànima infeliz, de tí no alcanza
 Un rayo de consuelo y de esperanza.

Que mucho, que entre llamas y prisiones
 Con rabia y con furor clame el precito—
 “¡Perezca el día de llanto y de aflicciones
 En que nació á la culpa y al delito!
 ¡Malditos sean, oh libertad, tus dones!
 ¡Detesto de la vida el don maldito!
 ¡Montes, que me escuchais, venid encima:
 Vuestra mole mi sér hunda y oprima!”—

No de otra suerte la enjaulada fiera,
 Entre cadenas y dobladas barras,
 En vano se fatiga y desespera
 Por romper de su cuello las amarras:
 Ruge desesperada y altanera,
 Esgrime los colmillos y las garras,
 Aumentando la rabia, que la aqueja,
 El inútil furor con que forceja.

Entre nublados cárdenos y frios,
 Al impulso veloz de airado viento,
 Vi agitados espíritus sombríos
 Pasar á otras regiones de tormento:
 No lleva de los árboles umbríos
 Mas hojas, en otoño turbulento,
 El sañudo aquilon con negras alas,
 Despojando las selvas de sus galas:

Ni vuelan en mas número tendidas
 Por el aire las aves en hileras,
 Cuando á nuevas regiones dirigidas
 Ven de lejos las húmedas praderas.
 Apenas unas turbas son cogidas
 Cuando otras turbas cubren las riberas,
 Que aquel viento infernal traslada presto
 Con repetido soplo al lado opuesto.

Al fin del muerto lago cenagoso,
 En sus aguas pesadas y sin vida
 Se espeja, con aspecto pavoroso,
 Del Dite la ciudad, toda encendida;
 Sus torres de metal ferruginoso
 Y su estensa muralla incandecida
 Con espantosa luz brillan de lejos,
 Lanzando entre las sombras sus reflejos.

Igualés entre sí sus varias partes
 Se levantan con tosca simetría,
 Coronados sus muros y baluartes
 De gruesa y formidable artillería:
 Allí de destrucción todas las artes
 Sostienen de Luzbel la tiranía;
 Y el que era liberal ante el Eterno
 Es déspota y tirano en el Infierno.

Son sus guardias Espíritus guerreros,
 Gigantes contra el cielo rebelados,
 Cuyos semblantes hórridos y fieros
 Por el rayo de Dios se ven sulcados:
 Armados de corazas y de aceros,
 Negros como la noche: despechados:
 Prontos á la venganza y los arrojos,
 Terrífico fulgor lanzan sus ojos.

De la ciudad en medio se levanta,
 Sobre cuadrada forma, un edificio,
 Que en altura á los otros se adelanta,
 De ruda construcción y órden Egicio:
 Cuatro plazas se estienden á su planta
 Destinadas al bélico ejercicio,
 Y en ellas, peristilos dilatados
 En columnas de Pesto sustentados.

De la maciza mole sobre el centro
 Una cúpula inmensa se descubre,
 Que atrevida se eleva, y á su encuentro
 Flotante niebla su remate encubre:
 Vestida de labores por adentro
 El sólio de Luzbel defiende y cubre,
 Y en la estension del liso pavimento,
 Bajo rico docel alza su asiento.

A la luz de una lámpara que brilla
 Sola en aquel lugar, Luzbel sañudo
 Se deja ver en poderosa silla,
 Atlético en sus formas y membrudo:
 Apoya sobre un brazo la megilla:
 Cobrizo de color, pecho desnudo;
 Feroz es su mirada resoluta:
 Torva su frente, su cabeza hirsuta.

Nunca se viera en lúgubre santuario
 Para sangrientos ritos erigido,
 Cuando media su curso solitario
 La noche, envuelta en sueño y en olvido,
 De mano de famoso estatuario,
 Al brillar de una antorcha el rayo vivo,
 Ante los ojos de aterrada gente,
 Coloso mas soberbio y mas valiente.

NOTA.

En la advertencia que precede á los Cantares, se ofreció poner aquí la licencia, que para la impresion de ellos y de los Salmos, dió el Sr. Vicario Capítular de este Arzobispado. En tal virtud, se inserta á continuacion, con el ocurso y dictámen que la motivaron.

Sr. Vicario capítular.—El que suscribe, ante V. S. como mejor proceda, dice: que habiendo hecho la adjunta traduccion parafrástica, en verso castellano, del libro de los Cantares y de algunos Salmos, pide á V. S. la haga eesaminar, y no resultando en ella (como espera) cosa contraria á la fé, buenas costumbres y reglas establecidas para las versiones de los libros santos, se sirva darle licencia de imprimirla, con arreglo á lo prevenido en las leyes vigentes de la materia.

México, Octubre 27 de 1838.—*José Joaquin Pesado.*

México, Noviembre 9 de 1838.—Pase á la censura del Sr. Dr. y Maestro D. Manuel Moreno y Jove, Prebendado de esta Santa Iglesia. Así lo decretó y rubricó el Sr. Vicario Capítular.—R.—Una rúbrica.—*Francisco Patiño*, secretario.

Sr. Vicario Capítular.—He leído detenidamente y con el mayor placer la version parafrástica, que del sagrado libro de los Cantares y de algunos Salmos hizo el Sr. D. Joaquin Pesado, y que V. S. se sirvió pasar á mi censura.

Nada hallo en dicha version parafrástica opuesto á nuestra santa fé ó sana moral. No es esta la oportunidad de encarecer su mérito poético, y yo me alegro, porque desluciria con mis elogios un mérito superior á todo encarecimiento (*).

Soy de parecer, puede V. S. servirse conceder su licencia para su impresion, con tal de que antes de la publicacion de la obra se le pase un ejemplar, ó para satisfacerse de que no hay yerro tipográfico, que produzca una inteligencia equivocada, ó para que si lo hay, y fuere substancial, se salve en la fé de erratas. Tal es mi sentir, que someto al superior de V. S. como mas acertado.—San Cosme, Noviembre 24 de 1838.—Sr. Vicario capítular.—*Manuel Moreno y Jove.*

México, Diciembre 4 de 1838.—Visto el dictámen que antecede del Sr. Dr. y Maestro D. Manuel Moreno y Jove, prebendado de esta Santa Iglesia, concedemos nuestra licencia y facultad para la impresion de la version parafrástica, que del sagrado libro de los Cantares y de algunos Salmos ha hecho el Sr. D. José Joaquin Pesado, en los términos que en él se contiene.—Lo decretó y firmó el Sr. Vicario capítular.—*M. Posada.*—*Francisco Patiño*, secretario.

* Si alguna cosa pudiera hacer creer al traductor, que su obra no estaba destituida de todo mérito, seria la favorable calificacion de una persona tan instruida y de tanto gusto como el Sr. Moreno y Jove; pero teme, que en esta vez hayan pesado mas en su ánimo su misma benevolencia y cortesania, que los defectos agenos.

INDICE.

PAG.

PRÓLOGO..... I.

PARTE PRIMERA.

RIMAS AMOROSAS.

La primera impresion del amor.....	3.
Primeros afectos.....	5.
Elisa en la fuente.....	6.
Un sueño.....	7.
La pasion oculta.....	8.
El desvelo.....	11.
Amante desdichado.....	12.
Las ilusiones.....	13.
A un rio.....	14.
Al sueño.....	15.
Rendimiento enamorado.....	16.
La siesta.....	21.
La entrevista.....	25.
Encuentro feliz.....	34.
Mi Amada en la misa de alba.....	35.
La inscripcion.....	42.
La salida al campo.....	43.
Retiro campestre.....	46.
A Elisa en la primavera.....	47.
¡A Dios!.....	52.
La perdida.....	55.

La niña mal casada.....	58.
El cariño anticipado.....	60.
El amor malogrado.....	61.
A Silvia.....	63.
El despecho.....	65.
A una hermosa pérdida.....	68.
A Licoris.....	70.
La separacion.....	71.
El valle de mi infancia.....	72.
Ultimo ruego.....	75.
Recuerdos inútiles.....	76.
Elisa llorosa.....	77.
A la misma.....	78.
La posesion tranquila.....	79.
La soledad.....	81.
¡Otro tiempo!.....	82.
El paseo de mar.....	86.
El Cíclope.....	88.
Oda I del Libro I de Horacio.....	93.
Oda IV del mismo Libro.....	95.
Oda V del mismo Libro.....	97.
Oda XIV del Libro II.....	99.

PARTE SEGUNDA.

POESIAS MORALES.

El Hombre.....	103.
La Vision.....	110.
El sepulcro.....	113.
El sitio de Ptolemaida.....	118.
A un niño.....	121.
Al mismo.....	127.
El sepulcro de mi Madre.....	128.
Una tarde de otoño.....	132.

MEMORIAS FUNEBRES.

El bien perdido.....	136.
Prendas de amor.....	137.
El ruego.....	138.
Ultimo adios.....	139.
Nuevo temor.....	140.
El corazon descubierto.....	141.
El sueño de la dicha.....	142.
La súplica en la ausencia.....	143.
El deseo.....	144.
Apoteosis de Elisa.....	145.
Nueva esperanza.....	146.
La poesia futura.....	147.

PENSAMIENTOS FILOSÓFICOS Y RELIGIOSOS.

El Sér.....	148.
El Dolor.....	152.
La Esperanza.....	156.
Memorias de los muertos.....	158.
Los recuerdos.....	168.
El aislamiento.....	171.
En la muerte de la Señorita Doña Rosario de la Llave y Segura.....	173.
La entrada de la noche.....	174.
En la muerte de la Señora Doña Juana Argüelles de Segura.....	176.
La inmortalidad.....	177.
A la buena memoria del Sr. D. José Nicolás del Llano, Cura Párroco que fué de Orizaba.....	181.

PARTE TERCERA.

POESIAS SAGRADAS.

El Alma y la Religion.....	185.
La tempestad.....	186.
Jerusalen.....	187.

Fin del impio.....	206.
Al mismo asunto.....	207.
Advertencia á los Cantares.....	208.
El Cantar de los Cantares.....	215.
Jesus con la Cruz á cuestras.....	245.
En la muerte del Redentor.....	246.
A la Santa Cruz.....	247.
Al mismo asunto.....	248.
Dios.....	249.
La Oracion de la tarde.....	256.
La lámpara del templo.....	261.
Oracion del niño por la mañana.....	264.

Salmo I. Felicidad del Justo.....	267.
Otra traduccion.....	269.

V. Oracion de por la mañana.....	271.
----------------------------------	------

XXI. Jesucristo en la Cruz.....	273.
---------------------------------	------

XXVIII. La tempestad.....	278.
---------------------------	------

XXXVII. Oracion en tiempo de angustia..	279.
---	------

L. El Pecador arrepentido.....	282.
--------------------------------	------

LI. Castigo de la calumnia.....	285.
---------------------------------	------

LXVII. Traslacion solemne de la arca y triunfos del pueblo de Israel..	287.
--	------

LXXXIII. Memorias de Jerusalem y deseos de volver à ella.....	292.
---	------

CXIII. La libertad de Israel.....	295.
-----------------------------------	------

CXX. Confianza en el Señor.....	299.
---------------------------------	------

CXXV. El prisionero libre.....	301.
--------------------------------	------

CXXVII. El padre de familia.....	303.
----------------------------------	------

CXXVIII. La persecucion no dura siempre.	305.
--	------

CXXX. Sumision y confianza en el Señor.....	307.
---	------

CXXXVI. El Israelita prisionero en Babilonia.....	309.
---	------

Plegaria á María.....	311.
-----------------------	------

María en el Cielo.....	313.
------------------------	------

A la Santísima Virgen de Guadalupe.....	316.
---	------

ENSAYOS Y FRAGMENTOS EPICOS.

Fragmentos de un poema titulado: MOISES.

- I. *Pintura de Menfis y del palacio de Faraon.— Se presenta Moises ante éste.....* 319.
 II. *Esclavitud de los Israelitas.....* 323.
 III. *Abocacion de Moises á los ancianos de Israel.....* 324.

Principio de un poema titulado LA REVELACION.

- Proposición é invocacion.....* 330.
El Alma en una vision se separa del Cuerpo.—El Angel de la Guarda.—Reino de la Muerte..... 332.
El Espacio.—Abandonada la Alma en él, teme por su suerte futura.... 336.
Presencia de Jesucristo.—Juicio particular.—Intercesion de Elisa.... 339.
Perdon del pecador.—Jesus anuncia el fin de los tiempos.—Los Angeles predicen el triunfo de Jesus y de su Iglesia..... 346.
Ausencia de Elisa..... 351.
El Angel de la guarda se aparece de nuevo al Alma, y la conduce por las regiones del antiguo Chaos á la puerta del Infierno..... 353.
El Alma, acompañada del Angel de la guarda, visita el Infierno.—Pintura de este lugar..... 356.
Nota..... 365.

ERRATAS NOTABLES.

PAGINA 7. Línea primera

Dice.

EL SUEÑO.

Léase.

UN SUEÑO.

PAGINA 95. Línea segunda

Dice.

LIBRO IV.

Léase.

LIBRO I.

PAGINA 173. Línea 16.

Dice.

aima.

Léase.

alma.

PAGINA 176. Líneas novena y décima.

Dice.

Esposa fiel, amante, cariñosa,
 Madre ejemplar, cristiana, diligente,

Léase.

Esposa fiel, amante cariñosa,
 Madre ejemplar, cristiana diligente,

